



EL
HÉROE DE SANTA ENGRACIA

POEMA HISTÓRICO

POR

DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA

VIUDA DE QÜADROS.



MADRID.

IMPRESA DEL MEMORIAL DE INGENIEROS.

1874.

82-21-2
8940

13-1-1

28

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA

POEMA HISTÓRICO

POR

DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA

VIUDA DE QUADROS.



MADRID.

Imprenta del Memorial de Ingenieros.

1874.

Esta obra pertenece á su Autora,
y nadie podrá reproducirla sin su
consentimiento.

PROLOGO.

ABANDONADA, muda, huérfana de sus más robustos sonos, deslustrada por el poco uso y casi olvidada por los que más amaban su estruendo sonoro, yacía en nuestra pátria la trompa épica, que con tanta gloria empuñaron Ercilla y Balbuena entre los antiguos, Quintana y Justiniano entre los modernos, cuando hirieron nuestros oídos los acordes y sublimes ecos del privilegiado instrumento, que hacia vibrar, empleando para ello el encanto y suavidad de las formas, la

pureza de los sonidos, una mujer que, abandonando momentáneamente la lira que hasta ahora ha pulsado, con placer y deleitable embeleso de cuantos han escuchado sus vibraciones y han sido heridos por los destellos de su inspiracion, siempre brillante, cada vez más fecunda y jamás debilitada, empuñó con noble osadía y brioso ímpetu el bélico clarín, dispuesta á producir potentes y armoniosos acordes, notas dulces y graves que pugnaban por esparcirse y extenderse á impulsos de su poderoso génio.

Entre el asombro y la sorpresa que este hecho ha debido producir á los que conocen, siquier sea sólo por sus obras, á la bella poetisa, como nos lo ha producido á nosotros, una idea se destaca y eleva sobre todas, idea que al par que nos colma de sincera alegría por ver resucitar en nuestra época la afición á los trabajos épicos, un poco dados al olvido, nos causa cierto particular despecho y amargura, hijos del amor propio y efecto de la conviccion que de nuestra superioridad tenemos, acaso sin razon, los que pertenecemos al sexo fuerte, al ver que es una mujer la que, olvidando la dulzura de su génio, su proverbial aversion al ruido de las armas y á todo lo que no sea dulce, tierno y consolador á la vez, rompe por todos los obstáculos que su edad, sexo, condicion y carácter acumulan á su paso y emprende la tarea de cantar las glorias de su pátria, que están vinculadas en las de su familia, con voz fuerte, vigorosa, enérgica y valiente.

Antójasenos, en este punto, que hay mucha semejanza entre PATROCINIO, al realizar esto, y el niño que ahueca la voz y se empina sobre las puntas de los piés para aparecer de mayor edad. Oculto en la oscuridad os parecerá un hombre y vuestra sorpresa, al reconocerlo y observar vuestro engaño, no será me-

nor, ni desemejante, á la del que sin conocer el nombre de la autora lea el poema de EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA, porque parécenos, en verdad, impropios de una mujer, el vigor, la lozanía, brillantez y fuerza de expresion que en él se revelan y mucho más si se considera que esa mujer es jóven y bella, y como tal festejada; una mujer que, nacida en cuna de marfil, vé abrirse ante su vista extensos y risueños horizontes, á quien la naturaleza presta sus galas y el amor brinda con sus encantos, y que nada es más natural que entre las diversas sendas que conducen al Parnaso escogiese aquella ó aquellas cuyos bordes matizan las flores, sirve el césped de alfombra y alegran los pájaros con sus melodiosos trinos, que una herizada de peligros, dificultades y obstáculos, en la que se vé obligada á luchar con su génio y carácter y con las preocupaciones de los hombres, inconvenientes no menos temibles que la dificultad de poseer la elevacion del lenguaje y entonacion necesarias para dar cumplido fin á su tarea.

Y llegamos al cúmulo de la extrañeza, al pensar que PATROCINIO no abandona su preciosa lira por haber desistido de arrancar á sus cuerdas los sonos que encantan, las melodías que embelesan, las armonías que abruman con su poderosa dulzura, su ternura sin rival, ni porque medite dedicar exclusivamente su claro ingenio, su exhuberante imaginacion, á los cantos épicos: no, PATROCINIO, hecha esta excursion al terreno épico, con la que satisface uno de sus más ardientes deseos y halaga el más preciado y puro de los afectos, tributando á las personas de su familia la admiracion y alabanza á que se han hecho acreedoras por sus méritos y sus virtudes, volverá, no lo dudamos, á su antiguo campo, en el que tan variados y ópimos frutos ha cosechado y cosechará en adelante,

de seguro, dándonos con ello el más grato placer, sin que esto suene á censura de su atrevida excursion, ni mucho menos, que mujeres como ella se lo merecen todo y todo debe serles perdonado.

Loable y digna de encomio es la idea que ha presidido á la formacion del poema, bajo el doble concepto de que su fin tiende á ilustrar, ensalzándolos, los hechos gloriosos de la nacion española y á perpetuar, al mismo tiempo, en el pueblo y en su familia, el recuerdo de las acciones heróicas de los hijos de España y de los que la están unidos por los vínculos de la sangre. De este modo saltan á la vista del lector menos perspicaz é ignorante, las condiciones de la poetisa, el patriotismo refinado, el amor á las glorias pátrias, la adoracion y respeto de aquellos de sus mayores que honraron, abillantaron y sostuvieron los timbres de su siempre ilustre casa, cualidades que no son las menos apreciables de las que campean en el curso del poema.

Estas páginas del porvenir, como admirablemente las llama en su dedicatoria, lo son verdaderamente, toda vez que están destinadas á perpetuar uno de los hechos más gloriosos de nuestra historia, que, esculpido en bronces y escrito con caracteres indelebles, contribuirá, sin duda alguna, á dar inmortalidad al libro, porque hay ideas que impregnan de su esencia especial los objetos que las están íntimamente ligados; y si el libro de EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA no es una joya comparable á las que han producido nuestros mejores ingenios, es y será una página brillante que honrará á su autora y la dará la consideracion á que se ha hecho digna por tan difícil como trascendental empresa.

Tiémbanos el pulso, y estremécese nuestro corazon, al pensar que vamos llegando, en el curso de

nuestro trabajo, al momento de analizar detenidamente el poema objeto de este prólogo, porque, antes de vernos en la necesidad de criticar lo que por ser producto del más puro sentimiento, del afecto más acendrado, no debiera estar sometido á la crítica, deseáramos poseer el pincel de Murillo, la musa de Zorrilla para embellecer y adornar este cuadro, del que solo acertaremos á concluir el deslucido y abigarrado marco, en vez de constituirnos en aristarcos de sus escasos defectos, bien poco distintos entre las innumerables bellezas que los envuelven y oscurecen.

Pero como quiera que no basta la lectura del poema á dar perfecta y cabal noticia de la idea que entraña, sin que la acompañe la ilustracion comentariada, el análisis razonado, y más que todo, el minucioso exámen de las causas que han presidido á su formacion y del fin á que aspira, vémonos en el angustioso trance de hacer, contra toda nuestra voluntad, la crítica razenada de este libro, porque decimos, repitiendo lo anteriormente expuesto, preferiríamos en esta ocasion ser poetas á críticos, toda vez que los hechos humanos pueden ser vistos bajo estos dos diferentes prismas y es preferible, cuando se trata de productos que tienen su origen en el corazon más que en la cabeza, hacerlo en el primero y general concepto.

Para ser consecuentes con nuestros propósitos preciso se hace dar á conocer el pensamiento de la autora, magnífica y perfectísimamente expresado en su dedicatoria al Marqués de San Miguel, y no bastando está á nuestro objeto, parécenos conveniente y oportuno, hacer el retrato, psíquico-moral de la misma por medio de una, en cierto modo, semblanza explícita y acabada.

PATROCINIO, reúne, á una inteligencia muy poco

comun, un talento claro y despejado, un ingenio vivo, cuya vivacidad la hace dar vida y movimiento á cuanto toca; posee una instruccion vasta y sólida, que realza un perfecto conocimiento de la lengua castellana, que maneja á su placer, y sobre todo, una imaginación, á prueba de desencantos, que circunda cuantos objetos le son gratos de una aureola poética que la seduce llevándola á pintarlos tal como los vé, y no, tal vez, como son.

Esto en cuanto á la parte más noble del alma que preside el entendimiento; por lo que respecta á la parte más pura, á su corazon, puede admirablemente aplicársele el gráfico dicho vulgar *lo tiene en carne viva*, y nosotros, amplificando, añadimos, PATROCINIO es toda corazon, toda sentimiento, toda amor, á Dios, á la pátria, á la familia, al cielo, á la tierra, á sus recuerdos, á sus esperanzas, á lo real y á lo imaginario. Afable, cariñosa, compasiva, llena de sublime piedad, cubre sus ojos con la venda de la fé, á través de la cual aun tienen fuerza sus miradas para dirigirse al porvenir y ver las desdichas que puede mitigar la caridad.

El ardor de su sangre meridional la obliga á amar con frenesí, como lo haria á odiar con vehemencia, si este sentimiento no estuviese desterrado de su corazon, en el que solo caben los que le ablandan y en grandecen, jamás los que le achican y hacen duro. La bondad de su corazon se halla estereotipada en su semblante, que animan siempre la afabilidad de su sonrisa, la dulzura de sus miradas, que no dejan adivinar la energía de su carácter ni la impetuosidad de su génio.

¿De dónde toma PATROCINIO esa inspiracion continúa é inextinguible que la presta asuntos notables y variados, formas brillantes, imágenes seductoras, y

pensamientos nobles y elevados, por medio de la cual canta, refiere, describe, adorna, pule y embellece cuanto sale de su privilegiada pluma? ¿No es esto de extrañar tanto más, cuanto que estamos conformes con *Velista*, en que es difícil, por no decir imposible, hallar inspiracion en una época en que la cabeza ha sustituido al corazon, el cálculo al sentimiento, el egoismo á la caridad, la fría, grave y descarnada autoridad de la razon, al suave, dulce y encantador dominio del afecto puro y santo, de la sensibilidad delicada y exquisita?

A pesar de todo, hay almas superiores que, abstrayéndose por completo de las miserias y debilidades humanas, buscan en esferas más sublimes y dilatadas la inspiracion que el suelo parece negarles, y aun saben, en medio del lodo y de la podredumbre actual, atravesar, sin mancharse, sus inmundas capas, para hallar la perla oculta en el cieno, el diamante cubierto por la roca, que se encargan de pulir y desbastar, haciéndolo despues brillar y lucir en una diadema, de inapreciable valor, de la que forman el mejor adorno.

Y una de estas almas superiores, es PATROCINIO, que con su brillante fantasía halla do quier motivos para cantar en todos los tonos y que sabe, con particular discernimiento, presentar las bellezas poéticas despojadas de cuanto tiende á desvirtuarlas y á hacerlas deformes.

Y no es solo su inteligencia, á la que ayuda una poderosa intuicion, la que la guia á hallar inspiracion en las cosas más vulgares para otros, sinó que encuentra siempre en su corazon fecunda é inagotable mina de sentimientos puros y de tiernos afectos, tesoros de encanto y poesía que brotan á raudales de sus lábios, de su pluma, de sus ojos, de todo su sér,

cuando habla, escribe, mira ó se aparece á la vista de cualquiera.

Tiene además la jóven poetisa, una cualidad grande é inapreciable, como que Platon hacia consistir en ella la poesía; es el entusiasmo, ese sentimiento que es tambien una idea, porque nace en la cabeza para llenar el corazon, que dá fuerzas á los débiles y aumenta las de los fuertes, que anima y vivifica, que enciende y estimula y que produce los héroes y los mártires, presidiendo á todas las acciones grandes, á todos los hechos gloriosos, á todas las sublimes manifestaciones del poder, de la ciencia, de la virtud del hombre, que encuentra cumplida satisfaccion y recompensa proporcionada á sus sacrificios, á sus duelos y trabajos en la posesion de tan noble sentimiento.

Y es precisamente el mismo, el que, sin dejar de la mano á otros, por lo menos tan nobles y poderosos como el amor á la pátria y á la familia, ha impulsado á PATROCINIO á escribir el poema de que nos ocupamos, porque, es bien cierto, que si hay sentimientos que se oponen casi siempre á ser abrigados por algunos pechos más aptos para dar salida á los dulces, tiernos y consoladores, que á los fuertes, grandes y enérgicos, tambien lo es que, una vez apoderados de su corazon, siquier sea este femenino, y como tal tímido y apocado, lo llenan completamente hasta rebosar y producir una explosion como la que representa el libro de PATROCINIO.

Esto explica, cumplida y satisfactoriamente, el por qué ha escogido para asunto de su poema el hecho glorioso que describe y dará la razon de su retorno á la poesía lírica, porque una vez satisfecha su aspiracion y cumplido su anhelo, se encontrará allí más en su centro, como la cándida paloma que halla en la hermosa primavera abundante y nutritivo alimento

sin verse expuesta, como en el triste invierno, á los enconados tiros, á las trampas y redes del despiadado cazador.

Por lo demás, en este, como en todos los trabajos de la autora, brillan las galas líricas, como tendremos ocasion de hacer observar cuando nos ocupemos de la forma especial de su poesía, lo cual, al mismo tiempo que hace menos árida y pesada la lectura del poema, ameniza, deleita, encanta y seduce á la imaginacion, y hace el conjunto más agradable, perdiendo de este modo gran parte de la austeridad y monotonía peculiares de todo canto ó poema épico.

Consta el poema de dos partes, dividida en seis cantos cada una con su título particular; todo vá precedido de una dedicatoria, de que hemos hecho ya mencion, y seguido de veinte notas y una copia de la *Certificacion dada por el General Palafox, de los hechos del Brigadier Quiadros, cuyo original se conserva en la Real Academia de la Historia.*

Todo el poema está escrito en octavas reales, combinacion métrica la más á propósito para esta clase de asuntos, toda vez que, los dos pareados se prestan admirablemente á reforzar el pensamiento, condensándolo, y á encerrar una exclamacion enérgica, profunda y oportuna.

El canto primero, que lleva por título *La batalla de las Heras*, principia por una invocacion á la historia pátria y á los héroes de la misma, y despues de protestar en él la autora de la escasez de sus fuerzas, describe en un bello y animado cuadro el movimiento, ardor bélico y entusiasta anhelo que se notaba en Zaragoza al mediar el año 1808, de gloriosa memoria para los españoles, como que en él probaron éstos que no es empresa fácil arrebatarles su querida independenciam, ni hay sacrificios que no estén

dispuestos á realizar por defenderla y por vengarla.

Contrastan notablemente, en este canto, las felices y exactas comparaciones del ímpetu y bélico coraje de los españoles á ciertas escenas de la naturaleza, con los severos y furibundos apóstrofes al enemigo; la trascripcion poética de las arengas y discursos de los héroes del 15 de Junio, con las sentidas y profundas reflexiones sobre el valor y la pericia bélica de un pueblo que arroja la esteva y el arado para empuñar la espada y el fusil; la brillante y engalanada descripcion del combate, del asalto, de la lucha individual, con el magnífico exabrupto en que las escenas de horror hacen prorumpir á la poetisa.

Vése, con placentera sorpresa, al lado del elevado pensamiento que, en florida frase, viene á dar cumplido conocimiento del hecho que condensa y entranña, el tributo de admiracion y respeto á aquellos esforzados adalides, cuya pericia, ardor, heroismo y patriótico entusiasmo, tan breve y perfectamente se encuentra retratado.

Todo es bello en este canto; el pensamiento que lo inspira, la idea que lo preside, la forma que lo desenvuelve, hasta la especie de letal desmayo en que parece caer la autora, cuando, despues de referir la batalla empeñada y la victoria conseguida, descien- de, en una ligera digresion, del tono alto y sostenido que domina en todo el canto.

Titúlase el canto segundo *Juramento de los defensores* y en él pinta admirablemente la calma que sigue á la agitacion pasada; la esperanza que reanima; la victoria conseguida; el entusiasmo, siempre creciente, de los valientes zaragozanos; la enérgica actitud en que se colocan, despues del triunfo, léjos de ellos la idea de adormirse con su encanto; el sentimiento del deber que late en sus pechos denodados;

la confianza que procuran inspirar á los más tímidos y apocados, ocultando el peligro y demostrando la seguridad de renovar los laureles adquiridos; la patriótica union que reina en todas las clases, en todas las gerarquías, viéndose confundidos el noble con el pechero, el sacerdote con el militar; y el cuadro de armonía y esplendente belleza, que presentaba natura en aquellos momentos en que el sol parecia complacerse en iluminar con sus más bellos rayos la gloria de los héroes de la Independencia española y la brisa oleaba las frentes de los adalides, que la fatiga del combate habia empapado de noble sudor. Brillan en este canto, más que en el primero, las comparaciones felices y oportunas, verdaderas imágenes que, presentando á la imaginacion del lector el cuadro exacto y acabado de los objetos y lugares que pintan, contribuyen poderosamente á dar á la frase un sabor poético y lírico, colorido que seduce y lleva el pensamiento como deslizándose por una suave pendiente á cuyo fin se espera, se adivina, la cumplida satisfaccion de un deseo fomentado y entretenido al mismo tiempo.

Magnífica, sobre todo encarecimiento, es la descripcion del entusiasmo que despues de la batalla anima á los vencedores, traducido en la unidad de miras que en todos se observa, ya viendo los proyectos que forman, las medidas que proponen adoptar para impedir que el triunfo se convierta en derrota, tomando el enemigo la revancha, ya la generosa insistencia con que sin escuchar la voz de la razon y de la prudencia, que dicta la quietud y reposo momentáneos, piden todos combatir á las huestes enemigas, costando gran trabajo, y debiéndose sólo al respeto que los zaragozanos, como españoles que son, tienen y han tenido siempre á la autoridad y á sus

jefes, el que tal ardor sea moderado y contenido dentro de sus justos límites, sin dejar por eso que se apague, y tratando, por el contrario, de robustecerlo y afirmarlo por medio de la sublime ceremonia del juramento.

Caprichosamente descritos están el día y lugar en que debia celebrarse este solemne acto; brilla aquí el más refinado lirismo, que, como la rosa entre sus hojas, sirve para que la mente se detenga con delicia en estas brillantes imágenes, para pasar, como por una sencilla transición, del animado y fuertemente acentuado cuadro de bullicio y algazara del pueblo zaragozano, al espectáculo del recogimiento y respetuoso silencio con que se celebra la solemnidad del juramento que el jefe toma á aquellos esforzados paladines, y que es notable por el modo en que está formulado y el pensamiento que entraña, hallándose breve y sencillamente expresada la espontánea unanimidad, así de los que toman, como de los que prestan el juramento sagrado de defender, con la independencia pátria, la libertad amenazada y la honra que trataban de mancillar aquellos fieros y altivos conquistadores, que sólo por la traición pudieron un momento sojuzgar á la pátria de los Cides y de los Guzmanes, la que despues de ocho siglos de constante y encarnizada lucha, consiguió acabar con la dominación sarracena, á que otra traición habia dado principio.

El canto tercero, titulado *Una traición*, trata en su mayor parte del horrible siniestro que la historia nos cuenta del incendio del Seminario, destinado en aquellos momentos á cuartel y almacén de utensilios, siendo notable la manera con que se halla pintado el estrago producido por el furioso elemento, el terror y la agonía que oprimia los corazones de aquellos hé-

roes, mudos en presencia de la catástrofe y que veían desfallecidos, puesto que era forzoso dividir su atención entre el enemigo que desde fuera insultaba su valor y el que dentro de su recinto amenazaba realizar lo que el otro intentare en vano, esto es, doblegar el espíritu aragonés, que es condicion humana humillarse á las desgracias que el destino ó la fatalidad provoca; no así, con tanta facilidad, á las que tienen su origen en la soberbia ambicion de otros hombres.

Presenta, la autora, en animada confusion á los habitantes de la inmortal Zaragoza, acudiendo con noble solicitud y patriótico celo á combatir al enemigo que, tan poderosamente, secunda los esfuerzos de otro no menos traidor y violento, y véñse allí hombres y mujeres, niños y ancianos, llegar, todos animados de laudable intencion y ardoroso deseo, á ayudar á extinguir el poderoso incendio, uniendo sus fuerzas á las de los que trataban de atajarlo, poniendo para ello en riesgo su existencia.

Después de una bellísima digresion, en la que se ocupa de las mujeres, con motivo de haber sido muchas las que en aquel triste momento contribuyeron á disminuir los estragos del feroz elemento, llevando agua y poniendo á salvo objetos que era preciso librar de la accion del fuego, viene á convenir con nosotros al afirmar que se halla fuera de su centro, al cantar estos hechos en la forma en que lo hace, por que, como dice muy bien,

« quien sólo cantó sueños
No puede realizar estos empeños.»

Hecha esta digresion, vuelve á tomar el tono que dejára, no brusca é impetuosamente, sin transicion alguna, sinó suave y lentamente, á la manera del

cantor que, antes de alcanzar la nota que ha de sostener su canto y dominar en él, recorre con singular maestría las demás de la escala, produciendo armoniosos arpeggios ó brillantes y sentidas variaciones.

Una vez á la altura de su cometido, detiénese á pintar el pavoroso desfallecimiento que, el siniestro referido, produjo en los zaragozanos la reaccion que en ellos se verifica cuando llegan á comprender que tan terrible desgracia puede ser un cobarde ardid de los invasores ó mañosa traicion de algun sér miserable á ellos vendido, pensamiento que justifica la odiosa conducta de aquellos desde que pisaron el territorio español y que confirma el ver que á aquel suceso responden determinados movimientos de las huestes enemigas, que en vano intentan prevalerse del natural terror que el hecho infundiera á los heroicos defensores, pudiendo, muy bien, datar de aquel punto el convencimiento que los franceses llevaron á Francia de que los españoles no pueden ser vencidos, ni por la traicion ni por la fuerza, cuando defienden su independencia.

Termina el canto con la relacion brillante y detallada del combate que siguió al incendio, combate en el que, á pesar de hallarse las fuerzas de los defensores harto menguadas, rechazaron, una vez más, las águilas imperiales, siendo notable la defensa del monte de Torrero, hecha por escaso número de hombres, que, defendidos por la escabrosidad del terreno, determinaron la derrota del francés, consiguiendo una victoria tanto más brillante y admirable, cuanto que el ejército derrotado habia sido hasta entonces invencible, á pesar de haber llevado sus armas desde el Pó hasta el Danubio, desde los Alpes al Cáucaso, de Rusia á Egipto y de haber vencido una por una, y unidas entre sí, á las demás naciones de

Europa, cuyos soldados no debieron de tener el temple de los españoles cuando se dejaron sojuzgar por gentes extrañas, que, arrebatándoles, con sus glorias, su libertad é independenciam, las uncieron á la triunfal carroza de su ambicioso caudillo.

El canto cuarto, que lleva por epígrafe *Temores*, es sólo un incidente del poema, en el que se manifiestan la duda y el temor que los tristes sucesos recientes engendran en aquellos pechos esforzados; temor y duda que alimenta la creencia de que la traicion se alberga dentro de los muros de Zaragoza, que puede llevar al pueblo á excesos é imprudencias que origina la desconfianza y que no es bastante á disipar el recuerdo de la reciente victoria, la esperanza de otra más grande y gloriosa.

Hácese ver la falta de un jefe valiente y entendido, de génio y corazon que dirija el belicoso ímpetu de aquellas enardecidas falanges y muéstrase el deseo, que á todos anima, de que esto suceda, porque es evidente que todo grupo sin armonía ni direccion, acaba por destruirse á sí mismo, en vez de obrar unido en el sentido más conveniente.

Insiste, la autora, al comenzar este canto, en manifestar que sus fuerzas son más adecuadas, y es más propio de su carácter, el cantar amores que combates, é insistimos también nosotros en confirmarlo y sostenerlo.

Una prueba más de lo que dejamos dicho es el canto siguiente, que es el quinto, titulado *El bombardeo*, en el cual la poetisa se halla en su elemento describiendo, á maravilla, la belleza de una noche de verano, en que la luna brilla en el cenit, la brisa mueve las flores con blandos susurros, los astros iluminan con su tibia luz los campos matizados de verdura, las aves llenan con sus trinos el espacio em-

balsamado, gime el arroyo, ríe la fuente y todo encanta y habla al corazón, como habla todo lo que es bello, puro, suave y armonioso, que todo esto se encuentra en la introducción del canto que vamos examinando.

Refiérese, á seguida, formando descomunal contraste, el formidable empuje de las huestes invasoras, el horroroso estruendo de la artillería, el incesante clamoreo, la agitada confusión que precede al bombardeo, y allí, en medio del espantoso choque de las masas que se baten fuera, el espanto producido por los que dentro sufren las consecuencias de tan terrible acontecimiento; se vé el triste cuadro de la madre que oculta sus hijos y tiembla al más pequeño ruido, de la jóven que despide á su amante con las lágrimas en los ojos y el luto en el corazón, cuadros que entona y colorea fuertemente el entusiasmo, que hace ver en el llanto debilidad, en la tristeza temor y en la desesperación falta de patriotismo.

Triste y desconsolador es en efecto el cuadro que se describe; pero encierra tanta verdad, está tan maravillosamente adornado, que todo contribuye á formar el pensamiento, la idea del hecho descrito de un modo tan vivo y eficaz, que parece al lector estar viendo el herido que cae, el tímido que escapa, la madre que llora, el valiente que anima y estimula á los que no lo son y escuchar el fatídico son de la campana de la Torre Nueva que dá aviso con su fúnebre lamento de la caída de una bomba y cree ver á los héroes que se baten fuera de los muros, envueltos en un torbellino de llamas, caer al pié del cañon ó empuñando el arma mortífera, con los ojos vueltos á la ciudad, por la que dán sus vidas, y las facciones, que el despecho y el coraje contraen, expresando el ódio á los extranjeros, cuya huella ni aun

pudo borrar la muerte con su helada y descarnada mano.

Medidas defensivas es el título que encabeza el canto sexto, y en él parece que la autora se encierra en un prolongado éxtasis que, abstrayéndose completamente de su idea principal, la hace vagar con delicia por los recuerdos de otros tiempos, en que el amor de la familia, el ejemplo de sus virtudes, la pura y noble felicidad que en su seno gozado habia despertan en su alma, siempre propensa á recrearse con cuanto tierno y dulce existe en su derredor y dispuesta á anegarse en sus indefinibles encantos. Y ahora es cuando, como inimitables preludios de música melodiosa, entona dulces sonos á la paz del alma y tranquilidad de conciencia, á la deliciosa expansion del amor filial, al honor, á la virtud, á la lealtad, que, habiendo sido los timbres de sus mayores, hallan en ella fervoroso y reverente culto, respetuosa admiracion, y constante deseo de imitar el ejemplo de quienes fueron ardientes sostenedores de estas virtudes.

Complácese en renovar las imágenes de otros dias para con su recuerdo tomar fuerzas y vigor, é inspirándose en el amor á la pátria, que en todas y en cada una de sus frases sobresale, como límpido rubí entre pálidos topacios, cantar las glorias de la misma; empresa que, si deja algo que desear en cuanto á la fuerza y energía de su ejecucion, supera cuanto pudiera decirse en lo que respecta á la finura, delicadeza, elevacion de ideas y sentimientos y melancólica dulzura que campean en todo el curso del poema.

Prueba en sentidas y armoniosas octavas que no es el sentimiento religioso, tan arraigado en los pechos españoles, el que menos contribuye á dar al alma la fortaleza que tiene conciencia de sí misma,

la convicción del derecho, de la justicia que asiste al oprimido contra el opresor, que hace héroes de los cobardes, mártires de los pusilánimes, demostrando la santa ira, el piadoso coraje que las sacrílegas profanaciones encendieron en aquellos esforzados paladines de la mejor de las causas, ira y coraje traducidos en el belicoso entusiasmo, en el formidable ímpetu con que resiste y rechaza las huestes enemigas, sin que el peligro les estremezca ni haga volver atrás, sin que la mayoría del número disminuya un quilate el valor de sus corazones, sin que el violento empuje de las masas contrarias les haga dudar del triunfo, que nada anima y estimula más el corazón humano que la posesión de una idea, de un sentimiento, en los que está personificado cuanto de noble, digno, santo y consolador existe para él.

Termina este canto con un himno, si así puede llamarse, á la inmortal Zaragoza, cuyo recuerdo será impercedero, cuyas virtudes cívicas y el valor de sus habitantes pusieron tan alto el honor pátrio, probando que es imposible, de toda imposibilidad, que un pueblo como España, inspirado en sus tradiciones históricas y religiosas, iluminado por el amor á la libertad y á la independéncia y enardecido por la traición execrable de un enemigo indigno, pueda ser sojuzgada, vencida, ni humillada.

Esta primera parte lleva por epígrafe general *El sitio de Zaragoza* y su lectura nos ha hecho vacilar, más de una vez, en nuestra opinión de que es fácil afirmar que es una mujer la que ha escrito el poema, porque si bien es verdad que en las descripciones y líricos arrebatos es donde más se vé y siente á la poetisa y donde más se derrama y extiende su inspiración, no es tan débil y apocada en el resto del poema que no pueda asegurarse que con más tiempo

y estudio, con reflexion madura y detenida y exquisito cuidado no hubiera hecho la autora una obra digna de rivalizar con las de los más afamados poetas épicos; pero si se atiende á que el poema todo está impregnado de la dulzura y sensibilidad que caracterizan á PATROCINIO, y que, tan impropio son de este género de poesía, y á que, sin mirar á su corta extension, la forma en que está escrito no es tampoco la más á propósito, por ser requisito indispensable la energía, solidez en los pensamientos y nérvio poético, de que la mujer es necesariamente incapaz, debemos convenir, confirmando nuestro aserto, en que la jóven poetisa se ha engañado si se ha propuesto escribir un poema épico y ha ido más allá que su pensamiento si únicamente se propuso formar un poema histórico. Esta es, tambien, su opinion y será, á no dudar, la de cuantos lean el poema EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA, de cuya segunda parte vamos á ocuparnos de seguido.

Lleva ésta por titulo *El Brigadier Quiadros* y consta, como hemos dicho ya, de seis cantos, dedicados en su mayor parte á enaltecer y á honrar la memoria de aquel héroe de la independendencia, que no vaciló en sacrificar lo que más amaba en el mundo y hasta su propia vida, en aras del deber pátrio, que siempre tuvo en su alma un templo consagrado á su culto y un altar en su corazon generoso.

Refiérese, en el primer canto, en robustas y valientes octavas reales, la dulce felicidad, la tranquila dicha que rodeaban al denodado militar al tener noticia de la apurada situacion de la inmortal Zaragoza; manifiéstase su patriótica decision de acudir en su auxilio abandonando aquellos lugares en que el amor le sonreia y la ventura le inundaba completamente, y arrastrando con él á los valientes ciudadanos que ha-

llaban preferible el peligro de las armas, el estruendo del combate, la fatiga y la incomodidad de la campaña, á la dulce tranquilidad y envidiable reposo de sus hogares; cuéntase cómo el pueblo de Teruel, respondiendo á la indicacion de su Gobernador, le sigue con ánimo decidido, dispuesto á compartir su suerte, sacrificio tanto más admirable y digno de encomio, cuanto que no podia decirse que faltaban á su deber permaneciendo en el sitio que les estaba destinado, toda vez que, sin mengua de su honor, podian aquellos habitantes y su heróico jefe abandonar á su suerte á la capital del reino de Aragon, que harto era necesario y conveniente cuidarse de la propia casa, sin exponerla por defender la ajena. Pero en pechos tan nobles como el del ilustre Brigadier QUADROS no podia caber el sentimiento de la indiferencia al mirar la desgracia de sus hermanos, y mucho menos, cuando en él podia consistir el remedio apetecido, aun cuando para alcanzarlo diese, como la dió, su noble vida y destrozase las fibras más sensibles de su corazon y las de los que le amaban. Así que, sin escuchar lo que el suyo le dictaba y obedeciendo sólo la idea de su deber, abandona á su esposa y tiernos hijos, deshecha en llanto la primera, sonrientes los segundos, con la sonrisa de la inocencia, siendo notabilísimo el modo con que la autora trascribe el diálogo que tiene lugar entre los dos esposos, diálogo lleno de pensamientos elevados, de frases dulcísimas y tiernas y arranques enérgicos y vigorosos, envueltos en una forma poética, sencilla y elegante, que impide al lector apartar la vista del libro una vez devoradas, para indicar que se leen con ánsia, las primeras octavas.

Al llegar aquí parece que la autora se recrea en despertar en el lector recuerdos que brotan en su

alma, renovando dormidos sentimientos, y juega con los del que lee, produciendo en su alma el patriótico ardor que aviva y extiende el relato de la acogida que los turbitanos hacen á su caudillo, aclamándole y victoreándole; y haciendo asomar á sus ojos lágrimas que la sensibilidad, excitada por el relato de la despedida de ambos esposos, agolpa y precipita nublando la vista por un momento y estimulando el deseo de seguir leyendo una relacion tan fiel, breve y sencillamente hecha, como bella, suave y sentimentalmente exornada.

El canto segundo de la segunda parte, *El dos de Julio*, debiera ser el más notable por el objeto que le dá asunto y es precisamente lo contrario, por lo descuidado de su forma y lo vago de ciertos pasajes en que unas veces se sacrifica el pensamiento al sonido, otras éste se sujeta á aquel, con grave desperfecto de la armonía y cadencia.

Abundan más que en el resto del libro los consonantes alternos asonantados y no escasean los forzosos y los duros. Por lo demás, trátase en él de la accion memorable que, en tal dia, se libró entre franceses y zaragozanos, en la que, sin la oportuna y eficaz ayuda del héroe del poema, tal vez hubieran aquellos conseguido su depravado intento.

Por lo que sin detenernos á analizar las descripciones y relaciones detalladas de la entrada del Brigadier QÜADROS en Zaragoza y la alegría é indescriptible entusiasmo que este hecho produce en los habitantes de la inmortal ciudad, de la bizarría y terrible denuedo con que secundado por su escogida legion arrolla y confunde á los franceses, sembrando el terror en sus filas, que merma y aclara el filo de su acero, ni del heróico hecho de Agustina de Aragon, que, otra Juana de Arco, lleva á los pechos ara-

goneses, con el ejemplo de su ánimo valeroso, la confianza y la fé que comenzaba á vacilar.

Valor y abnegacion, así se titula el canto tercero, que, comenzando por ensalzar el demostrado por los héroes de 1808, que nada pudo menguar, ni los ardidés de los enemigos, ni sus crueldades manifiestas, ni su conducta falsa y pérfida, continúa refiriendo las hazañas llevadas allí á cabo, en especial por el invicto protagonista del poema, concluyendo con la relacion de las prudentes medidas y acertadas disposiciones del aguerrido jefe, que merecieron la aprobacion y alabanza del General Palafox, confirmadas en un brillante testimonio que la historia nos conserva.

A pesar de lo desaliñado de la forma, de lo casi trivial del estilo, nótase en todo el conjunto cierta armonía guerrera y patriótica melodía, que hace menos dura y cansada la lectura de este canto, que con el anterior es de los menos favorecidos por la musa de PATROCINIO.

El título del canto cuarto resume en sí el poema entero: *Todo por la pátria*, debió ser la expresion que el sentimiento del deber y del honor arrancára al HÉROE DE SANTA ENGRACIA, segun de su conducta se desprende y por su carácter se deduce.

Y en efecto, este canto está destinado á probar que no era un vano alarde el hecho heróico y doloroso de QÜADROS, sacrificio que el ánsia de popularidad, el deseo de la fama hubiera producido, sinó que el alma de aquel, templada en los combates, y fortificada con el hábito del cumplimiento de sus deberes, no se entregaba á luchas estériles entre el sentimiento y la idea, apenas faltaban los testigos cuya presencia, podria sin razon sospecharse, habia dado lugar á ello. QÜADROS, parodiando aquella célebre sentencia de Escipion el Africano, podria muy bien

decir, *¡nunca estoy menos solo que cuando estoy solo!* porque no era, en verdad, el afán de hacerse popular el móvil de sus acciones y le bastaba la voz de su conciencia, cuya inflexible mano le señalaba la senda de su deber, para creerse bastantemente recompensado con la más pura y noble de las satisfacciones, con la tranquilidad de espíritu que la práctica del deber engendra, y lo mismo en el seno de la familia que en el de la amistad y compañerismo, que á sólas con su pensamiento, QÜADROS jamás vaciló, ni sostuvo lucha alguna, toda vez que, dado su carácter y gloriosos antecedentes, si mandádosele hubiera escalar el pico de Teide y viese en este mandato la indicacion de un deber, podría dudar y aun negar la posibilidad de realizar esta empresa, pero no quedaria sin intentarla.

Es cierto que la dificultad y aun la imposibilidad de algunas cosas se atenúa y á veces se anula, en presencia de génios, como el que canta PATROCINIO, cuyo valor y noble decision allanan los obstáculos, porque combate y lucha con una fé no menor que la del que intentaba mover la montaña de su asiento.

Trascribese á continuacion dos cartas, notables en su género por los pensamientos que encierran y el afecto en que están inspiradas; una de Joaquina, esposa del héroe, en la que con la amargura propia de la esposa amante y amada, de la mujer tímida y sensible, se queja de la ausencia de su esposo, le llama apurando todas las frases del cariño y tratando de llevar el convencimiento á aquella mente, toda ocupada por la idea del deber, y la persuasion á aquella voluntad de hierro, que nada era capaz de torcer, ni las consideraciones sociales, ni el amor de la familia, ni la conservacion de la propia existencia.

La segunda carta es del héroe á su esposa y en

ella, protestando de su amor y cariño, jamás menguado, á su mujer y á sus hijos, de los impulsos de su corazón que le llevan á sus amantes brazos, del inefable placer que las palabras de su carta le producian, le manifiesta que sólo el amor, apagando la voz de la razón, habia podido dictar aquellas palabras á la débil mujer, enviando un triste y cariñoso recuerdo á su hogar, á sus hijos, cuya vista anhela, y en un arrebatado de noble patriotismo exclama: *¡Todo por la patria!* trás de lo que viene su triste despedida, de la que es imágen y recuerdo una margarita, pálida flor, arrancada en el campo de batalla y que QÜADROS envia á la compañera de su vida, despues de haberla besado y suspirado sobre su cáliz.

Ocasion tendremos de ocuparnos de las bellezas de este canto, más notable que los dos anteriores y de más vigorosa entonacion, quizás porque al escribirlo consultó PATROCINIO á su sentimiento más que á su mente, inspirándose en la tradicion histórica que de su familia se conserva y dejando volar, por otra parte, á su pluma por los espacios imaginarios de la poesía.

El penúltimo canto de la segunda parte lleva por título la memorable fecha del *Cuatro de Agosto*, dia en que dió principio el segundo bombardeo; y á causa de su corta extension sólo diremos que en él se pintan admirablemente los efectos terribles y el estrago producido por tan feroz alarde, con vivos colores, constituyendo un cuadro en que á la animacion se aduna la verdad y el brillo, y á la sensacion de terror que produce, el sentimiento belicoso que despierta.

Ocupase tambien de la generosa decision del aguerrido QÜADROS al ceder á Lazan parte de los escasos soldados que defendian el punto por él guardado, y de las palabras cambiadas con este General,

que en nombre de la pátria, prometió á aquel la recompensa merecida, sin conocer que sin la esperanza de ésta QÜADROS hubiera obrado lo mismo, ni sospechar que el ilustre caudillo estaba dispuesto á morir antes que dejar de defender el puesto que le estaba confiado, aunque con su muerte perdiera cuanto en el mundo dejára, con tal de que la pátria alcanzase los frutos del sacrificio de su vida.

Muy bien podia la autora, prolongando este canto, haber dado fin en él al poema; pero aficionada, sin duda, á la simetría ó igualdad artística, quiso que su segunda parte tuviese, como la primera, seis cantos, destinando el último á la accion capital, al hecho que dá base y origen al poema todo, ó tal vez, quiso reconcentrar todas sus fuerzas y el vigor de sus pensamientos, y expresar todo el afecto y sensibilidad de su corazon para cantar dignamente, y con elevado y fúnebre tono y con frases que el llanto entrecortase, *La muerte de Qüadros*, que tal es el título del sexto canto de la segunda parte, último de todo el poema.

Empieza éste por describir la espantosa lucha que siguió al bombardeo, en la que abandonando los cañones los nobles zaragozanos empeñan el combate á brazo partido, haciendo sólo uso de las espadas y bayonetas; las escenas de horror y desolacion, consecuencia de la refriega; el valor y patriotismo de los que mueren ó caen heridos, victoreando al Rey y á la pátria; la enérgica actitud de QÜADROS, al pretender arrebatar al enemigo un cañon de que se habia apoderado, prometiendo una charretera al que lo clavase y viendo con gozo verificarlo al soldado Ruiz; la sostenida y pertinaz resistencia de los sitiados; el violento ímpetu de los sitiadores que, en aquella accion jugaban el todo por el todo; los prodigios

de valor realizados por el héroe que canta; los actos de patriótica abnegación que ejecutan los hombres y las mujeres, entre los cuales descuella el de la Condesa de Bureta, que hizo con sus muebles una barricada, frente de su casa; los combates parciales y las manifestaciones hostiles de sus habitantes al entrar los franceses en sus calles; y sobre todo, la lucha general en la que después de maravillosos esfuerzos y actos prodigiosos de valor, QUADROS queda sólo cercado de cadáveres y expuesto á los fuegos enemigos, y cuando trataba de levantar una batería, deshecha por el fuego contrario, recibe una descarga que lo tiende espirante, terminando de este modo una vida llena de sacrificios y virtudes, de admiración y gloria inmensa; pero cuya memoria quedará siempre impresa en los corazones de los españoles, en los que habrá un lugar destinado á consagrarle el tributo de veneración á que se ha hecho acreedor.

Hemos terminado, con gran satisfacción, la crítica de EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA: réstanos hacer algunas advertencias aclaratorias, que si bien inútiles para los que conocen á PATROCINIO, se hacen necesarias á los que no se encuentran en este caso. Hemos dicho ya, que la obra que hemos analizado no es un poema épico, toda vez que, prescindiendo de su corta extensión, carece aunque no completamente del estilo peculiar de esta clase de trabajos; tiene sí la unidad en ellos exigida; pero échase de menos la variedad dentro de la unidad misma; además que, dominando en él el sentimiento más que la idea, si es capaz de conmover, produce pequeño asombro, por que las acciones épicas deben considerarse en absoluto y no por la relación que pueda unir las á otros hechos.

Las circunstancias hacen en ocasiones de un he-

cho insignificante una epopeya, y si muchas veces un acto humano produce admiracion entusiasta é inmenso asombro, no es bastanté que pueda producir estos efectos para calificarlo de hecho épico.

Por eso QÜADROS será siempre un héroe de la pátria, mártir de su independencía; la narracion de sus hechos arrancará lágrimas de ternura y entusiasmo; será querido y admirado; pero esta admiracion nada tendrá de comun con la que despierta el Aquiles de Homero, el Eneas de Virgilio, el Bernardo de Balbuena y el Cortés de Justiniano.

Pero si no es poema épico, tiene todas las condiciones de histórico; y así considerado, merece la aprobacion de los inteligentes por la galanura de su estilo; por lo puro, en general, y castizo de su lenguaje; por lo florido y brillante de sus imágenes; por el encanto y sencillez de sus descripciones; por el vigor y energía de muchos de sus pensamientos; por el carácter de su poesía; en una palabra, por lo agradable de su conjunto y lo esplendente de su forma.

El estilo de PATROCINIO es elástico sobre toda ponderacion; grave y concienzudo cuando toca á objetos que la gravedad caracteriza; sencillo y familiar cuando se ocupa del que le está íntimamente ligado; magestuoso y poético cuando divaga en sentidas y magnificas digresiones; noble y elevado cuando los pensamientos y circunstancias del asunto lo requiere; toma todos los tonos, recorre toda la escala con singular afinacion y produce, á satisfaccion, el arroador embeleso, la alegría sincera, el encanto y la admiracion de que su alma se halla en aquellos momentos poseida.

El lenguaje empleado en su poema, es castizo y puro, en su mayor parte, y si bien la propiedad y

correccion se resienten algun tanto, de la escasez de conocimientos filológicos de la autora, como mujer que es, este defecto se halla compensado superabundantemente por lo fluido y armonioso de la diction, por lo escogido de la frase y la rotundidad de la cláusula.

Para nada debo ocuparme de los pensamientos acá y acullá sembrados por PATROCINIO, en el curso de su poema, ya que basta leer éste para formar idea perfecta de su nobleza y elevacion.

Su poesía, ya lo hemos dicho, es eminentemente lírica, llena de adornos y elegancia, de animacion y movimiento, de brillantéz y colorido; domina en ella el sentimiento de lo bello, de lo justo, de lo bueno, de lo noble, de lo digno, de lo santo, de lo verdadero.

Su éstro sentimental derrama la dulzura y la suavidad por todas partes, y complácese sobremedura en pintar todo lo que es tierno, sencillo, puro y melodioso, interpretándose, y dando á luz el anhelo que la domina, la expansion de su alma privilegiada, sus pasiones como dulces afectos, la esencia de su sér entero, su vida, su alma, sus esperanzas y sus desengaños, lo que cree y lo que ama, sus recuerdos y sus aspiraciones.

Omitimos transcribir aquí algunas de sus inspiraciones; pero no podemos resistir al deseo de hacerlo con una de las octavas del canto primero de la segunda parte, en la que no se sabe qué admirar más, si la belleza y sencillez de la descripción ó el sabor poético de que está impregnada, si la tersura y fluidez del lenguaje ó su magestuosa entonacion.

Ocupase en retratar á la esposa de QÜADROS, y despues de algunas frases, continúa así:

Aquella mano es blanca y delicada;
 El cabello castaño y onduloso
 Sobre su frente tersa, despejada,
 En suaves bucles se recoge airoso;
 Breve la boca de coral labrada,
 Los dulces ojos del color hermoso
 Con que en las tardes plácidas de mayo
 Se pinta al cielo de la luz al rayo.

En cuanto al conjunto del poema produce el mismo efecto que la vista de un hermoso paisaje, cuyos detalles y accidentes le hacen más hermoso y encantador á medida que se van examinando; cada flor, cada arbusto, produce una sensacion distinta que añade valor y mérito al país que se admira; y el fugitivo arroyuelo, la pintada mariposa que vuela de flor en flor, el verde y mullido césped que tapiza el suelo de esmeralda, el alegre cantor de la alborada, aumenta el encanto, doblan la admiracion y embargan al alma, arrobándola en dulce y continuado éxtasis.

De su forma, sólo añadiremos á lo dicho en otra parte, que se revela en ella la pureza de la autora, y parece, como su imágen y semejanza, bella, ligera; sencillamente ataviada; desprovista de adornos superfluos; embelleciendo el pensamiento, la idea; animando la expresion y hermosteando la frase; es, en fin, de lo mejor que tiene el poema, que es cuanto podemos decir una vez que éste es conocido.

Hemos acabado. Pedimos indulgencia y perdon á la autora, que nos calificará de duros y atrevidos; á los severos aristarcos que nos tacharán de tímidos y blandos: que si no podrian conciliarse los dos extremos aludidos, estaríamos siempre por el primero y disculparíamos á la poetisa, no estando dispuestos á hacer

XXX

lo mismo con sus detractores, ni lo estaremos mientras no sean mujeres, ni jóvenes, ni bellas, ni discretas, ni se llamen PATROCINIO DE BIEDMA, ni hayan escrito el poema.

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA.

Fermin Herran.

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA.



AL EXCMO. SR. D. JOSÉ ARROQUIA

MARQUÉS DE SAN MIGUEL DE LA VEGA, ETC.

A nadie, sino á ti, podía yo dedicar este Poema; á ti, que me has inspirado la idea de escribirlo; á ti, que con una fuerza de voluntad digna de lo grande del objeto, has ido día por día, y hora por hora, desenterrando de entre el polvo del olvido los laureles tan gloriosamente ganados por este héroe, mártir sublime de su lealtad y su valor; á ti, en fin, que, protegiendo al arte y honrando la historia de tu Patria, has hecho consignar en el libro y en el lienzo, páginas del paruenia, las brillantes hechas que enaltecen el nombre de QÜADROS.

Acepta, pues, estas páginas, no apreciándolas según la poca que valen, sino nienda en ellas mi deseo de unir una pobre hoja de laurel á la brillante corona que tu has formada sobre el sepulcro del invicto héroe, gala y argolla de las glorias patrias.

Tu Hermana

Patrocinio.

PRIMERA PARTE.



EL SITIO DE ZARAGOZA.

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA.

LA BATALLA DE LAS ERAS.

CANTO I.

Brillante historia de la Pátria mia
Que de luz pura su horizonte baña:
Recuerdos de valor y de hidalguía
Que leve sombra de traicion no empaña;
Nobles héroes de altiva bizarría,
Gala y orgullo de la digna España:
.....¡¡Tomad por un instante forma y vida
Y reanimad mi inspiracion perdida!!

Mi pluma es débil, y me falta aliento
Para cantar en su esplendor la gloria
Del bravo pueblo que al deber atento
Grabó con sangre de su honor la historia;
Su grandeza refleja el pensamiento
Cuando el pasado evoca la memoria,
Más para entretejerles digna palma
Pido á la inspiracion la luz del alma.



Bajo un cielo purísimo y brillante
Que el sol matiza con pincel de oro,
Compacta multitud cruza anhelante
Y algo murmura por demás sonoro:
Es un pueblo que se alza delirante
A defender su honor, que es su tesoro,
Y «¡VENCER Ó MORIR!» decir se escucha
A los bravos que apréstanse á la lucha.

Auras de sangre que la guerra envía
Veloz á Zaragoza lleva el viento;
Hay quien sospecha la traicion sombría
Que ocultan los que tienen valimento.....
El pueblo, en un arranque de energía,
Se apresta á la defensa en un momento,
Que la sangre que corre por sus venas
No le permite soportar cadenas.

El eco ronco de la hirviente ola
Al rodar en la cresta de los mares;
El torrente que el alba tornasola
Al saltar de la roca en los altares,
Al español no igualan, si acrisola
Su valor defendiendo sus hogares,
Que al sentirse oprimir de un extranjero
Su altivo orgullo se revuelve fiero!...

La raza de los galos, la que un día
Por ellos fuera en San Quintín vencida,
Demostró al fin á España la falsía
De sus promesas de amistad mentida;
Y entonces, aquel genio que tenía
La voluntad del mundo suspendida
Del poder de su voz, vió con recelo
Cortarse aquí de su ambición el vuelo!!...

.....¡Napoleón! Si dominada acaso
Por el brillo fatal de tu ascendiente
Europa, desde el Norte hasta el ocaso,
Besó tu mano y te dobló la frente;
España, al escuchar tu primer paso,
Despertó de su sueño vivamente,
Y opuso á tus magníficas legiones
Murallas de valientes corazones.

Ellos, los descendientes de Numancia,
Los que llevaron á distantes zonas
La fama de su gloria y su arrogancia,
A tí, tirano hambriento de coronas,
A tí, coloso dictador de Francia,
Falso César que Césares destronas,
Te sabrán detener, sin más escudo
Que el noble pecho á tu furor desnudo.

¡Sabéis morir! los que tan grande historia
Como ejemplo debieron á la suerte,
Tienen asegurada la victoria,
Pues el pueblo que va con paso fuerte
Siguiendo por la senda de la gloria,
De la traición se libra con la muerte:
Que en la santa explosión del patriotismo
Ningún hombre se acuerda de sí mismo.

¡Guerra! gritó pujante el pueblo ibero
Al sentir el rumor de tus legiones;
¡Guerra al traidor que humilla nuestro fuero
Y nos quiere imponer instituciones!
¡Guerra y muerte al ejército extranjero
Que va venciendo al sojuzgar naciones!
¡Guerra al que osó tocar á nuestros Reyes
Y conculcar nuestras sagradas leyes!

Y el grito del leon que ruga incierto
Si no halla á la leona en su guarida,
No vibra tan terrible en el desierto
Como vibró en la España estremecida
Aquel clamor de guerra, fiel aserto
De una nacion valiente, que ofendida,
Víctima al ser de tu ambicion extrema,
Temblar hizo en tus sienes la diadema.



Era el *quince de Junio*: en esa hora
En que en el cielo límpido de España,
El sol naciente con sus rayos dora
El horizonte que de luz se baña:
Desde el primer reflejo de la aurora
Que de púrpura ciñe la montaña,
Se ve agruparse en las extensas calles,
En los paseos y risueños valles

De Zaragoza, muchedumbre ardiente
Que en actitud dignísima y severa,
Siguen al General noble y valiente
Que lleva de la Virgen la bandera;
Palafox les arenga dulcemente
Y alzando aquella imágen que venera
Les dice con la voz ya conmovida:
—«La vida de la Pátria es nuestra vida».

No vive el bueno si la Pátria muere;
Solo el traidor le niega en su egoismo
La sangre que le debe: si la hiere
Un pueblo que hace gala en su cinismo
De ceñirla cadenas cuantas quiere,
¿Quién será el vil que no sienta en sí mismo
Todo el horror que su dolor destella?.....
¿Quién que no anhele padecer por ella?.....

La VIRGEN DEL PILAR, nuestra patrona,
Cuya imágen guardais en la memoria,
De nuestra causa la justicia abona
Y dará á nuestras armas la victoria;
¡La muerte no temais, que es la corona
Del que envuelto en el manto de la gloria,
Ofrece de la guerra en los azares
Su vida de la Pátria en los altares!»

Un viva inmenso que el espacio atruena
Al resonar con entusiasta brío,
Contesta al General, que con serena
Noble actitud, les muestra en el vacío
Las tropas enemigas, que en la amena
Ancha llanura que circuye el río,
Hacen brillar al aire mil facetas
Al reflejar el sol sus bayonetas.

Su vista inflama más los corazones
Donde late el valor y el heroísmo;
Los paisanos formando batallones
Se unen rivalizando en patriotismo:
¿Quién les enseña disparar cañones,
Manejar el fusil, y hacer lo mismo
En la defensa de su Pátria amada,
Que la tropa á la guerra acostumbrada?

¡Ah! ¡Para el corazón no existe ciencia!
El valor se despierta por sí solo
Si un extranjero intenta en su demencia
Cubrir á un pueblo de miseria y dolo:
Al defender su santa independencia
Al mundo admiran desde polo á polo,
Pues no hay nada más grande ni valiente
Que una nación que se alza independiente.

Y los que así provocan su hidalguía,
—Cual si olvidar la historia se pudiera—
Olvidan que hijos son de los que un día
A esa misma nación, siempre altanera,
Vencieron en los campos de Pavía
Y en el polvo arrastraron su bandera,
Porque su escudo, que de altivo asombra
Tuviesen sus caballos por alfombra.

Sus hijos son, y vengarán la ofensa
Que con ardid villano se le infiere;
Se aprestan con valor á la defensa
De su Pátria ultrajada: *¡Dios lo quiere!*
¡Vedles llegar! ¡como el que solo piensa
En castigar al que su honor le hiere,
Y con su sangre, que sin pena vierte,
Amasa los altares de la muerte!

Las tapias se coronan de valientes
Que esperan sin temor al enemigo;
Las puertas se refuerzan; los salientes
De las lomas, se ponen al abrigo
De clavados cañones, que en hirvientes
Olas de fuego, llévanse consigo
Mutilados cadáveres franceses,
Nubes de polvo y arrancadas mieses.

El enemigo avanza en son de guerra;
Se oye el ronco tronar de los cañones,
La sangre hierve al salpicar la tierra,
El humo flota en densos pabellones;
Con gran viveza la columna cierra
En líneas paralelas sus fracciones,
Y llegan, presentando la batalla,
A tocar con sus flancos la muralla.

Las balas silban al cruzar el viento;
El humo dilatándose oscurece
El terso azul del puro firmamento
Donde una nube de crespon parece;
Al eco del fusil se une el lamento
Que con angustia exhala el que perece,
Y la muerte se cierne en el vacío
Sobre este cuadro por demás sombrío.

¡Cuadro de horror, desolacion y espanto!
La sangre encharca la abrasada tierra,
Su roja mancha se dilata tanto
Que ante su vista el corazon se aterra;
—¿Por qué, Dios mio, con tu imperio santo
Al hombre dejas realizar la guerra?
¿Es acaso expiacion de sus errores.....
O es para dar la gloria á los mejores?.....

¡Ah! si mi voz tuviese la energía
Del salterio divino del Profeta.....
Si de un arpa celeste la armonía
Imitase mi acento de poeta.....
Con qué brillantes galas cantaria
Esta epopeya del honor completa,
De las ruinas escrita en los escombros
Para á los mundos arrancar asombros!...

.....Los bravos hijos á su Pátria fieles
Ni el riesgo temen ni el peligro miden;
Con sangre pura abonan sus laureles
Cuando la libertad al mundo piden.....
Ven sin temor en rápidos corceles,
Mientras nubes de fuego les despiden,
Llegar al enemigo hasta las puertas,
Que espera por traicion hallar abiertas.

Como capa de pólvora que inflama
La roja chispa que cayó perdida
Y en una sola y esplendente llama
En instante fugaz queda encendida,
Así ese pueblo que sus fueros ama
Estalló en su venganza contenida,
Y en el impulso de una sola idea
Sin vacilar lanzóse á la pelea.....

En ella lucha el niño en cuya frente
De la infancia el candor tierno palpita;
Y el tembloroso anciano que valiente
Su débil fuerza con su rabia excita;
Y las mujeres, cuyo pecho siente
Del patriotismo la emocion bendita,
Y todos juntos de bravura llenos
Vencer esperan de temor ajenos.

¡Ah! Dios bendice su entusiasta idea
Y la fuerza les da de los guerreros;
La dulce imágen que la brisa orea
¡Jamás humillarán los extranjeros!.....
El sol en chispas de oro centellea
Reflejando su luz en los aceros,
Y en tanta confusion, potente late
La voz que guia al desigual combate..

¿De quién es esa voz? Grita «¡adelante!»
Un General que al enemigo asalta
Seguido de su ejército triunfante.
¡Ah, no! que todo al combatir les falta,
No tienen jefes, pero á cada instante,
Sobre ese campo que la sangre esmalta,
Hay decisiones de bondad extrema
Que el sello son de inspiracion suprema.

Cerezo, Palafox y Renovales,
El bravo Sas, y cuantos más combaten,
Apenas pueden, en esfuerzo iguales,
Los puntos recorrer donde se batien;
Son tantos los peligros, y son tales
Los traicioneros medios que debaten,
Que es fuerza decidirse en un momento
Y que la realidad siga al intento.

Y así sucede: apenas descubierto
Un punto de importancia expuesto queda,
A él se dirigen con notable acierto.
Para impedir que al enemigo ceda;
Y el que avanza hasta allí con paso incierto
Mordiéndolo el polvo entre las balas rueda,
Que en la táctica no hay un plan más bueno
Que el que traza un leal sobre el terreno.

¡Y todos son leales! Todos tienen
La voluntad de dar su último aliento
Al pié de la bandera que sostienen,
Que es de la Virgen del Pilar asiento;
Todos son buenos y cual buenos vienen
A realizar su noble pensamiento,
A morir por los fueros de su ley,
Por su *Dios*, por su *Pátria*, por su *Rey*.

En vano, en vano el enemigo avanza;
Ronco el cañon de disparar no cesa,
Como un sordo rugido de venganza
Contra la odiosa multitud francesa;
Sin perder un instante la esperanza,
Sin vacilar en su valiente empresa,
Barren los batallones descubiertos
Que huyen dejando sábanas de muertos.

¡Animo! (1) gritan con alegre acento
Que débilmente á la emocion resiste;
¡Animo! ¡vamos bien! repite el viento,
¡No desmayar que el cielo nos asiste!.....
¡Animo! el eco repercute lento
Como un aviso que alentara al triste,
¡Animo! ¡No temer! ¡Nuestra es la gloria,
Que está de nuestro lado la victoria!

.....Las horas pasan y la lucha crece.....
El sol que brilla cual fanal de oro,
Entre olas de celajes palidece.....
Y de su luz el vívido tesoro,
Sobre los valles repetir parece
El viento dulce, al murmurar sonoro,
Dominando los bélicos rumores,
La voz de: «¡vencerán los defensores!»

Lebfevre admira la sangrienta lucha
Absorto de tan brava resistencia,
Y ansiando terminar, pues es ya mucha
La orgullosa impresion de su impaciencia,
Manda á la tropa que su voz escucha
Avanzar de una vez, y en consecuencia
Juzga que con su empuje poderoso
Entrará en Zaragoza victorioso.

Dada la órden, con ardiente anhelo
Las francesas columnas adelantan;
Nubes de polvo oscureciendo el cielo
Con sus caballos al partir levantan.....
Los defensores con mortal recelo
Comprenden lo que intentan y se espantan,
Pues temen que un sosten fuerte y activo
Les falte en el momento decisivo.

Más pronto se disipan los temores.....
Llega un nuevo refuerzo de valientes,
Mil hombres entre tropa y labradores;
Todos de sangre y corazon ardientes.....
Con «hurras» de placer los defensores
Llegar les ven y acometer vehementes,
Y esperando vencer, con justa saña
Se defienden gritando: «¡Viva España!»

¡Oh Dios! ¡qué grande é imponente escena!
La sangre cubre con rojizo manto
El ancho espacio que hervorosa llena.....
En alas del delirio, el grito santo
De independencía y libertad resuena,
Dominando los ecos del espanto;
Y aquellas huestes que en tropel desflan
En montes de cadáveres se apilan.....

Allí luchan dos hombres frente á frente,
Más lejos, simulando una batalla,
Un grupo aislado al resistir valiente
Con los muertos se forma una muralla;
Lanza el cañon su fogonazo ardiente,
Rojiza bomba con fragor estalla,
Y más hombres que flores tiene Mayo
Sin vida quedan de la guerra al rayo.

Que en la defensa audaz, desesperada
De los que luchan por guardar sus fueros,
Todos quieren en ansia arrebatada
Herir y destrozar los extranjeros.....
Y matan, y maldicen, y en la osada
Terrible carga, esgrimen los aceros,
Y cada golpe que un contrario abate
Es un «hurra» que alienta en el combate.

Al fin el enemigo que provoca
La saña del *Leon* con desatino,
De su impotencia los efectos toca;
Y se retira en loco torbellino,
En pos dejando en confusion no poca
Salpicado de muertos el camino,
Y en poder de las huestes españolas,
Armas, caballos, gente y banderolas.....



¡Ah! ¡quién pudiese en explosion de gloria
Cantar con dignos ecos la alegría
De aquellos que alcanzaron la victoria
En tan solemne y memorable dia!...
¡Quién pudiera inspirándose en su historia,
Que es el orgullo de la Pátria mia,
Grabar su triunfo en delirante anhelo,
Con letras de oro sobre el ancho cielo!

Pero mi voz es débil, y mi pluma
No alcanza á consignar ese portento,
Como á la luz de su grandeza suma
Le copia enajenado el pensamiento.....
En la emocion divina que me abruma
Alzar no puedo mi inseguro acento
Y termino esta octava con mi llanto
Siguiendo en otra mi segundo canto!

JURAMENTO DE LOS DEFENSORES.

CANTO II.

Como al pasar la tempestad bravía
Descansa el mar y se adormece el viento,
Se abren las flores en la selva humbría,
Y en alba luz se aclara el firmamento;
Así al pasar el memorable día
Que fecha de dolor marcó sangriento,
Los que arriesgaron por su honor la vida
Han recobrado la quietud perdida.

Aunque la calma dolorosa sea
Cuando motivos de pesar suaviza,
Pues aún la sangre derramada humea
Y fresca brilla su señal rojiza,
Nadie llora al que mártir de la idea
Del deber, al morir se inmortaliza,
Que el triunfo es la corona conseguida
Y es la Pátria primero que la vida!

Quando la duda su neblina tiende
En el espacio azul de la esperanza,
Y el movimiento el corazón suspende
Fluctuando sin perder la confianza,
Como rayo de luz que el alma enciende
Es la primer victoria que se alcanza,
Pues su recuerdo, cual divino aliento,
Reanima y vivifica el pensamiento.

Un triunfo es el anhelo realizado;
La esperanza dulcísima obtenida;
El grato sueño á la verdad llevado;
La ilusión en posible convertida;
Es emblema de fe que ha dibujado
La fortuna con mano decidida
En el instable velo siempre oscuro,
Con que se oculta el éxito inseguro.

Por eso, al recordar que sus banderas,
—Donde en lema de honor triunfante brilla
Su escudo, con las *barras* altaneras
De Aragon y los *leones* de Castilla;—
Arrollaron las huestes extranjeras,
Y, con valor que su altivez humilla,
En el nombre de Dios y *por Santiago*
Las rechazaron con terrible estrago.

Con noble orgullo los valientes hijos
De la inmortal y heroica Zaragoza,
Agobiados por males tan prolijos
En que su noble pueblo se destroza,
Tienen en él los pensamientos fijos,
Como el que sueña y despertando goza
En recordar la imágen de consuelo
Que hizo de un sueño una verdad de cielo.



Grande y digno despues de la victoria
El pueblo aragonés, mostrarse sabe
Como heredero de la ilustre historia
Que en la del mundo á nuestra Pátria cabe;
El deber se sostiene en su memoria
Cual astro puro de esplendor suave,
Que en círculos brillantes se disuelve
Y en rayos de oro á condensarse vuelve.

De la esperanza el celestial aliento
En alegrías sus dolores muda.....
Vencen con el valor al desaliento,
Y con la fe rechazan á la duda.....
Sin que vacile débil su ardimiento
Todos se aprestan á la lucha ruda,
Y llenos de ardorosa confianza
Se juntan concertando su venganza.

Pues el peligro por instantes crece;
La turba vil de infames invasores
Con su actitud amenazar parece
A los bravos y altivos defensores;
Y aunque un pueblo viril no desfallece
De la osada amenaza en los temores,
Es bueno que el espíritu agitado
Sostenido en la fe viva alentado.

Y por que el pueblo la esperanza guarde
Y no vacile en insegura duda;
Porque ninguna voz se alce cobarde
Quitando el velo á la verdad desnuda;
Como jamás para morir es tarde,
Aunque la empresa por demás es ruda,
El riesgo ocultan con discreto celo
Y propagan noticias de consuelo.

Que unidos los valientes militares
En junto á otras personas distinguidas,
Ofrecen sus consejos auxiliares
Cual base de patrióticas medidas;
Y proponiendo medios singulares,
Como lo son las glorias obtenidas,
Quiéren hostilizar al enemigo
De sus fuegos poniéndose al abrigo.

Aquellos entusiastas corazones,
Más templados quizá que los aceros,
Se inspiran en valientes decisiones
Y todos en valor son los primeros;
Se organizan en fuertes batallones,
Formados de soldados, caballeros,
Campesinos al riesgo acostumbrados,
Y sacerdotes al altar quitados.

Como el rayo de sol que centellea
Del ancho mar en las azules olas
Y en su cristal que con la brisa ondea
Se dilata en fugaces aureolas,
Así al brotar de libertad la idea
Como luz de las glorias españolas,
De uno en otro refleja su vislumbre
Y á todos baña su sagrada lumbre.

Que confundidos en el mismo anhelo
Y llenos de valor sus corazones,
Cada cual busca con ardiente celo
Un daño contra Francia y sus legiones;
Quién en fosos romper pretende el suelo
Porque al llegar los fuertes escuadrones
Hunda su peso la delgada capa
De feble arena que el abismo tapa.

Quién los raudales del hermoso río
Cortar quiere inundando la llanura;
Quién arrancar del ancho bosque humbrío
Los árboles que dan sombra y frescura;
Quién, consultando su entusiasta brío,
Anhela provocarles con bravura;
Quién desea regar flores y espigas
Con sangre de las venas enemigas!!

Otros desprenden las pesadas peñas,
Los troncos de los árboles escuetos,
Y les arrastran de las altas breñas
Para formar con ellos parapetos;
Se clavan á cubierto las cureñas,
Sin orden se amontonan los objetos,
Y con tierra y escombros, en breves dias
Tapias levantan, forman baterías.....

Unidos por el mismo sentimiento
La abnegacion inspira sus acciones,
Y ora trabajan llenos de ardimiento
En fabricar guerreras municiones;
Ya—si falta metralla—en un momento
Se hacen fundir las rejas y balcones,
Porque sus dueños sin pesar se avienen
A ofrecer á la Pátria cuanto tienen.

Pues cuando una nacion luchar intenta
Porque su dignidad siente ofendida,
Cuanto en ella palpita, cuanto alienta,
Sin que ninguno los peligros mida,
Como un corazon solo, en la violenta
Explosion de la rabia comprimida,
Se juntan conquistando en buena guerra
Para la libertad palmos de tierra.

.....Y la creacion en cadencioso coro
Armas ofrece á su entusiasta brío.....
El rudo tronco que al rodar sonoro
Descubre el bosque que ocultó sombrío;
El sol que brilla como cisne de oro
En la corriente que desliza el río
Y que inundando con su luz la vega
La tierra abrasa y al contrario ciega.

La verde alfombra de los campos gala
Que á trechos salpicó sangre extranjera;
El viento dulce que fugaz resbala
Besando con amor nuestra bandera;
El blando aroma que la selva exala
Llevado por la brisa pasajera,
Y hasta el aliento que al vivir respira,
¡Venganza y guerra! al español inspira.

La guerra quieren, y el combate piden
Consultando tan solo su impaciencia,
Pero como esas luchas que deciden
De todo un porvenir, son en conciencia,
El tribunal sagrado donde miden
Sus armas la justicia y la demencia,
Los jefes, más prudentes, les evitan
Aquellos riesgos en que no meditan.

Y llenos de interés, ordenan cuanto
Se puede hacer, para con brazo fuerte
Al pueblo contener, que en temor tanto,
Si el desaliento su recelo vierte
Llevado por las alas del espanto
Como el helado soplo de la muerte,
Un arrebató loco, una imprudencia
Les pudiera costar su independencia.

Y entonces será en vano que esforzada
La voz un General alce valiente
Con el mando supremo autorizada
Y fiel con su prestigio de valiente;
Porque la multitud arrebatada
—Como el agua lanzada en el torrente—
Aunque deshecha por su impulso quede,
Ni escucha la razón, ni retrocede.

Conociéndolo así, con gran prudencia
Y activo celo Palafox evita
Que víctima de alguna inexperiencia
Fuese aquel pueblo á quien el riesgo irrita;
Y calmando con tacto su impaciencia
Y alentando su fe, cual luz bendita
Que ilumina celestes lontananzas,
Les inspira risueñas esperanzas.

Seguro de contar con la bravura
De los que son al combatir leones,
Unir también la voluntad procura
De aquellos entusiastas corazones;
Y creyendo que así más asegura
La lealtad de los nuevos campeones,
De acuerdo con la Junta, en el intento
Se afirma de exigirles juramento.

Al despertar la aurora una mañana,
Como Bacante entre lascivas Vestas,
Envuelta en bandas de zafir y grana
Que al monte encienden las erguidas crestas;
Cuando la luz los valles engalana
Y sus perlas salpica en las florestas
Formando con sus galas celestiales
Coronas á los lirios virginales.

Una alborada del ardiente Estío,
Rica de luz, de perlas y de rosas,
En que brillando al sol en el vacío
Se agitan las doradas mariposas;
En que el cristal del ondulante río
Va copiando las nubes vaporosas,
Y empapada en aromas y frescura
Dulce la brisa al resbalar murmura.

Cuando bebiendo luz en el ambiente
Se aleja el ave con gentil arrullo
Volando en el espacio trasparente,
Y con tierno y suavísimo murmullo
La flor que besa el viento dulcemente
Rompe el broche que cierra su capullo,
Y en su copa de esencias deliciosas
Beben miel las nevadas mariposas.

Cuando el alba dibuja en el vacío
Fantásticos caprichos de fulgores,
Y es más puro el azul que en el rocío
Se copia sobre el cáliz de las flores;
Cuando en la espuma que deshace el río
Se reflejan del iris los calores
Y ante el azul del cielo es el ramaje
De verde seda delicado encaje.

Una mañana, cual ninguna bella,
En que, como celeste desposada
Que en su fiesta nupcial rica destella,
Se ostenta la creacion engalanada,
Y hay más encanto en todo, cual si ella,
Entre perfumes y esplendor velada,
Inspirase en el alma, deliciosos
Sueños de amor y gloria voluptuosos.

A la luz de ese cielo, en ese día
Que parece inspirar con su belleza
Ideas de contento y alegría
Y sueños de ventura y de grandeza,
En Zaragoza alegre gritaría
De libres voces á sentirse empieza,
Y en animada confusion corriendo
Inmensa multitud va apareciendo.

Con esa ardiente fe que simboliza,
Al pueblo digno, religioso y bueno,
La noble Zaragoza solemniza
Un acto grande, y de ternura lleno;
Piadosa ceremonia que suaviza
La idea del deber en el que ajeno
A los peligros que la Pátria impone
A ofrecerle su vida se dispone.

La multitud en grupos dividida
Se une y avanza cual viviente ola;
Van á jurar..... no conservar la vida
Mientras pise un francés tierra española;
Van á jurar que siempre defendida
Será aquella querida banderola
Que en el combate á la victoria guía
Con la divina imágen de María!

Y cuando en loca espectacion se agita
La multitud, las músicas resuenan
Y aquel sonido que el delirio excita
Se une á las voces que el espacio llenan:
Y de entusiasmo el corazon palpita
Cuando los «vivas» que en el aire suenan,
Parecen saludar con libre acento
A los que han de tomar el juramento.

Nobles personas de virtud notoria
Honra del pueblo que les llama hijos,
Valientes paladines de la gloria
Que en el deber los corazones fijos
Por entre sangre y fuego á la victoria
Van sin dudar en males tan prolijos,
Tal es la comision que se ha elegido
Por la Junta que este acto ha decidido.

Con calma entre las turbas adelanta;
Forma la tropa con vivaz contento;
Eleva el Jefe la bandera santa,
Que es de la Virgen del Pilar asiento;
El Sargento mayor la voz levanta
Y formula el siguiente juramento,
Que al pronunciar sus sílabas despacio
Vibra solemnemente en el espacio:

—«¿Jurais, pregunta, la cobarde ofensa
Que un extranjero infiere á nuestra ley
Vengar sin compasion, con saña inmensa
Acometiendo á su maldita grey?.....
¿Jurais, dice, morir en la defensa
De *Dios*, de nuestra *Pátria* y nuestro *Rey*,
Sin que uno solo por temor se aleje
De esta bandera santa que os protege?.....»

¿Jurais tambien, que, pues al cielo plugo
Llenarnos de dolor, con el dominio
Del pueblo vil que con infame yugo
Nos quiere encadenar, á su exterminio,
Recordando que fué nuestro verdugo,
Ireis con el celeste Patrocinio
De esta imágen, que nunca el extranjero
Humillará, pues morireis primero?.....»

—*¡Sí juramos!* contestan los valientes
En una sola voz con alegría,
Cual si sus ecos al vibrar vehementes
Formasen una unísona armonía:
Y alzando al cielo las altivas frentes
En ademan de noble bizarría:
—*¡Sí juramos!* repiten altaneros,
¡Que á España libraremos de extranjeros!

¡Oh promesa dulcísima nacida
Del corazon en el deber templado!
¡Grata esperanza donde está fundida
La fe divina en el honor sagrado!
Sé tú el lazo que tenga siempre unida
A la noble ciudad que te ha formado,
Que para realizar su juramento
¡A ningun español le falta aliento!



UNA TRAICION.



CANTO III.

¿Qué sucede? ¿Por qué corren y gritan
Con el terror impreso en los semblantes?
¿Dónde van esas turbas, que se agitan
Trémulas de dolor y palpitantes?.....
¿Qué dicen? ¿Por qué así se precipitan
Acreciendo con voces delirantes
El gran espanto y confusion que aterra?
¡Que ha volado la pólvora de guerra!

Esto dicen ¡y es cierto! Hace una hora
Que con horrible y brusco movimiento,
El Seminario, escuela que era ahora
Almacén y cuartel de un regimiento,
Cual si una convulsión desgarradora
Al mundo destrozase en su cimiento,
Estalló con horrísono estampido
Difundiendo el espanto este sonido.

Al escuchar el fragoroso estruendo
De la horrible explosión, muda y sombría,
El paratismo del terror sintiendo,
La multitud llegaba, y ya veía
Que en torbellinos rápidos ardiendo
La llama hasta los cielos se extendía,
Como flotante y encendida nube
Que desde el cráter inflamado sube.

Los corazones de terror prensados
Admiran mudos tan terrible escena.....
De quiera cruzan restos inflamados,
Entre el espacio que de sombra llena
El humo, dividiéndose á ambos lados
Cual de nubes flamígera melena
De aquel monstruo de fuego que rugía
Y el muro con sus garras destruía.

Las llamas avivadas por el viento,
Como sierpes de luz, se alzan horribles,
Ensanchando con loco movimiento
Sus cadenas de anillos invisibles:
Rojas chispas que brillan un momento
Forman juegos de luz indescriptibles
Sobre las negras masas agrupadas,
Cual girones de nubes desgarradas.

Trozos ennegrecidos y oscilantes
Ruedan y aumentan la infernal balumba
De escombros calcinados y humeantes
Que forma á algunos desgraciada tumba;
La llama ciñe en círculos brillantes
El techo que con furia se derrumba,
Y sus masas candentes que vacilan
Montes de ruinas entre el fuego apilan.

Como rugiente y fiero se desata
Saltando entre las crestas de la roca
El raudal de la hirviente catarata,
Y entre las breñas que á su paso toca
Con sus labios de espuma, hilos de plata
Va dejando caer sobre la loca
Confusion de sus aguas despeñadas,
Por los rayos del sol iluminadas;

Así las llamas, que en hirviente coro
Se elevan con vigor sobre las ruinas
En que se hundió un artístico tesoro,
Esparciéndose en olas blanquecinas
Van dejando caer hilos de oro
De la sombra del humo en las neblinas,
Que siempre, en lo que causa al alma espanto,
Hay algo bello que lo calma un tanto.

¡Oh! ¡Cuánto horror el corazón sentía!.....
Aquel cuadro de muerte se trazaba
Sobre el espacio azul que se envolvía
En el humo que el viento dilatava;
¡Allí caer un arco se veía;
Más allá, una pared bamboleaba;
Aquí, trozos que aún arden, sordos ruedan
Y no apagados en el suelo quedan!.....

Y ¿qué hacen los valientes entre tanto
Que el Seminario en llamaradas arde?
Un instante no más, llenos de espanto
Quedaron ante él; pero más tarde,
Su valor recobrando, hicieron cuanto
Hacen los bravos que en altivo alarde
Lo mismo á la traicion que á la hidalguía
Van de frente con noble bizzaría.

Y en tanto que encendidos se desgajan
Los restos calcinados por el fuego,
Hasta sus ruinas con anhelo bajan
Sin esperar á que se apaguen luego;
Y aquí y allí con avidez trabajan
Oyendo á veces el doliente ruego
De las víctimas tristes que ha llevado
Consigo el edificio desplomado.

Unos remueven la abrasada tierra
Y levantan las moles derruidas,
Por si en los séres que su peso encierra
Se pueden conservar algunas vidas;
Otros, con un valor que casi aterra,
Suben á las columnas medio hundidas
Y desde allí con poderoso empuje
Doman el fuego que á sus plantas ruge.

El agua en profusion tambien llevada
Es por bellas mujeres, que de léjos,
Con el cántaro al talle, y la mirada
Más viva que del fuego los reflejos,
Llegan, con la cabeza destocada,
Recogiendo los lindos zagalejos
Y descubriendo un pié, que á quien lo mira
Hace olvidar un fuego y otro inspira.

Y en verdad que cantando la bravura
De este pueblo tan fiel á sus deberes,
Olvidamós hablar de la hermosura
Y del noble valor de sus mujeres;
Y es extraño este olvido en quien procura
Decir bien siempre de esos dulces séres
Que son flores—es cosa ya sabida—
Que perfuman las auras de la vida.

Pero á fé que no es tarde, pues ahora
Nuestro trabajo—por desgracia—empieza,
Y tiempo habrá de que la voz sonora
Se inspire en el poder de la belleza;
Y como en esta guerra asoladora
Hubo heroínas de brava gentileza
Que dejando las perlas y las flores
Del combatir buscaron los horrores;

Justo será que con mi voz amiga,
Siquiera por la parte que me toca,
Mi sexo honrando su valor os diga,
Ya que empecé con esperanza loca
Este *Poema* que á escribir me obliga
Una promesa que formó mi boca,
Sin pensar que quien sólo cantó sueños
No puede realizar estos empeños.

Pero cumplir lo dicho me es preciso,
Y aunque mi libre y caprichosa pluma
En un plan nunca sujetarse quiso,
Que es encerrarse en círculo que abruma,
Y bañada en la luz del paraíso
Cantó ilusiones de belleza suma,
Hoy habrá de cantar de nuestra historia
Las más hermosas páginas de gloria.

Que una promesa es lazo que sujeta
Tanto la voluntad como el deseo,
Y sin cumplirla, su recuerdo inquieta
Como se inquieta el que perdió un trofeo;
Sólo siento que no haya en mi paleta
Colores para el cuadro que hacer creo,
Y que en vez de un paisaje delicado
Trace un bosquejo pálido y helado.

Pero fuerza será se me perdone,
Que en la noble balanza de mi intento
La voluntad sus esperanzas pone
Y su anhelo divino el sentimiento:
Y aunque mi causa el éxito no abone
Porque le falte el peso del talento,
Siempre tendrá en disculpa mi deseo
Que con él á mi Pátria ensalzar creo.



Pero vamos volviendo á nuestra historia,
Que en dejando la pluma á su albedrío
Corre y corre sin rumbo, en la ilusoria
Quimérica extension del desvarío;
Volvamos á fijar nuestra memoria
En aquel cuadro de dolor sombrío
Que los aragoneses consternados
Contemplan doloridos y asombrados,

Las voces de «¡traicion!» que desde luego
Han circulado en todos los rumores
Se afirman más y más, pues fuera ciego
Quien no viese un ardid de los peores
En el violento y repentino fuego
Que estalló produciendo mil horrores,
Y dejando á aquel pueblo tan sufrido
Con un nuevo desastre confundido.

Ante el suceso con dolor comprenden
Que el nuevo mal que aumenta la tristeza
Se debe á algun sér de esos que se venden
Poniendo precio infame á su vileza;
Criaturas miserables que descienden
Sin fe, sin ley, á la mayor bajeza,
Agentes sin pudor de las traiciones,
Reptiles de honras, del honor ladrones.

Algunos dudan, pero nadie extraña
Que el pueblo vil que con ardid villano
Cariño y amistad fingió con maña,
Y luego alzó el puñal como tirano
Para en el corazon herir á España,
Puede pagar una traidora mano
Que en la sombra, pasando por amigo,
Le entregue desarmado á su enemigo.

Y más y más confirma esta creencia
El contemplar del Ebro en las riberas
Armarse y extenderse con violencia
De Napoleon las tropas altaneras;
Y con visibles muestras de impaciencia
Avanzar desplegando sus banderas,
Cual si perder temiesen un momento
Para llegar á realizar su intento.

Pero todo es en vano: cuando llegan
Hasta las puertas con altivo alarde,
Ven que los españoles no se entregan
Porque les hiera una traicion cobarde;
Ni al dolor ni á la fuerza se doblegan,
Que hay en la sangre que en sus venas arde
Tal fuego, tal valor, que aunque quisieran
Resistir á su impulso no pudieran.

Y en tanto que unos el incendio apagan
Y removiendo escombros humeantes
Con la esperanza de la vida halagan
A los que allí se ocultan espirantes;
Otros forman las tropas, porque hagan
Conocer á las huestes que anhelantes
Intentan sorprenderles con premura,
Que vela como siempre su bravura.

Y al eco de dolor del que no ha muerto
Y apura ya en su tumba la agonía,
Se juntan con sublime desconcierto
La voz de la potente artillería;
Y del tambor el *rataplan* incierto
Que resuena con brusca algarabía,
Llamando á los valientes voluntarios
A reforzar los puntos solitarios.

Que vencido el asombro doloroso
Que inspiró aquel suceso tan horrible,
Vuelve á ser este pueblo valeroso
Tan admirable y digno cual temible;
Y demostrando al enemigo odioso
De su loca esperanza lo imposible,
Tranquilo espera y sin temor se apresta,
A dar, si se le obliga, una respuesta.

Más los franceses que su engaño tocan
Y ven con rabia que vencer no pueden,
Su ira, que ya conocen, no provocan,
Y sin acometerles retroceden;
Pues saben bien que si la fuerza invocan,
Quizá de nuevo derrotados queden,
Que el español luchando es una fiera
Y nunca cede si al contrario espera.

Por eso al ver que estaban prevenidos
Sin abatirse por la vil sorpresa
Con la que por traicion han sido heridos
Para vencerles en su noble empresa,
De su primer impulso arrepentidos,
Cambia de plan la multitud francesa,
Y esquivando su fuego, al monte guía
Que corona una fuerte batería.

Al monte de Torrero, defendido
Por un escaso grupo de soldados,
Mucho, sin duda, para ser temido;
Pocos, empero, para ser contados.
Apenas se han del caso apercebido,
Antes de ser en sério provocados,
A disparar comienzan los cañones
Ocultos de la sierra en los peñones.

Los franceses vacilan, pues no saben
El número de bravos que se oculta
En las breñas aquellas, y no caben
Cálculos justos cuando el miedo abulta
Lo que no se conoce; sin que acaben
De aproximarse, á ver lo que resulta
De un choque entre su fuerza y la española,
Como al bajar el mar huye la ola,

Así se alejan, tras de sí dejando
Por la escarpada senda que han traído
Algunos de los suyos espirando
Que el fuego del cañon de muerte ha herido:
Y los nuestros, al ver que abandonando
Van el terreno, como aquello ha sido
Dulce milagro de la Virgen pura,
Gracias le dan con sin igual ternura.

Y acuerdan en el acto, con el celo
Que conocemos ya, varias medidas
Que prueban su prudencia, y el recelo
Que las operaciones emprendidas
Les inspiran, pues ven llenos de duelo
Que las huestes francesas, decididas
A acosarles sin tregua, están dispuestas
A tomar las alturas más expuestas:

Y una vez hechos dueños de esos puntos
Que dominando la ciudad sitiada,
Pueden enviar sobre ella, obrando juntos,
Una lluvia de fuego continuada,
Llegarán á sus puertas, los presuntos
Vencedores, con ansia arrebatada,
Que solo el río les separa de ellas
Y de los vados hallarán las huellas.

Más ¿cómo resistir al choque fiero
De esas tropas valientes y aguerridas
Que dejaron al golpe de su acero
La Rusia y Austria en Austerlitz vencidas?
¿Cómo esperar que el pueblo caballero (3)
Desarmado, sin planes ni medidas,
Contenga y venza á la esforzada tropa
Que vencedora recorrió la Europa?.....

¿Cómo creer que aquellos que tomaron
A la fuerte Viena en breves días,
Aunque en su apoyo la Landwer armaron
Levantando soberbias baterías.....
Los que el Danubio sin temor pasaron
Y á Alemania, en las noches más sombrías,
Llenaron del terror de una sorpresa,
Y de Wágran hicieron rica presa.....

Los que á Prusia vencieron en el Jena,
Y en Friedland derrotaron á los rusos
Que á la Polonia, de esperanzas llena,
Viles despedazaron como intrusos.....
Los que á la Italia, que esperó serena
Sus planes de grandeza, en los ilusos
Consejos del francés, realizar libre,
Esclavizaron del Simplon al Tibre?.....

¿Cómo creer que ese ejército triunfante,
Despues de recorrer la Europa entera,
Ante una ciudad libre, vacilante,
Sin dar un paso más se detuviera?.....
¿Cómo esperar que el *Aguila* gigante
A vista del *Leon* retrocediera,
Cuando orgullosa de su egregia gloria
Era símbolo ya de la victoria?.....

¡Oh! ¡nadie por desgracia lo creía!.....
Solo los bravos que en el mal serenos
Confianza en su valor y su energía
Vencer esperan de temor ajenos.....
Y sin dudar que el éxito algun día
Formará la corona de los buenos,
Contienen al francés en sus llanuras
A pesar de tener *frailes* y *curas* (4).

TEMORES.



CANTO IV.

Lectores: ¿No es verdad que es osadía,
Más aún, inaudito atrevimiento,
Que una voz vacilante cual la mía,
Sin más inspiracion que el sentimiento,
Busque en épicos cantos la energía
Que es poder exclusivo del talento,
Y en vez de relatar cuentos de amores
Describa de la guerra los horrores?...

Si me decís que no, callo y prosigo;
Que aunque ilusion de mi esperanza sea
Juzgo que, acaso, con temor lo digo.....
Termine felizmente mi tarea.....
No quiere decir esto que yo abrigo
Orgullo alguno, ni que loca crea
Que á la luz celestial de una memoria
Pueda cantar de esta nacion la gloria:

Más como todo corazon palpita
Al nombre de la Pátria noble y puro;
Como sus glorias son cual luz bendita
Que arde entre el velo del pasado oscuro;
Como el alma conmuévese y se agita
Con ese amor, que es pedestal seguro
Do se elevan del bueno en la conciencia
La lealtad, el honor, la independenciam;

Al describiros sus brillantes glorias
No pensareis en que la voz es mía,
Y recordando solo sus victorias
Olvidareis que tuve la osadía
De remover escombros y memorias
Para, tan sin encanto ni armonía,
Consignar en un libro los sucesos
Que guarda España con orgullo impresos.



Volvamos, pues, á contener la pluma
Para que, obedeciendo á nuestra idea,
Copiar intente la grandeza suma
De aquella fuerte lucha gigantea.....
Arduo el asunto por demás, abruma
Aunque con la verdad descrito sea,
Que el valor de una lid que el honor labra
Se siente, y no lo expresa la palabra.

Cada día que pasa el riesgo aumenta;
Circula en Zaragoza el descontento,
Se sabe que hay traidores, y se cuenta
Con sorprenderles en su vil intento;
Cada cual por su lado se presenta
Mostrando en su actitud el desaliento,
Y cada cual también hace de modo
Que á su capricho se gobierne todo.

Nadie se entiende en la Babel inmensa;
Las órdenes parecen sospechosas,
Y dudan en cumplirlas, por si piensa
Algún jefe venderlos, y en odiosas
Intrigas, meditara hacer la ofensa
De entregar á las huestes animosas,
Que saben morir libres y admiradas
Y no saben vivir encadenadas.

Todos vacilan, dudan y recelan
Sin saber qué creer, ni en quién fiarse;
Sordos rumores sin sentido vuelan
Y esparcen el temor sin apagarse.....
Los de más corazón se desconsuelan
Viendo al pueblo, si no desalentarse,
Dudar al ménos que su esfuerzo sea
Valladar del tirano en la pelea.

Don José Palafox estaba ausente;
El Marqués de Lazan, su noble hermano,
Que en su ausencia del mando estaba al frente,
Quiere imponer su autoridad en vano;
Pues en aquella confusión creciente,
El pueblo, convirtiéndose en tirano,
Fluctuando entre la duda que le inquieta
Sus órdenes y acuerdos no respeta.

Unos con noble ardor nada temían,
Y esperaban tranquilos defenderse;
Otros con más prudencia preveían
Los riesgos que pudieran ofrecerse;
Los más nombrar á Sástago querían
Presidente en las juntas, y ponerse
Bajo su proteccion, para que el Conde,
Ausente Palafox, les lleve á donde

Su intrépido valor y su experiencia
Le sugiera, inspirando nobles hechos
Al pueblo que escuchando su conciencia
Defiende el ideal de sus derechos,
Y forma á su preciada independencía
Gigante altar sobre sus firmes pechos,
Que de la libertad el santo escudo
Les presta aliento con su empuje rudo.

Todo era en fin tinieblas y temores.....
Nadie trataba de ocultar su duelo,
Pues bien sabido es que los dolores
Se aumentan de la duda en el recelo.
Cada vez los conflictos son mayores,
Cada vez es mayor el desconsuelo,
Y todos temen, y ninguno sabe
En tal extremo qué recurso cabe.

El ánimo ofuscado no consulta
A la razon, para buscar un medio
De vencer ese mal, que el miedo abulta
Oscureciendo así todo remedio:
En tal estado la verdad se oculta
Y al entusiasmo se sucede el tedio,
Sentimiento pueril, que hace más daño
Cuanto en un pueblo fuerte es más extraño.

No se adoptan enérgicas medidas
Para que encaucen el valor ardiente
De aquellas masas, siempre decididas
A morir ó vencer, y en su corriente
Arrollen á las huestes atrevidas,
Que llegan ya como invasor torrente
De la noble ciudad hasta los muros,
Que los ilusos juzgan inseguros.

No se deciden á fijar la suerte
Que indecisa en sus males se presenta;
No hay un acento que se imponga fuerte
Con el vigor que al corazón alienta;
Su helado soplo el desaliento vierte,
Y, como sin el sol la sombra aumenta,
Al proponer sin éxito una idea
Crece la confusión en que se crea.

La actitud del ejército acampado
Es también más hostil en estos días;
El monte de Torrero que han tomado
Se corona de fuertes baterías.....
El número de tropas se ha aumentado
Considerablemente, y las bravías
Águilas que tremolan, casi tocan
Con sus pliegues al pueblo que provocan.

Ya no es dable dudar: es necesario
Unir la voluntad de los valientes
Y unir sus fuerzas, que en impulso vario
Se gastan en empresas diferentes.....
Es preciso esperar al adversario
Que amenaza con riesgos inminentes,
Sin dudar ni temer, todos unidos
Y al triunfo ó á la muerte decididos.

Más tambien es preciso que haya un hombre
Que sintiendo el valor que al héroe crea,
Con su palabra el desaliento asombre,
Y con su ejemplo anime á la pelea.
Un hombre tal, que al escuchar su nombre
De la traicion se olvide hasta la idea,
Renazca la extinguida confianza
Y vuelva á acariciarse la esperanza.

Un hombre que una á su valor guerrero
La fama siempre igual de su hidalguía,
Y una historia de honor lleve en su acero
Escrita del presente en garantía.....
Un mártir del deber, un caballero
Que su sangre, por noble bizarría,
Ofrezca de la Pátria en los altares,
Por ella abandonando sus hogares.

Uno de esos valientes campeones
Que con valor y autoridad notoria
Se imponen por respeto á las legiones,
Donde apartan lo puro de la escoria
Para unir lo mejor tras sus pendones,
Que al ondular, cual nuncios de victoria,
Presentir hacen con su ardiente brío
Que sabrán sostener su poderío.

Un caudillo valiente, cuyo escudo
Como emblema de honor sin mancha alguna
Brille en su mano, y de pasion desnudo
Por su deber provoque á la fortuna;
Un General que con esfuerzo rudo
Llame á la guerra, y sin mostrar ninguna
Débil señal de duda en la jornada,
Hasta el fin se abra paso con su espada.

Un soberbio adalid que lleve altivo
En su pecho el valor, la fé en su alma,
En sus labios el nombre de Dios vivo
Y entre sus manos del deber la palma;
Dentro del corazon el decisivo
Impulso de su honor, y en su alta calma
La idea dé vencer en la partida,
Pues nunca pierde el que empeñó la vida.

Más ¿dónde está ese genio, que oponerse
Pudiera al insensato desvarío
Del pueblo que anhelando defenderse
Gasta en dudas estériles su brío?
¿Dónde está el que sereno ha de imponerse
Por su noble y valiente poderío
A la altiva ciudad, que ya le espera
Aunque juzga su anhelo una quimera?...

¡Allí no está! pero sin duda existe
Y Dios hará que lleguen á su oído
Los ecos de aquel pueblo que resiste
En su misma grandeza sostenido;
La aurora lucirá; cuando más triste
Zaragoza, en su aspecto dolorido,
Para alentar consuelos de esperanza
Busque un rayo de luz en lontananza.

¡Ah! ya se acerca la radiante hora
En que enviado por Dios el héroe llegue
Y al golpe de su espada vencedora
A la francesa multitud doblegue.....
El hará que en la lucha vengadora
Rendido al fin el invasor se entregue;
El hará que con sangre de sus venas
Se limen de aquel yugo las cadenas.

Que cuando fijo en Dios el pensamiento,
Por cuanto grande el corazon encierra,
Libertad, religion y sentimiento,
Se alza á la muerte el trono de la guerra,
Dios mismo, con un soplo de su aliento,
Reanima un sér, y con valor que aterra,
El que está destinado á la victoria
Roba á la muerte el manto de la gloria.

¡Oh Zaragoza! con valor espera,
Que el que tiene fe en Dios no espera en vano;
Ya se apresta quizá, ya reverbera
Su espada como rayo del tirano.....
El llegará llevando tu bandera
En su potente y vigorosa mano,
Y él te dará con su preciosa vida
La dulce libertad que crees perdida.



EL BOMBARDEO.

—*—

CANTO V.

La noche llega: la tranquila hora
En que entre suave luz el firmamento
Vaporosos contornos atesora
Que toman formas á merced del viento,
Resuena ya..... la brisa gemidora
Hace oscilar con blando movimiento
El pabellon flotante de esmeraldas
En que tejen las hojas sus guirnaldas.

Serena brilla la dormida luna
Sobre el arroyo que en la roca salta,
Y en hebras de oro ciñe una por una
Las claras ondas que su luz esmalta;
Las nubes de crespon sin mancha alguna
Flotar se ven en la region más alta,
Tan lejos, que la vista finje al verlas
Sobre mares de azul olas de perlas.

Los astros, como estelas fulgurantes
Que el surco son de naves invisibles;
Como arenas de oro chispeantes
De aquel mar de zafir; como visibles
Reflejos de otros círculos brillantes
Que al girar en sus órbitas movibles,
Con las chispas que saltan de sus huellas
Forman corona á la creacion de estrellas;

Dilatan su fulgor, que se refleja
Sobre la ténue y vaporosa bruma
Que su crespon sobre las flores deja
Y con su blanda esencia se perfuma;
Y en la corriente que fugaz se aleja
Rizando copos de escarchada espuma,
Que brillan como perlas un instante
Sobre el cristal movable y ondulante.

Y en los escarpes de la oscura sierra
Que envuelta en ancho manto de esmeralda
Con frescos muros de arrallanes cierra
Las perfumadas orlas de su falda;
Y matiza los mirtos, que á la tierra
Por gala ciñen con gentil guirnalda,
En la que el viento sus perfumes bebe
Cuando en sus alas con amor la mueve.

Ligeras tiemblan las flexibles hojas,
Flotante pabellon donde escondido
Sobre los troncos de las ramas flojas
El ave forma su caliente nido.
Borda el rocío las corolas rojas
De los capullos, y el rumor perdido
Se oye del ruiseñor, que en la espesura
Revela con su canto su ternura.

Como un velo de gasa delicada
Extendido por manos invisibles
En que se envuelve la creacion cansada
De sus dudas y sueños imposibles,
Vierte su luz la luna plateada
Y en espacios de azul inaccesibles,
Se alza como hostia pura, que corona
Del mundo, que es su altar, la extensa zona.

Besan las brisas con murmullo leve,
El cáliz delicado de las rosas,
Que con oro, carmin, azul y nieve
Forman copas de esencias deliciosas
Donde la abeja sus dulzuras bebe,
Donde tienden las blancas mariposas
Sus alas de crespón de mil colores,
Durmiéndose embriagada en sus olores.

Gime el arroyo, cual fugaz reproche
Lanzado al viento que le niega un beso;
Como un brillante en esmaltado broche
Tiembra el lucero en el cenit impreso.....
Pero..... para decir que era de noche
Juzgo que basta ya, y en ello ceso,
Que el poeta soñando nunca sabe
Cuando su canto y su delirio acabe.

Y como el cielo de una noche bella
Es de recuerdos página gigante
Y siempre el corazón encuentra en ella
En cada rayo un pensamiento amante;
Como en su luz que celestial destella
El alma se refugia delirante
Para olvidar en sueños de esperanza
El loco anhelo que jamás alcanza;

Como lo bello es breve y fugitivo,
Cuanto eterno el dolor, y el sentimiento
Un vacío brillante, donde activo
En delirios se gasta el pensamiento;
Como es innato al corazón, el vivo
Deseo de alcanzar por un momento
La plenitud de goces divinales
Que vislumbra entre sueños ideales;

¿Qué mucho que por golfos de esperanza,
Con velas de ilusiones impelido,
Navegue el corazón, que nunca alcanza
El suspirado puerto..... y sostenido
Por un celeste soplo de bonanza
Un instante descanse adormecido,
Olvidando otros piélagos do brama
La ronca nube que el dolor inflama?

Dios formó la belleza y la armonía
Como un descanso al corazón doliente,
Pues en su muelle encanto, que extasia,
Se respira el olvido dulcemente.....
Nuestra forma mortal se rompería
Si cuando el alma se revuelve ardiente
En un círculo estrecho de dolores,
No la calmase el arte con sus flores.

Porque el placer es fugitiva estrella
Que dulces rayos de los cielos trae,
Brilla y deslumbra cual fugaz centella
Que á sus efluvios la esperanza atrae;
Y apenas al nacer su luz destella
Del pensamiento desprendida cae,
Y en corrientes de lágrimas se apaga
Su divino fulgor que tanto halaga!....

Lectores, perdonad: mi loca pluma
Tan libre como el vuelo del ambiente
O el remolino de hervorosa espuma
Que corona de perlas el torrente,
Quiso, cantando la belleza suma
De esta noche sonora y trasparente,
Alzar á solas velos halagüeños
Entre mis realidades y mis sueños.

Y sin pensar en que seguís conmigo
Por la senda ideal de mi quimera
El sentimiento que en el alma abrigo,
Dejo á la pluma describir ligera.....
Me detengo á soñar y luego os digo
La imágen que en mi sueño reverbera,
Sin recordar que un sueño, siendo ageno,
Es aire vano de ficciones lleno.

Que no hago bien, á mi pesar lo veo
Y de veras, lectores, que lo siento;
Más ya la pluma conteniendo, creo
Que dócil vuelva á realizar mi intento;
Pues, si vuela en las alas del deseo
Bebiendo luz el libre pensamiento,
Por algo la razon que le encadena
Dios nos ha dado de pasion agena.

En calma Zaragoza se dormía
Bajo el brillante pabellon del cielo
Que en tan hermosa noche la cubría
Con toldo de argentado terciopelo;
Cuando el espacio, en ronca algarabía,
Cruzó silbando con ligero vuelo,
Cual paloma de luz, rojiza bomba
Que semejava una encendida tromba.

Desde el instante aquel con saña fiera,
Como lluvia de fuego, que en el viento
Con la fuerza del rayo se encendiera,
Caer se ven sin descansar momento,
Del Ebro solitario en la ribera,
Los proyectiles que el menguado intento
Del enemigo vil que les despide
Burlan cayendo en la extension que mide

La valiente ciudad, desde sus muros
Hasta la orilla del hermoso río
Que apaga en su corriente, como oscuros
Aereólitos que cruzan el vacío,
Los globos que descienden inseguros
Iluminando con fulgor sombrío
El espacio que encienden, cuando bajan
Y con rayos de muerte se desgajan.

Al frente, desde el monte de Torrero
Que en líneas paralelas eslabona
El cañon, los obuses y el mortero
Que de rojos penachos le corona,
Una bomba, otra y cien, salen primero,
Y se le une despues la Bernardona
Que acosa sin cesar por la derecha
Queriendo abrir en la muralla brecha.

En el primer momento, el estampido
De las bombas mortíferas, pasaba
Vibrando en Zaragoza, confundido
Con los disparos que el cañon lanzaba;
Pero luego que se han apercibido
De que un nuevo peligro amenazaba,
Se aprestan con valor á hacerle frente,
Que el riesgo irrita más al que es valiente.

Aunque su triste situacion comprenden
No se arredra su espíritu bravío,
Y si henchidas de muerte se desprenden
Las bombas y granadas, que el vacío
Con fugitivas ráfagas encienden,
Al estrellarse con tonante brío,
¡Ninguno decidido á la defensa
Piensa dejarla, ni abatirse piensa!.....

¡Horrible cuadro la ciudad formaba!
Aquí una madre con amargo lloro
A sus hijos solícita ocultaba,
Como oculta el avaro su tesoro.....
Y cuando loca de terror besaba
Sus puras frentes y sus rizos de oro,
Aumentaba su llanto doloroso
Con el recuerdo del ausente esposo.

Allí una jóven con intensa pena
Al hombre á quien amaba despedía,
Y al mirarle partir, de duelo llena,
Del dolor apuraba la agonía;
Y cual brilla en la pálida azucena
El puro aljofar que salpica el día,
Brillaban sus mejillas delicadas
En su llanto tristísimo bañadas.

Y el ciudadano que jamás desdora
Su valor, al deber poniendo plazos,
Al pequeñuelo que asustado llora
Besa al ceñirle con amantes lazos;
Y á la esposa bellísima, que implora
Por su amor, reteniéndole en sus brazos,
Le dice con acento que se inflama
Del patriotismo en la radiante llama:

—¿Por qué llorar? la Pátria es lo primero
Y ella me llama con su voz querida;
Sin honra no se vive, y solo espero
La hora bendita de ofrecer mi vida;
Porque cumpliendo mi deber, si muero
Quedará mi memoria bendecida,
Y mis hijos tendrán, cual dulce herencia,
La luz de nuestra santa independencia.

La Pátria gime encadenada y yerta
Del extranjero herida; en esos broncos
Rayos que cruzan como nube incierta
Brama la muerte con acentos roncós;
Y es preciso si llega hasta la puerta
El enemigo vil, que halle los troncos
De los que acaben de perder la vida
Cerrando el paso á la ciudad querida.

¡Adios!... ¡adios!... que cese ya tu llanto...!
Tu cariño por mí no te acobarde....
Quiero dar á la Pátria en su quebranto
Toda la sangre que en mis venas arde;
El morir por la Pátria siempre es santo;
El morir por la Pátria siempre es tarde,
Y es vil el que escuchando propias penas
No la salva rompiendo sus cadenas!....

Más tímidos algunos, ya se quejan
De tanto horror y de peligro tanto;
Otros á pié de la ciudad se alejan
A los cercanos pueblos con espanto;
Los más, en fin, en abandono dejan
Sus casas y familias, y con llanto
Del corazon, al despedirse de ellas,
Van de los héroes á seguir las huellas.

Así pasa la noche y llega el día:
Se adoptan ya medidas salvadoras;
Fijo en la Torre Nueva está el vigía
Viendo partir las bombas destructoras;
A juzgar por el sitio en que salía
Daba el aviso, y al vibrar sonoras
Las campanas, con toques convenidos,
Los vecinos quedaban advertidos.

Y era admirable el ver que delirantes
De pena y de terror, jamás dudaban
En sostener su libertad, y antes
Morir que ser vencidos esperaban.....
Los primeros tristísimos instantes
En su espanto letal la sangre helaban,
Pero muy luego sin temor se oía
La explosion de la bomba que caía!.....



Dejemos á los bravos ciudadanos
Que se resguardan en su hogar, y de estos
Volvamos ya la vista á sus hermanos,
Que firmes en los sitios más expuestos,
Inutilizan los frangentes vanos
Con que, para arrojarles de sus puestos,
Los hostilizan con ardides varios
Sus ya desalentados adversarios.

Sin éxito en el plan que su malicia
Artera traza con indigna saña,
Creyendo que su ardor y su impericia
Al español en el combate daña,
No ven que si es bisoña su milicia
Y á los azares de la guerra extraña,
Tiene el valor que al corazon enciende,
Valor que ni se olvida, ni se aprende.

Y por él sostenido en el combate
Resiste sin temor el pueblo ibero,
En cuyo noble pensamiento late
Inestinguible el ódio al extranjero;
Ni á la astucia ni al número se abate,
Que es tal su empuje al revolverse fiero,
Que si en concierto el mundo le retara,
Al mundo concertado derrotara.

Con una intensidad que estremecía
El fuego de cañon continuaba,
Y al eco de la ronca artillería
La explosion de la bomba se mezclaba
Cuando en las puertas con fragor caia
Y entre los defensores estallaba,
Sembrando en ellos, á su choque fuerte,
Extrago, horror, desolacion y muerte.

A veces con las ropas incendiadas
Morian nuestros bravos campeones,
Pues los cascos de bombras inflamadas
Cebaban al caer las municiones,
Y entre fuertes y vivas llamaradas
Que aumentaban las roncadas explosiones
De las rojas granadas encendidas,
Nos robaba la muerte algunas vidas.

Pero indomables siempre, aquellos séres
De almas nobles; y acciones generosas,
No se desalentaban, sus deberes
Cumpliendo entre estas pruebas dolorosas.
Llevándoles refrescos, sus mujeres
Hasta el cañon llegaban animosas,
Y en el peligro con serena calma
El temple demostraban de su alma.

Con los disparos de cañon caian
Los parapetos, que hechos de ligera
Y con sacos á tierra, no tenian
Ni para resguardar fuerza siquiera.....
Para rehacerlos, sin cesar traian
Sacas de lana, y todo cuanto fuera
Un medio de oponer algun abrigo
Al fuego agobiador del enemigo.

Las baterías faltas de espaldones
Dejaban los soldados descubiertos
Y al cargar á la vista los cañones
Los enfilaban con disparos ciertos:
Al saltar la espoleta, los merlones
Deshacia, y al par dejaba yertos
A los más arrojados artilleros
Que al reducto llegaban los primeros.

En esta confusion llena de horrores
Las horas pasan, y al llegar la noche
Aún resisten los bravos defensores;
Unos sobre la línea del aproche,
Otros en las trincheras, sin temores,
Impávidos allí, como un reproche
Lanzado al enemigo, que en su engaño
Se dispone á cargar con mayor daño.

Al fin cansados de la ardiente lucha
Que entre la sombra sin piedad seguía,
La voz que manda retirar se escucha;
Deja de disparar la artillería;
Cesan las bombas, y se aleja mucha
De la tropa que allí llegado había,
Como una tregua por los jefes dada
Para emprender más tarde la jornada.

Descansemos también, lector querido,
Nosotros, que seguimos el combate,
Tú solo con la vista ó el oído,
Y con la pluma yo, pincel del vate
Con que presta en sus cuadros colorido
Al pensamiento que en su mente late,
Aunque á veces prestarlo quiere en vano,
Pues él fatiga la inexperta mano.

MEDIDAS DEFENSIVAS.



CANTO VI.

¡Qué grato és, cuando el alma acóngojada
Contempla triste el porvenir, que cierra
La negra nube en el presente alzada,
—Nube de males que la vista aterra,—
Tender por el pasado la mirada,
Y en esa hermosa página de guerra,
Que de gloria y honor destellos lanza,
Adquirir la perdida confianza!.....

Verla surgir como eslabon brillante,
De esa cadena de laurel, que flota
Desde Pelayo que se alzó triunfante
Hasta Fernando, y que jamás fué rota:
En ella ver la estrella fulgurante
Donde la luz de la esperanza brota,
Y pensar que el que supo ser tan grande,
¡Jamás tendrá un tirano que le mande!

La que vive tranquila en una aldea
Que el sol envuelve con su luz suave;
La que guarda la fe, que dichas crea,
De la esperanza con la dulce llave;
La que de la Metrópolis atea
Ni el lujo busca ni el delirio sabe;
La que aprendió en su hogar, con su familia,
Lo que es la gloria que el deber concilia;

Ni puede adormecer el sentimiento
Que despertaron tan queridos séres,
Ni lejos de ese mundo, cuyo aliento
Envenena los más santos placeres,
Viciar el siempre puro pensamiento
Ni hacerle vacilar en sus deberes,
Que la que sabe á Dios orar sencilla,
Ni del bien duda, ni en el mal se humilla.....

Aún oigo resonar la voz querida
Que ya apagó la muerte, cual sonoro
Dulce rumor que acarició mi vida
En sus años primeros; y aún el lloro
Salta del alma, que despierta herida
Con el recuerdo de mis sueños de oro,
Cuando ignorando el bien que poseia
En brazos de mi padre me dormia.

Y aquella voz que en la memoria vaga
Como sobre la flor vaga el perfume;
Aquella noble imágen, que no apaga
El sepulcro que todo lo consume;
Como ficcion de un sueño que me halaga,
Porque la dicha de mi vida asume,
La oigo y la veo, con celeste encanto,
En el fondo del alma y en mi llanto.

Analizando con cuidado ahora
El dulce ejemplo que en mi hogar veia;
Repetiendo la voz consoladora
Que en los albores de mi infancia oia;
Comprendo que esa voz en sí atesora
El aliento del bien, que yo bebía
Con los primeros átomos de vida
Para formar el alma adormecida.

Honor, lealtad, virtud; santos derechos
Sobre bases firmísimas alzados:
Grandeza, patriotismo; nobles hechos
En el deber cumplido cimentados:
Rectitud, alentando nobles pechos
Para el bien, y del bien solo inspirados;
Alta moral, basada en noble ley
Que á Dios da ruegos, y obediencia al rey.

Tales fueron las voces que vibraron
Entre el sueño de luz de mi inocencia,
Voces que blandas luego resonaron
Cual eco no apagado con la ausencia.....
Los gérmenes del bien en mí dejaron,
Y hoy al cantar sin método ni ciencia
Esta grande epopeya de la historia,
Aquel recuerdo salta á mi memoria.

Porque inspirada en él, por él sabiendo
Que es la Pátria el espacio en que Dios quiso
Que el corazon, al ir la conociendo,
Formase de su amor el paraíso;
Los sacrificios por su bien comprendo,
Que en ella defender siempre es preciso
Los dulces y gratísimos lugares
En que su sombra dan nuestros hogares.

Que el amor de la Pátria vive unido
Con cadenas simpáticas de flores,
Del corazon desde el primer latido
A la emocion de todos los amores;
Cuanto es hoy grato, cuanto ayer ha sido,
La esperanza, los sueños seductores,
Todo se identifica en el anhelo
Del mismo amor por el nativo suelo.

La Pátria es el hogar donde nacimos,
La estrella que de niños nos recrea;
La campana tristísima que oímos
Llamando á la oracion sobre la aldea;
Las bellas flores que en la infancia vimos,
El monte azul, la brisa que cimbreaba
El árbol secular en cuya sombra
Nuestros juegos hallaron fresca alfombra.

El mirage risueño en que pasamos
De la alborada la impresion ligera;
El oasis divino en que ocultamos
Llenos de gloria la ilusion primera;
El desierto tristísimo que hollamos
Cuando en llanto el pasado reverbera,
El seno cariñoso donde en calma
Descansa el cuerpo que abandona el alma.

Por eso su amor és lazo bendito
Que forman las esencias de la idea;
Imágen divinal de lo infinito
Que por sí misma en la virtud se crea;
Precepto de verdad, por Dios escrito
Para que en él su ley el hombre vea,
Y no pase cual pájaro en el viento
Sin la huella grabar del pensamiento.

Por eso, quien vivió cual vive el ave
De su nido primero entre las flores,
Y de la vida solamente sabe,
Por haberlos sentido, los dolores,
Es bien que intente, aunque á su voz no cabe,
Recordar ese amor de los amores,
Y elevar de la Pátria el nombre santo
Sobre el altar modesto de su canto.

Que si la luz de su gigante historia
Que en rasgos de oro en el pasado brilla
Se borra, entre el placer, de la memoria,
Siempre vive en el alma que sencilla
Recuerda con orgullo la alta gloria
De la altiva nacion que nadie humilla,
Pues, ¡carne de cañon (5) no son sus bravos,
Ni son rebaños míseros de esclavos!

Sigamos adelante en nuestro intento
Y perdone el lector las digresiones:
Cual mujer nos domina el sentimiento
Que es la llave de muchos corazones,
Y dejando volar el pensamiento
Y bebiendo en el alma inspiraciones
Nos olvidamos que el lector desea
Sin vaguedades proseguir la idea.

Como se agita el que al sentirse herido
Por el arma villana de la ofensa
A morir ó vengarse decidido
Solo en vencer á su enemigo piensa,
Así nuestra ciudad, que se ha sentido
Herir por la traicion, á su defensa
Llena de ardor sin tregua se dispone
Y morir ó vencerlos se propone.

¡Y cómo no luchar! ¡Altivo y fiero
Va profanando impuro los lugares
Por donde va pasando el extranjero!
Deshonra y envilece los hogares
Do se albergó el honor, y siempre artero
Mancha los templos, roba los altares,
Y convierte en despojos de la guerra
Cuanto grande venérase en la tierra.

Con las robadas joyas bendecidas
Que adornaron la imágen de María,
Sus mancebas, del vicio envilecidas,
Se adornan sin pudor para la orgía (6),
Y en el botín, sus tropas pervertidas
Unen el cáliz santo, que tenia
La Forma consagrada, á los diamantes
Que las ramerás ostentaron antes.

Y por do quiera van, maldita huella
Dejan en pos de crímenes; destila
Sangre la tierra, que abrevada en ella
Bajo sus plantas de terror vacila;
Con ellos va el dolor, va la querella;
Como el caballo que montaba Atila
La yerba que pisaba destruía,
Ellos destruyen goces y alegría.

Que los soldados viles, alentados
Por sus jefes, sin honra y sin conciencia,
Al robo y al pillaje acostumbrados
No ménos que al estupro y la licencia,
Cual bandada de cuervos, agrupados
Sobre un cadáver, llegan sin clemencia
Sobre el pueblo indefenso, en el que dejan
Miseria y deshonor cuando se alejan.

Por eso los valientes que ya saben
Lo que esperar de tales enemigos,
Pues, sentimientos de piedad no caben
En viles corazones; y testigos
Han sido de sus hechos; porque acaben
De practicar sus bárbaros castigos
Sobre una nacion libre, que no piensa
Más que en vengar del invasor la ofensa;

Sin vacilar un punto, se sostienen
Probando con su brava resistencia
Que las huestes francesas solo tienen
La osadía en favor, no la experiencia.
Que tambien son vencidos, cuando vienen
A ahërrojar la noble independenciam
De un pueblo altivo, que en su ardor fecundo
Ejemplos presta de valor al mundo (7).

Despreciando amenazas, se organizan;
Se plantean medidas con bravura;
Y aunque su plan las tropas hostilizan,
El pueblo, entre su fuego, se apresura
A cortar los olivos que matizan
Con ondulante franja de verdura
La hermosa y desigual circunferencia
De la ciudad que alegra su presencia.

A hundir y destrozar los paredones
En donde, de sus fuegos al abrigo,
De cerca y sin temor á sus cañones
Les pueda molestar el enemigo,
Poniendo sobre el Huerba unos tablones
Que les sirvan de puente, van, cual digo,
Arrancando los árboles sombríos
Y hundiendo los cercanos caseríos.

Y aunque los sitiadores les persiguen
Con un fuego tenaz, no se detienen,
En su objeto impertérritos prosiguen,
Y hasta lograrlo á la ciudad no vienen.
Y escenas hay allí, cual las que siguen
Que, pues aplicacion con esto tienen,
El lector dejará que las recuerde
Aunque su encanto, con mi voz, se pierde.

—El Capitan Cerezo, que escoltaba
Con algunos soldados al escaso
Número de paisanos, que cortaba
Los árboles, dejando el campo raso;
Al retirarse siente que pasaba
Una bala junto á él, como al acaso
Lanzada, sin que fuera dirigida
Con el intento de cortar su vida.

La causa inquiere, y halla su misterio;
Un grupo de franceses dirigia
Sus fuegos, desde el viejo cementerio
Detrás de cuyas tapias se escondia;
Sin vacilar, ordena con imperio
A su unida y valiente compañía,
Que le siga, y asiendo una rodela
Que lleva siempre, á perseguirles vuela.

Llega: acomete con esfuerzo rudo,
A la tropa enemiga desaloja,
La persigue además fiero y sañudo
Y hácia el vivac francés bravo la arroja:
Despues que de ellos deshacerse pudo
Vuelve hasta el cementerio y le despoja
De sus altas paredes, cuya sombra
Pudiera á la traicion servir de alfombra.

—Otra vez recorriendo Renovales
Las tapias exteriores, como viere
A un soldado que haciéndoles señales
Decir parece que pasarse quiere,
Se va hácia él; le siguen los leales,
Pues nada temen de él, fuese quien fuere,
Y les dice el francés: que una demencia
Juzga ya la española resistencia;

Que ellos tienen refuerzos numerosos,
Que grandes triunfos por do quiera alcanzan,
Que recorren la España victoriosos
Y que en todas partes dominando avanzan.
Los españoles siempre generosos
Sin mal alguno de sus filas lanzan
A aquel soldado, porque vuelva y diga
Que no teme esta fuerza á la enemiga.

Y decididos siempre de esta suerte
Respeto impone su sin par fiereza,
Tanto en el enemigo que la advierte
Como en aquel que admira su grandeza:
Que el noble pueblo que su sangre vierte
Por defender su libertad, empieza
A formar con laureles su corona
Que el mundo admira desde zona á zona.

¡Oh valiente ciudad! quizá no pueda
Cantar mi voz lo inmenso de tu gloria,
Pues demostrarte la emoción me veda
Cuanto admiro lo heroico de tu historia;
Pero tu imagen que en el alma queda
Reflejará su luz en mi memoria,
Y la verdad, copiando el sentimiento,
Acaso logre realizar mi intento!.....

Que yo quisiera con palabras bellas
Decir tu gloria y mi entusiasta anhelo,
Y con letras clarísimas de estrellas
Grabar tu nombre en el celeste velo;
¡Más sí lo está! que en las heroicas huellas
Que imprimió tu valor en ese suelo,
Se lee la historia del orgullo bravo
Del noble pueblo que jamás fué esclavo.

Y el ángel que preside los destinos
De las naciones libres, se apresura
A escribir en los libros peregrinos
Del porvenir, la fecha que asegura
Tu renombre inmortal: y con divinos
Caractéres, trazando va en la altura
Un nombre: ZARAGOZA. Ilustre nombre
Que vivirá mientras aliente un hombre.

Que si el pasado le ofreció ovaciones,
Su admiración le ofrecerá el presente,
Que ese nombre, blason de los blasones,
Ha de vivir mientras el mundo aliente.
Iman de los altivos corazones,
Insigne ejemplo del que en su alma siente
El fuego del honor y el patriotismo,
Es un astro que vive por sí mismo.

Que sobre el cielo pálido de España,
Donde en un tiempo el sol no se ponía,
Y hoy con las sombras del dolor se empaña,
Ha de brillar cual prenda de hidalguía,
Como recuerdo de la noble saña
Con que el pueblo español luchar sabía
Para arrojar al golpe de su acero
De su Pátria querida al extranjero.

SEGUNDA PARTE.



EL BRIGADIER QUADROS.

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA.

EL AMOR Y EL DEBER.

CANTO I.

Estamos en Teruel: en rica estancia
Donde en feliz combinacion se mira
Unida la riqueza á la elegancia
Que al arte mismo delicada inspira;
De aromáticas flores la fragancia
En su atmósfera dulce se respira,
Y la luz se desliza blandamente
Por entre el cortinaje trasparente.

Forma parte esta sala de un palacio
Que de aquella ciudad es el más bello,
Porque contiene en reducido espacio
Cuanto el buen gusto adorna con su sello;
El sol le envuelve en bandas de topacio
Cuando irradia fulgente su destello,
Y como fresca alfombra de colores
Le cercan cuadros de galanas flores.

Aquí vive, de todos muy querido,
El que Gobernador á un tiempo era
Militar y civil de este partido,
DON ANTONIO DE QUADROS, que pudiera
Decir que la fortuna le ha ofrecido
Cuanto soñando el corazón espera,
Amor, familia, juventud, nobleza
Y los goces que ofrece la riqueza.

Valiente y denodado cual guerrero,
Su nombre era de gloria garantía,
Jamás en vano desnudó su acero
Ni con él apoyó la tiranía;
Cortés, noble y leal, cual caballero,
Inspiraba respeto y simpatía,
Que esclavo de su honor, jamás faltaba
A la promesa que por él formaba.

Sus grandes dotes y su trato afable;
Su palabra expansiva y cariñosa;
Su autoridad severa, pero amable,
Siempre justa, más nunca rigurosa;
Su carácter vehemente é indomable,
Para sufrir una opresión odiosa,
Le conquistaban general aprecio,
Del sábio estima, admiración del nécio.

Su firmeza de todos alabada,
Su tacto, su prudencia, su talento;
Su integridad en diez años probada
Que jamás desmintió ni un pensamiento;
El interés que por su Pátria amada
Mostraba siempre con hidalgo intento,
Eran prendas brillantes, de la gloria
Que la fama prestaba á su memoria.

Aunque se queja en general la gente
De que muere el que vale en el olvido
Pórque el mundo lo mira indiferente,
Nos parece este axioma sin sentido,
Pues la influencia del mérito se siente,
Y grande muere lo que grande ha sido,
Que un imán son del bueno las acciones
Para atraer los nobles corazones.

QUADROS con su valor, y la influencia
Que la fama prestára á su hidalguía;
Con la noble y altiva consecuencia
Que en sus acciones como norma habia;
Se atrajo el interés, y sin violencia
Nació de él la agradable simpatía,
El cariño despues, y al fin, profundo
El entusiasmo que prodiga el mundo.

Con el prestigio que su fama inspira,
Su autoridad se impone blandamente
En la ciudad que su valor admira
Y la nobleza de sus hechos siente;
Cual modelo el ejército lo mira,
Y el pueblo, á sus palabras obediente,
Se dispone á seguir su voz de mando
Por él los goces de su hogar dejando.

Que el valeroso QÜADROS ha sabido
Cual lucha Zaragoza, ya cansada,
Y sin dudar un punto, ha decidido
Ir á ofrecerle su valiente espada;
El pueblo como bueno ha respondido
De su Gobernador á la llamada,
Y á seguirle se aprestan sin recelo,
Que el temor nunca arraiga en este suelo.

QÜADROS apenas tiene cien soldados
Y trescientos cuarenta voluntarios
Que ha podido reunir, con denodades
Esfuerzos de valor extraordinarios;
Todos, sí, son valientes y arrojados,
Y endurecidos en trabajos varios,
Y todos sin ceder en la partida
Sabrán luchar hasta perder la vida.

De acuerdo ya para marchar el día
En que damos comienzo á nuestra historia
Les esperaba el Brigadier, que veía
Acercarse el momento de su gloria.
Volvamos al salón donde tenía
Una escena lugar, que en mi memoria,
Donde vive indeleble, con su encanto
Despierta á veces entusiasmo y llanto.

En aquella agradable y rica estancia,
La más bella sin duda del castillo,
En que esparcen las flores su fragancia
Y armonizan las artes con su brillo,
Tiene lugar, trazado en su elegancia,
Un cuadro encantador por lo sencillo,
En que inocencia, amor, ternura y pena,
Una atracción simpática encadena.

Sentada en un sillón, con la cabeza
Apoyada en la palma de la mano,
En actitud sentida de tristeza
Como el que busca su consuelo en vano,
Una matrona de sin par belleza
Se vé, que con donaire soberano
Muestra el perfil de su escorzado cuello
Entre brillantes masas de cabello.

Aquella mano es blanca y delicada;
El cabello castaño y ondulado
Sobre su frente tersa y despejada
En suaves bucles se recoge airoso;
Breve la boca de coral labrada,
Los dulces ojos del color hermoso
Con que en las tardes plácidas de Mayo
Se pinta al cielo de la luz al rayo.

Casi á sus piés, jugando sin revelo,
Con la gracia infantil de la inocencia,
Sin de su madre comprender el duelo
Ni de su padre presentir la ausencia,
Tres niños hay que copian en el suelo
De soñados querubes la apariencia,
Dulces criaturas cándidas y bellas
De aquel cielo de amor claras estrellas.

La mayor, de ocho años, es Carmela,
Niña gentil y de su hogar tesoro (8);
Más bella que la luz cuando riela
Del ancho mar en el cristal sonoro;
Su cutis del color de la diamela,
Libre el cabello en retorcidos de oro,
Los ojos transparentes como el alma,
El talle suelto como jóven palma.

El segundo es Antonio, hermoso niño
Que seis años cabales no tenía.
Y era el ídolo ya donde el cariño
De sus padres tiernísimo se unía.
En su frente, más pura que el armiño,
De la bondad el sello se veía,
Como se vé trás de la blanca nube
La luz del sol cuando en Oriente sube.

Despues José María, que contaba
Un lustro escaso; de sin par belleza,
Donde en rasgos de luz se reflejaba
Una espresion celeste de pureza:
Sobre sus labios de carmin vagaba
Su sonrisa, tan llena de nobleza
Que hacia adivinar el sentimiento
Que más tarde llenó su pensamiento.

Eran la esposa é hijos del valiente
Que inspirado en su honor se disponia
A dar su vida en holocausto ardiente
Por salvar á su Pátria que sufría;
La familia de QÜADROS, que presente
Se hallaba, y conmovido se veía
Tener con dulce afán los ojos fijos
En los alegres juegos de sus hijos.

De pié, en silencio, amante se apoyaba
En el sillón en que su linda esposa
Con espresion doliente descansaba;
Sobre su frente de marfil y rosa
Sus labios palpitantes apoyaba,
Y con voz persuasiva y cariñosa,
Para inspirarle alguna confianza,
Murmuraba palabras de esperanza.

Era QÜADROS gallardo cual la palma
Que con la brisa en el desierto ondea;
En sus ojos, espejos de su alma,
Brillaba audaz de libertad la idea;
De su sonrisa en la sublime calma
Cuando el eco del llanto le rodea,
Demuestra que, al contacto de su aliento,
Dios encendió su noble pensamiento.

—¿Por qué llorar? con emocion decia
En tanto que estrechaba tiernamente
La mano que su esposa le tendia;
Yo volveré con el laurel fulgente
Que ofreceré á tus piés, Joaquina mia,
Y si muriera, no con lloro ardiente
Debes pagar tributo á mi memoria,
Que morir por la Pátria es una gloria.

Dices que ni el deber á ello me obliga (9)
Ni me culpáran porque no lo hiciera;
Pero ¿no sabes tú, mi dulce amiga,
Que si el valor por el deber naciera,
Como el hombre de honor fuerza es que siga
La voz de su deber, poco tuviera
De mérito su esfuerzo extraordinario,
Como lo tiene siendo voluntario?.....

Además, el que cuenta la ventura
De tener una esposa amada y buena,
Y unos hijos, modelos de hermosura,
Que apenas cruzan, sin temor ni pena,
Las puertas de la vida, en la ternura
De sus padres, purísima y serena,
Resguardando tranquilos su existencia
Cual pabellon de amor de su inocencia;

Tiene el deber para guardar su encanto,
Y aun para mececerlo, pues Dios quiso
Que se regasen con humano llanto
Las flores del humano paraíso,
De ser digno de sí, y haciendo cuanto
A un corazón valiente le es preciso,
De su hogar en las flores, prendas fieles
De paz y amor, entrelazar laureles.

—Pero entre tanto, sola, Antonio mío,
Con dulce voz la esposa contestaba
Mirándole á través del velo frío
Que su llanto tristísimo formaba,
Con espresion de amante desvarío;
Sola sin tí, temblando balbuceaba,
¿Qué haré? ¿Cómo vivir sin tu presencia
Que es perfume y es luz de mi existencia?

Y vacilando, como aquel que toea
Entre recuerdos de dolor prolijos
El más intenso; con la dulce boca
Temblorosa, los bellos ojos fijos
Con la espresion celeste de una loca
En el alegre grupo de sus hijos,
Añadió: ¡si murieras, que sería
De esos ángeles, luz del alma mía!....

Cual la volante nube trasparente
Ligera sombra en la floresta deja,
Rápida se marcó sobre la frente
De QUÁDROS, la impresion de aquella queja;
Más su dolor venciendo noblemente,
Como la sombra ante la luz se aleja,
De su deber el poderoso aliento
De dudas despejó su pensamiento.

—Nada temas, repuso, con la calma
Del héroe que en las luchas de la vida
De su martirio al abrazar la palma
Deja á sus plantas la pasion vencida;
Nada temas, Joaquina de mi alma;
Dios es un padre que jamás olvida,
Y si muriera yo, su amor divino
Trazará de mis hijos el camino.

No es húerfano jamás el que una madre
Tan buena como tú tiene á su lado,
No puede serlo el que perdió á su padre
Víctima noble de un deber sagrado;
Aunque apagar mi vida á Dios le cuadre
Yo moriré cual muere un hombre honrado,
Y mi Pátria sabrá premiar mi muerte
De mis hijos velando por la suerte!.....

Un ronco estruendo que sonó distante
Detuvo á QÜADROS, que le oyó, sintiendo
Agolparse su sangre palpitante
Al corazon; y en la esplanada viendo
Las tropas que llegaban ya delante
Del palacio, ligeras acudiendo
Para salir del pueblo con presteza
Con su querido jefe á la cabeza;

Fué en el instante á recoger su acero
Que gentil se ciñó con gallardía
Prestando á su talante de guerrero
Más osada y altiva bizarría;
Saludando despues al pueblo entero
Que al pié de sus ventanas acudia,
Y con «¡vivas!» en voz no interrumpida,
Le daba su entusiasta despedida,

Se dirigió á sus hijos, que aturcidos
Al escuchar del pueblo los rumores,
Han dejado sus juegos suspendidos
A su madre buscando en sus temores;
Y—¡Adios, adios, mis ángeles queridos,
Les dijo, de mi hogar divinas flores,
Dios os bendiga como yo lo hago
En este que es quizá mi último halago!....

Y besando despues aquellas frentes
Más puras que la vírgen azucena;
Mirando aquellos ojos transparentes
Donde brilla el candor con luz serena,
En los trasportes de su amor vehementes
Les vé llorar con indecible pena,
Que adivinar la infancia siempre sabe
Lo que en su tierna comprension no cabe.

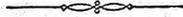
—¡Adios, Joaquina! dijo dominando
El amargo pesar que le embargaba;
¡No llores, porque al verte á tí llorando,
Mi fé vacila y mi valor se acaba!....
No me olvides y sepa yo que orando
Tu corazon me sigue..... ¡Yo pensaba,
Sonriendo añadió, que mi Joaquina
Era lo que se llama una heroína!....

El silencio siguióse unos momentos,
Silencio de dolor en que se oian
Palpitar mil distintos pensamientos.....
Los esposos sus besos confundian
Murmurando palabras sin acentos,
Que yo no sé decir lo que dirian,
Porque el dolor que en el amor se labra,
¿Tiene acaso espresion en la palabra?

Una lágrima pura, la primera
Y la última quizá por él vertida,
Fué á perderse en la suave cabellera
De aquella dulce esposa tan querida;
Y besándola aun, cual si quisiera
De su aliento llevar el alma henchida,
Con un esfuerzo se arrancó á sus brazos
Sintiendo el corazon hecho pedazos.

Un instante despues, QÜADROS llegaba,
Venciendo su emocion con fortaleza,
Donde el pueblo y la tropa le esperaba;
Y á caballo montando con presteza,
Su último adios á sus amigos daba,
Volviendo á cada instante la cabeza
Para ver en la reja silenciosa
Una vez más sus hijos y su esposa.

Y cuando los caballos revolviendo
Al eco altivo de la voz de mando,
La columna, con órden procediendo,
En lenta dispersion se fué alejando,
Una mujer lloraba, sosteniendo
En la reja á sus hijos, y mandando
Su último adios con delirante anhelo
Agitando en el aire su pañuelo!



EL DOS DE JULIO.



CANTO II.

Dejamos á los bravos defensores
Cuando cesó el terrible bombardeo,
Como una trégua dada á los horrores
Del mortífero fuego, según creo;
Y los vamos á hallar en los albores
De otra lucha, que yo cantar deseo,
Si es posible á mi voz, que ya se aterra,
Describir esa página de guerra.

Los franceses, habiendo recibido
Más refuerzos, y viendo en su impaciencia
Que la ciudad heróica no ha perdido
La esperanza en su noble resistencia,
Acabar de una vez han decidido,
Y de su decision en consecuencia
Librar una batalla decisiva
Que á la libre ciudad deje cautiva.

Adelantan algunos con cautela
Buscando una sorpresa; pues artero
Y por traicion, quizá, Lefebvre anhela
De cadenas ceñir al pueblo ibero;
Más el valor del español que vela
No se deja engañar, y el que primero
Se adelanta á las puertas atrevido,
El polvo muerde de su fuego herido.

Entonces, dividiéndose en fracciones,
Avanzan atacando en ambos lados,
Entreteniéndolo así los batallones
Que pierden fortaleza separados;
Más como les contestan los cañones
Demostrando que esperan preparados,
Retroceden de nuevo, y se disponen
A cambiar el plan que se proponen.

Rompe otra vez el fuego, más intenso;
Avanzan todos juntos por las Eras;
Se llena su extension, con el inmenso
Tropel de las legiones extranjeras;
Vuelve á estallar la bomba, y entre el denso
Velo de hūmo que envuelve las trincheras
Se ven caer los bravos artilleros
Que á su puesto llegaron los primeros.

La nueva evolucion es más temible,
Pues, atacando simultáneamente,
Daban tiempo á la fuerza disponible
A organizar de un modo conveniente
La defensa; más es casi imposible
Que resistan al ímpetu potente
De las tropas unidas, que avanzando
Van á los enemigos provocando.

Llegan al fin, y la batalla empieza;
La muerte ruge en el cañon sombrío;
Se chocan con indómita fiereza
Los aceros que saltan á su brio;
Si atacan con soberbia fortaleza,
Se defienden con ímpetu bravío,
Y la sangre que salta, ya sombrea
El lugar donde traban la pelea.

Sin avanzar y sin perder un paso,
Los unos y los otros se sostienen;
La muerte roba un número no escaso
De aquellos bravos que al francés detienen;
Si un punto se abandona por acaso,
Otros valientes en refuerzo vienen,
Que en el vapor de sangre que respiran
Con nuevo ardor de libertad se inspiran.

Pero á medida que el combate crece,
Del enemigo aumentase el enojo,
Cual la sed del leon, que se enfurece
Si encuentra de su víctima el despojo;
Con un valor tan grande, que parece
La desesperacion más que el arrojo,
Los franceses, cargando entre las breñas,
Llegan hasta abrazarse á las cureñas (10).

Hay un momento de indecible espantó;
Los valientes sitiados retroceden,
Pues les acosan con esfuerzo tanto,
Que ya su impulso resistir no pueden:
Después de hacer en su defensa cuanto
Les inspira el honor, fuerza era queden
Indecisos, con ánimo cansado,
Que no hay arco servible siempre armado.

Como aguas de una esclusa despeñadas,
Que arrollándolo todo en su camino,
Levantán espumosas oleadas
Al confundirse en loco remolino;
Así las tropas, ya desalentadas,
Se juntan, y en confuso torbellino
Que el peligro acrecienta en el desorden,
A retirarse van sin ningún orden.

Más Dios no quiere que perdida vea
Su libertad el pueblo que le adora,
Ni que su esfuerzo valeroso sea
Estéril en la lucha asoladora.....
En medio del horror de la pelea
Avanza una mujer encantadora,
Que con paso seguro y faz severa,
Serena se dirige á una trinchera.

Es Agustina (11): en su inspirada frente
Brilla el valor en toda su arrogancia,
Cual brilló en el acero refulgente
De Juana d'Are al redimir la Francia;
Gallarda llega con la mecha ardiente
Hasta el cañon, venciendo la distancia;
La mecha aplica, y el disparo cierto
Deja en el campo al enemigo yerto.

Carga de nuevo, y conociendo diestra
El pánico que infunde su bravura,
Arenga á los que dudan, y les muestra
Los cadáveres que hay en la llanura;
Y elevando otra vez en la siniestra
Mano la mecha, aplícala segura,
La dispersion sembrando y los horrores
En los ya tan cercanos sitiadores.

Algunos vuelven á la voz severa
Que lanza el jefe que el deber invoca;
Otros al ver que una mujer pudiera
Vencerles en valor, y que provoca
A todos, sosteniendo una trinchera
Que el enemigo sin morir no toca,
Dando con su actitud y con su acento
Lecciones de valor y de ardimiento.

Y hasta al mirar á la mujer aquella
Entre el hirviente polvo de las balas,
Al verla hácia el cañon, tranquila y bella
Ir ostentando del valor las galas,
Sobre su frente sueñan que destella
La luz del ángel de invisibles alas,
Que inspirado por Dios, desde su gloria
Bajó á dar á los buenos la victoria.

Más aquel entusiasmo de un momento
Que á aquellas tropas, en la lucha inciertas,
Vino á prestar tan poderoso aliento,
Pasó al ver cual quedaban descubiertas,
Hundiéndose las tapias, al cruento
Fuego del enemigo, que á las puertas
Llegaba con empuje tan potente
Como el agua que rueda en el torrente.

Hubo un instante de emocion suprema,
El desaliento y el temor se unian
Para formar este fatal dilema:
¡A qué luchar, si siempre vencerian!....
Pero de pronto en su amargura extrema
Pareció que una luz brotar veian,
Y se detienen llenos de esperanza,
Recobrando, quizá, la confianza.

Que un rumor vago sin cesar se escucha,
Cada vez resonando ménos lejos,
Entre el bélico estruendo de la lucha.
Y brillantes aceros, los reflejos
Copian del sol, en estension no mucha,
Cual movibles, clarísimos espejos
En que chispas de luz brillan perdidas
Por manos invisibles encendidas.

Allá en la vega, nube polvorosa,
De que esos rayos escapar parecen,
Alzándose en el viento vaporosa
Se vá acercando y sus detalles crecen;
Es una compañía poderosa.....
Los bravos de Teruel, que aquí aparecen
Cuando todo perdido se creía,
Para inspirar aliento y energía.

¿Más cómo esta columna habrá podido,
Burlando á los secuaces de la Francia,
Recorrer la extension que ha recorrido,
Venciendo en pocas horas la distancia
Que media entre estos pueblos, cuando ha sido
Redoblada la activa vigilancia
Que ejercen sin cesar los sitiadores
Para impedir que lleguen defensores?

¿Cómo? Hé aquí lo que ninguno sabe,
Pues del valor las grandes decisiones
Encerrar en el cálculo no cabel....
Lo que se supo fué, que en batallones
Cruzando el Ebro, de la plaza llave,
Llegaron hasta el pié de los cañones
De la ciudad sitiada, en el instante
Que los dejaba el pueblo vacilante.

Imposible es que exprese la voz mia
La grata confusion de aquel momento
En que con altas voces de alegría
Mostraban los sitiados su contento;
No vibran con más fuerza y energía
Del salvaje leon, de amor sediento,
Al recorrer la selva los baladros,
Que aquellas voces saludando á QÜADROS.

En un caballo cuya crin ondea
Tendiéndose en el viento vagorosa,
La ancha nariz movible, que vahea
Respirando en su marcha fatigosa;
Alta cabeza que gentil sombrea
El pecho del ginete, cuando airoosa,
Tascando el freno, lanza entre la bruma
Ligeros copos de nevada espuma;

QÜADROS cruza á galope por la vega
Seguido de los suyos, y triunfante
A las trincheras valeroso llega,
Ordenando su fuerza; en el instante
El mando del reducto se le entrega,
Y gritando á las tropas, «¡adelante!»
Arremete el primero al enemigo,
Sus valientes llevándose consigo.

Por su gallardo ejemplo reanimados
Le siguen sin dudar los defensores,
Que al verse en la árdua lucha reforzados,
Han desaparecido sus temores;
Al grito los franceses alentados
De *Sarragosse est nostre*, los mejores
Han llegado, batiéndose sin miedo,
Hasta las mismas puertas con denuedo.

QUADROS sin vacilar con ellos cierra;
De un círculo les ciñe con su espada,
Y á cada golpe hace morder la tierra
A quien alcanza fuerte su estocada:
Solo hiere una vez, porque se encierra
Tal vigor en su mano, que lanzada
Certera hácia el contrario, el arma suya
Impide con la muerte se le huya.

Revolviendo bizarro su caballo
En el riesgo mayor siempre se mira,
Tan rápido y seguro, como el rayo
Que desprendido de la nube gira.....
¡Ah! si cantar pudiera como hallo
En mi memoria al héroe que me inspira,
El eco de mi voz al cielo iría
Y al *mártir de su Pátria* llegaría.

Y mi voz, despertando el sentimiento
Del patriotismo en nuestra amada España,
—Porque de la verdad el firme acento
Tiene un imperio que jamás engaña,—
Agitára su libre pensamiento
Para vencer su soñolencia estraña,
Y le mostrára su pasada historia
Como un deber de recobrar su gloria.

Que el que ve su nacion escarnecida;
Sin valor el recuerdo del pasado;
La atmósfera antes pura, corrompida
Por el libertinage descarado.....
La Pátria en ondas luchas dividida,
Su hermoso territorio desmembrado,
Profanados y hundidos los altares,
Y tristes é inseguros sus hogares.....

Si no sabe cumplir con sus deberes
Y de Jesús con el divino ejémplo
Arrojar á los falsos mercaderes
Que explotan libres, de la Pátria el templo;
Si no sabe salvar á tantos séres
Como hoy con pena á mi alredór contemplo
Temblar del porvenir y del presente,
Mientras suspiran por el bien ausente;

Si no logra imitar á los que un dia
Por su DIOS, por su PÁTRIA, por su REY
La lucha al provocar con bizzaría
Vencida echaron la extranjera grey;
Si en el firme pavés de su hidalguía
No alza triunfante su sagrada ley,
Aquella ley á cuya sombra santa
España conquistó grandeza tanta:

Si se deja oprimir como vencido,
Y al que ambicioso y falso le domina
Débil, cual gladiador de muerte herido,
Cobarde aplaudè, y á su voz se inclina;
Entonces, es muy justo que oprimido
Olvide ese pasado que fascina,
Que no busca del héroe la memoria
El que no se halla digno de su gloria.

Más ¡ay! ¡vana ambicion! ¡delirio loco
Que entre la vaga oscuridad del sueño
Dibuja la esperanza, y que yo toco
Cual ilusion probable de mi empeño;
Imposible divino que provocho
En mi anhelo dulcísimo y risueño,
Que deja cuando pasa más sombrío
El cuadro en que tracé mi desvarío!

En vez de épicos cantos que pudieran
Como los del autor de la *Iliada*
Despertar á mi Pátria; ó que tuvieran,
Cual los del trovador de una cruzada (12),
Un recuerdo de gloria; ó que encendieran
Como lo hizo el cantor de la *Luisiada*
Del entusiasmo noble el parasismo
Para avivar con él el patriotismo,

Solo podrá sencilla la voz mia,
Sin las brillantes galas del ingenio,
Describir un recuerdo, que seria
De España luz si le cantase un genio;
Quizá un vate despues en su poesía
Trace aquel cuadro, del honor proscenio,
Y una página más deje gloriosa
Junto á la de Martinez de la Rosa (13).

Y en tanto yo, como en mi voz no cabe
La ciencia, y solo tiene el sentimiento,
Con dulce entonacion un himno suave
Loando á mi Pátria entonará mi acento;
Cual se une á veces el cantar del ave
Al rugir del leon que atruena el viento,
Así á un canto arrogante unirse puede
Mi voz sencilla, aunque perdida quede.

Volvamos otra vez, lector querido,
A donde fiera la batalla arde,
Y perdona el capricho que ha podido
Su descripción hacer que se retarde;
Comprenderás que el pueblo decidido
A no sufrir vacilación cobarde,
Imitando de QÜADROS la bravura
Le ha seguido á la lucha con premura.

Los franceses, que ilusos ya creían
Que en la ciudad entraban victoriosos
Y que los defensores se rendían
A sus rudos ataques poderosos,
Al ver que con valor se defendían
Saliendo á perseguirles animosos,
Deciden, con valor que nada espera,
Adelantar suceda lo que quiera.

Entonces una escena indescriptible
Por su extraña y magnífica grandeza
Tiene lugar allí, y es imposible
Imaginar la indómita fiereza
De aquellos que al llegar con saña horrible
Chocaban con la noble fortaleza
De los bravos, que escudo hacen sus pechos
Del sublime ideal de sus derechos.

El que llegaba hasta pisar el suelo
Con torrentes de sangre defendido,
Antes de realizar su loco anhelo
Se encontraba de muerte perseguido,
Y era admirable el ver, que en el desvelo
Del pueblo á la victoria decidido,
Las mujeres, los niños, los ancianos,
Le destrozaban con sus propias manos.

¡Cuántos detalles de valor y gloria
En aquel grande y memorable día,
De los que se ha perdido la memoria
Pues pensando en morir no se escribía! (14)
¡Oh Dios! ¡para que cante su victoria
Préstale inspiración á la voz mía,
Que mucho puede hacer si á tí se inclina
La luz humana con la fé divina!

El vértigo sublime que enagena
Al que la idea de vencer halaga,
El aliento les dá del alma buena
Que de entusiasmo y gloria se embriaga;
Entre el grito de muerte que resuena
Tristísimo en el viento, alegre vaga
El grito de valor y de esperanza
Que inspira de vencer la confianza.

Por uno de esos medios casuales
Combinados por Dios, cuando sentian
Ya de matar cansados los leales
Que sus brazos armados se rendian,
Vieron de los cercanos arrabales
Salir unos franceses, que corrian,
Y oyen la voz con que gritaba uno:
¡A ellos! ¡que huyen! ¡no quede ninguno!

Entonces cual torrente contenido
Que salta fiero al arrollar la valla
Que su loca corriente ha detenido,
Vuelve á cebarse ardiente la batalla,
Y del cañon resuena el estampido,
Y salpica el espacio la metralla,
Y la caliente sangre, que vahea,
Se estiende cual tapiz de la pelea,

Oigamos lo que QÜADROS contestaba
A un valiente oficial que se batía
A su lado, y la muerte provocaba:
—Mi General, con ánsia le decia,
Si se nos vence en esta lucha brava
Que prueba la española bizzarria,
¿Qué debemos hacer? ¿A dónde iremos?
¿O aquí con la ciudad, nos rendiremos?

—¡Pardiez que os apurais por poca cosa!
Responde QÜADROS con sonrisa triste,
Si á la sangrienta lucha dolorosa
Nuestra ciudad querida no resiste,
Moriremos con ella, que en la honrosa
Lucha suprema, ¡aún puede el que no existe
Defender á su Pátria, pues la muerte
Deja, cerrando el paso, el tronco inerte!....

¡No puede ser vencido el que así piensa,
Que el valor es tambien del alma altiva
Como sagrada religion inmensa
A que faltar no puede mientras viva;
Por eso de la Pátria en la defensa
Siempre es grande la lucha y decisiva,
Porque el valor que en el honor se inspira,
Al mismo Dios con su grandeza admira!

Los españoles mueren, más no cejan
En el combate que sangriento aterra;
Los franceses vacilan, porque dejan
Ocho de cada diez yertos en tierra;
Al fin con odio y con rencor se alejan
Absortos al pensar que aquella guerra,
Tan desigual y tan valiente, ha sido
La única que á sus tropas ha vencido.

Y los tan denodados defensores
Al celebrar con voces de alegría
El hallarse de nuevo vencedores
En tan solemne y memorable día,
Al mirar del combate los horrores,
Que el campo ensangrentado contenía,
Con la emoción divina de la gloria:
¡Victoria! gritan con ardor: ¡VICTORIA!



VALOR Y ABNEGACION.



CANTO III.

Si de esa guerra que recuerda España
Cual prueba de un valor indescriptible
No quedára la historia, que no engaña,
Que afirma y autoriza lo increíble
De aquella gloriosísima campaña,
Se juzgára la accion un imposible,
Pues hoy apenas la razon comprende
Aquel valor que al corazon enciende.

A cada hora que en el sitio pasa
Hay que admirar otra gentil proeza;
Cada hombre es allí un héroe, cada casa
Un castillo de insigne fortaleza;
Si un edificio el enemigo arrasa,
Allí mismo se eleva con presteza
En sus ruinas una alta barricada
Que ha de impedir al sitiador la entrada.

Si el enemigo con menguado intento
Los cauces rompe y la llanura anega;
Barrena de los puentes el cimientmo
Y vierte el agua por la fértil vega;
Si derruye edificios, y violento
A practicar el mal loco se entrega,
El pueblo á su crueldad no tiene miedo
Y persiste en la lucha con denuedo.

Si al ver cerrarse el cerco, aislados quedan
Y víveres precisos escasean,
Llenos de abnegacion, porque no puedan
Los valientes soldados que pelean,
El disgusto tener de que les vedan
El precioso alimento que desean,
Para que por igual dése el sustento
Los víveres se juntan al momento.

En fin, si el enemigo audaz intenta
Sorprender algun punto vulnerable
Y con sagaz sigilo se presenta
Con una astucia vil é imperdonable,
De su escursion nocturna no se ausenta
Sin dejar una huella memorable,
Porque al soldado que el honor desvela
No puede sorprenderse por cautela.

¡Y siempre así! Pasando van los días
Sin apagar aquel valor sereno
Que inspira tan profundas simpatías
Al mundo todo de su gloria lleno!
Y en tanto que con nobles alegrías,
Espansion del honor, de dolo ageno,
Celebran sus victorias, sin castigo
No dejan la intencion del enemigo.

No es posible copiar todos los hechos
De aquel gran pueblo, admiracion del mundo,
Que defendiendo altivo sus derechos
Dejó un ejemplo por demás fecundo;
Por más que en nuestro orgullo satisfechos
Les recordemos con amor profundo,
Ni la palabra referirlos sabe,
Ni en la palabra su grandeza cabe.

Y entreellos, ¡cuán sublimes, cuán vehementes
Los que realizó QÜADROS no serian,
Que en aquellas falanges de valientes
Como el mejor su nombre repetian!
¡Qué arrogantes acciones, qué prudentes
Dotes de mando en su valor verian,
Que todas las misiones arriesgadas
Eran á su valor encomendadas!

Y era tan admirable el desempeño
De aquellas comisiones peligrosas,
Que hoy, sin la historia, pareciera un sueño
Su recuerdo y escenas dolorosas;
Más son una verdad, pues, halagüeño
Palafox, con palabras muy honrosas,
Las acciones de QÜADROS, Don Antonio,
Consignó en un brillante testimonio.

Aun sin él, su valor se probaria
Solo al saber que un pueblo tan valiente
Que un héroe en cada defensor tenia,
A QÜADROS entregase libremente
El sitio en que mayor peligro habia,
Creyendo que su nombre solamente,
Que la aureola del honor cercaba,
Era el mejor sosten que se le daba.

Don José Palafox, que comprendiendo
Que Lefebvre, con gran atrevimiento,
Al ver que fuerza y tiempo iba perdiendo
Con nuevo plan modificó su intento,
De QÜADROS el valor reconociendo
Le confirió el honroso nombramiento
De comandante, de la puerta que era
Llave y sosten de la ciudad entera.

De la de Santa Engracia; punto expuesto
Donde Lefebvre sus fuegos dirigia,
A caso la opinion siguiendo en esto
De Napoleon, que el riesgo comprendia
En que dejaba á la ciudad si el resto
De sus fuerzas el círculo corria
De fuego, con que el sitio la cercaba,
Y refuerzos y auxilios le negaba;

En tanto que el ejército en su grueso
Dirigiéndose al punto vulnerable
Le destrozaba de su fuego al peso
Haciendo así la rendicion probable;
Pero Napoleon al pensar eso
No podia saber lo impracticable
Que es con almas templadas en España,
Terminar por traicion una campaña.

QÜADROS al encargarse sin recelo
De su nueva arriesgada comandancia,
Vino á burlar con su feliz desvelo
Los ambiciosos planes de la Francia;
Fortificó para la lucha el suelo,
El montaje dispuso, en gran distancia,
De cañones volantes; y en dos días
Formó algunas seguras baterías.

Ordenó que formándose guerrillas,
Esto es, dividiéndose en fracciones
Un batallon, corriese por las millas
Que á la ciudad circuyen, sus acciones
Ajustando á las órdenes sencillas
De hostilizar así las posiciones
Que el enemigo, con su astúcia mucha,
Tomára preparándose á la lucha.

Y sin descanso, sin tomar siquiera
El reposo del sueño, en el intento
De resistir la acometida fiera
Que se esperaba de uno á otro momento,
QÜADROS lleno de fé, con alma entera
Trabajaba, sin otro pensamiento
Que salvar á la Pátria, aunque su vida
Hubiera de perder en la partida.

Era digno de ver aquel valiente
Cuando el bravo caballo sujetando,
El reducto cruzaba velozmente,
Con calor á las tropas arengando;
Con su mirada de águila potente,
El cercano peligro analizando,
Y tomando medidas preventivas
Con acertadas órdenes activas.

O al pié de sus cañones, afanoso
Formando por sí mismo batería,
Lleno de polvo el uniforme honroso
Que á su gallardo talle se ceñía;
O arrastrando con fuerza, sin reposo,
Pesadas peñas que en el campo habia,
Troncos, ramas y tierra, con objeto
De formar un estable parapeto.

O con una emocion tan poderosa
Que hacia vacilar su voz sonora,
Arengar á su tropa valerosa
Dispuesta á quedar muerta ó vencedora;
O contemplando la falange odiosa
De franceses, pasar hora tras hora
Mirando su actitud, pensando acaso
Hallar un medio de cerrarle el paso.

A veces, dilatando su mirada
Por el espacio azul, con triste anhelo,
Entre la suave brisa perfumada
Un suspiro mandaba en dulce vuelo
Al seno de su esposa idolatrada,
Y á sus hijos, querubes de su cielo,
Que en su hogar, ora triste por su ausencia,
Lloraban anhelando su presencia.

Más en breve en sus ojos se apagaba
Esa ráfaga inmensa de ternura,
Que al soplo del deber se disipaba
Como al viento la niebla; y más segura
En su mirada audaz se reflejaba
La espresion indomable de bravura
Que con el fuego del valor ardía
Como luz que del alma procedía.

Y siempre activo, siempre infatigable,
Conspícuo, noble y recto en sus acciones,
Tan firme y tan valiente como amable
Subyugaba su voz los corazones;
Jamás un hombre á la fortuna instable
Debió más grandes ni mejores dones,
Que le otorgó con próspera largeza,
Valor, virtud, bondad y gentileza.

Unas veces salir se le veía
Con un número escaso de soldados
A recorrer los puntos que temía
Fuesen del enemigo amenazados.....
Y si una escaramuza sostenía,
Les hacía volver desalentados,
Que eran siempre combates las alarmas
En que con él cruzábanse las armas.

Otras, desde la puerta de su mando
A la francesa tropa hostilizaba;
Cuando en ráudo tropel iba llegando,
Certo sus cañones disparaba;
O presuroso en su corcel montando
Seguido de sus bravos, dispersaba
A la columna que pasando el río
A la meta llegó llena de brio.

Y al hacer cada día una salida,
Explorando solícito el terreno,
A la avanzada daba una batida,
Dejando el campo de enemigos lleno;
Sin temer un instante por su vida,
Lleno de ardor, intrépido y sereno,
Era un rayo su mano poderosa
Hiriendo siempre, y siempre victoriosa.

Y nunca se cansaba; nunca era
Pronto para luchar, ni jamás tarde;
Su espada en el combate la primera,
La sangre dice que en sus venas arde;
Su indulgente razón era severa
Solo al juzgar á la traición cobarde,
Y así de sus soldados muy querido
Era siempre ensalzado y bendecido.

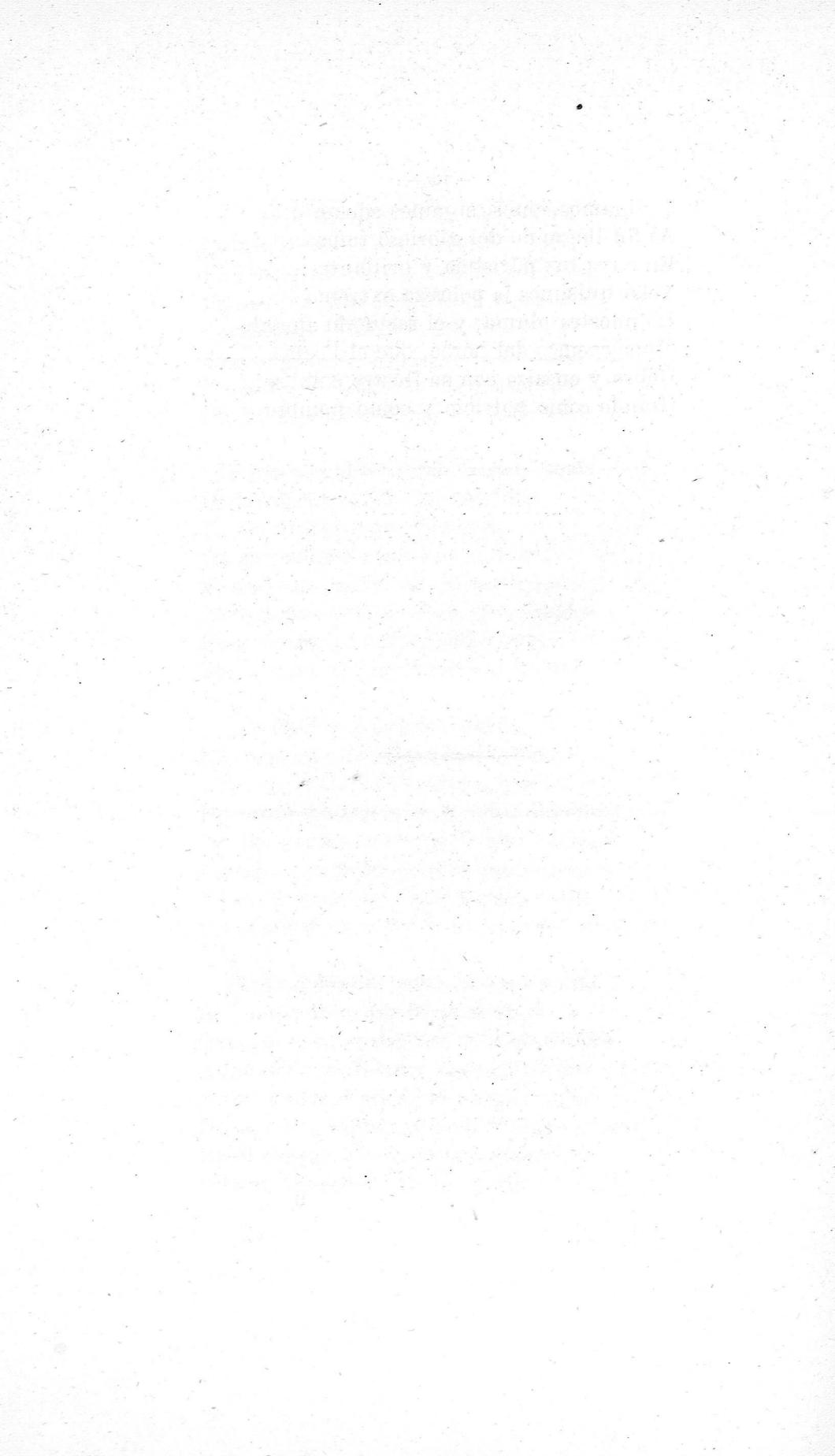
Y cuando al General se daba parte
De las operaciones emprendidas,
Ya de fortificar un baluarte,
Ya de recientes lides sostenidas,
El que esto hacia, consignaba aparte
Las proezas de QÜADROS, que tenidas
Eran entre los bravos defensores
Por lo más admirable en las mejores.

Así Butroni á Palafox decia
En el parte oficial que le enviaba:
«DON ANTONIO DE QÜADROS, que tenia
De Santa Engracia el mando, denotaba
Tal pericia y acierto en lo que hacia,
Un tacto en todo aquello que ordenaba,
Y una firmeza tal, que ocasion hube
De admirar su valor que á ejemplo tuve (13).»

Pero en verdad, sería interminable
El querer describir unas escenas
Que unen lo prodigioso á lo admirable
Aunque de realidad y encanto llenas;
No se puede explicar lo inexplicable
De aquellas luchas, que al brillar serenas
En el cristal severo de la historia,
Dilatan los reflejos de su gloria.

Sigamos, pues, sigamos adelante,
Al fin llegando del glorioso tema
En cuya luz purísima y brillante
Velar quisimos la pobreza extrema
De nuestra pluma; y el recuerdo amante
Consignemos del héroe, que el Poema
Honra y ensalza con su ilustre nombre,
Grande como patricio y como hombre.





¡TODO POR LA PÁTRIA!

CANTO IV.

Hemos hablado del valor guerrero
Que á QÜADROS adornaba, y en la idea
De presentar en él al caballero
Que por su Pátria y por su honor pelea,
No ensalzamos su mérito primero,
Las cívicas virtudes, do se crea,
Acostumbrando al bien el sentimiento,
El valor la prudencia y el talento.

Le hemos visto admirable y admirado
Cuando de su deber haciendo ley
Dejaba el dulce hogar donde era amado
Por defender su Pátria, Dios y Rey;
Le hemos visto también, cuando esforzado,
Venciendo altivo á la extranjera grey,
«Le cercaba la luz, y en ella, fuerte,
Se iba mirando cabalgar la muerte.» (16)

Hemos visto aclamado su alto nombre
Por una multitud, que en su entusiasmo
Iba prestando un eternal renombre
Al que inspiraba admiracion y pasmo;
Le hemos visto despues, sin que le asombre
Que el pueblo de la duda en el marasmo
Vacilase en seguir la lucha fiera,
Digladiar sin temor con fé sincera;

Y con sus nobilísimas acciones,
Con su valor, su fama y su arrogancia,
Sus firmes y valientes decisiones,
Su fé, su pundonor y su constancia,
Imponerse á los bravos corazones
Que, unidos por su ódio contra Francia,
Su voz seguian, de temor agenos,
Y le aclamaban bueno entre los buenos.

Pero como el valor que así se ostenta
No es quizás el más grande ni más puro;
Como la vida en sus misterios cuenta
Siempre un enigma á nuestro orgullo oscuro;
Como el impulso que al combate alienta
Es del honor el talisman seguro,
Creemos que es aun más el heroismo
Del coazon venciéndose á sí mismo.

Porque sus luchas siempre dolorosas,
Cual ráfagas de fuego, en la memoria
Resbalan ignoradas, silenciosas,
Sin levantar el aura de la gloria;
Luchas con la razon, más poderosas,
En que es casi imposible la victoria,
Porque siempre el humano pensamiento
Vacila á la atraccion del sentimiento.

Hay héroes que en el campo de batalla
Luchando por su honor son invencibles,
Y luego á solas, cuando el alma halla
Obstáculos do quiera inaccesibles
Para romper la misteriosa valla
Que contiene los sueños imposibles,
En que la vista con anhelo alcanza
La dulce realidad de su esperanza,

Dudan, vacilan, la emocion les vende;
Débiles al iman del sentimiento,
Son vencidos por él cuando se enciende
En su divina luz el pensamiento;
Porque el humano corazon propende
Siempre á seguir en libertad su intento,
Y solo la razon clara y divina,
Cual tribunal más alto, le domina.

QUADROS, que era invencible combatiendo,
Lo era tambien cuando luchando á solas
Sentia al corazon ir afluyendo
Toda su sangre en abrasantes olas;
Cuando su noble frente contrayendo
Iba el dolor, y en vivas aureolas
Con expresion radiante la ceñia
El sentimiento que el honor vencia.

Veámosle luchar de esa manera,
Y de ese cuadro en la ternura suma
Que del fondo del alma reverbera
Como una luz nacida en una bruma,
En su expresion dulcísima y ligera
Descansará la fatigada pluma,
Que débil siempre, al describir se aterra
Los tremendos horrores de la guerra.



Era la tarde de un hermoso día
En que la luz, ceñida de fulgores,
En los campos sangrientos se extendía
Velando en nieblas de oro sus horrores;
En el vivac francés nada se oía;
Sin duda los valientes sitiadores
Descansaban también, como descansa
Soberbio el mar si el huracán le amansa.

Un paisaje de guerra se suaviza
A veces con la calma de un momento
Y de risueñas tintas le matiza
La blanda luz que irradia el firmamento;
Entre el ramaje cuyas hojas riza
El suave impulso del sonoro viento,
Las aves con dulcísimos desvelos
Notas de amor elevan á los cielos.

Sobre la fresca sangre que aun humea,
La luz imprime fugitivas pintas,
Pues su púrpura viva se jaspea
De oro y azul con las brillantes tintas;
Entre el follaje que la brisa ondea
Desliza el sol sus argentadas cintas,
Y allá á lo lejos, sobre el alto monte,
Se envuelve en nieve y rosa el horizonte.

Pues las locuras del orgullo humano
Que en p6s imprimen tan doliente huella,
No empañan el reflejo soberano
Que en su grandeza la creacion destella;
El hombre lucha, con delirio vano,
Por grabar de su genio una centella,
Pues el sueño de luz de su esperanza,
Que impulsa la ambicion, jam6s alcanza.

Así vemos que un hombre, en su locura,
Se alza á luchar, creyéndose el más fuerte;
Un freno forja á un pueblo, en 6nsia impura,
Templado en los azares de la suerte;
En su carro de triunfo se asegura
Dejando en p6s desolacion y muerte,
Y á creerse un Dios en su delirio empieza,
Sin ver la pequeñez de su grandeza.

Si el siglo fascinado, en él admira
La audacia y el poder, pronto violento,
En el horror que su delirio inspira,
Se rehace por sí mismo el sentimiento;
Y entonces en su gloria el mundo mira
Un relámpago inestable de un momento,
Y su luz, que tan alta fué encendida,
Solo hace más visible la caída.

Así Napoleon, poder gigante
Que impuso leyes con audacia al mundo,
De la victoria al rayo fulgurante
Se alzó altanero cual titan profundo,
Y al pasar su dominio de un instante
Cayó su imperio, en el dolor fecundo,
Dejando al héroe vencedor del Jena,
Un peñon solitario en Santa Helena.

Que cuando falta á la mundana gloria
La base del deber, y las pasiones
Son el viento en que flota la victoria
Que corona bastardas ambiciones;
Un nombre graba con horror la historia,
Una fecha maldicen las naciones,
Fecha que marca la sangrienta huella
Que la locura de un tirano sella.



Digimos que los bravos defensores
Por un instante, acaso, descansaban,
Y en su campo tambien los sitiadores
En silencio sus fuerzas replegaban.....
Lleguemos, á los últimos fulgores
Del sol, donde valientes vigilaban
Los que á morir dispuestos resistían,
Y veremos, lector, lo que allí hacían.

Sentado de un merlon en una peña
QÜADROS está, con emocion leyendo
En un papel que con discreta seña
Un soldado le dió, quedo diciendo:
«Carta de la señora.» En la cureña
De un cañon fué despues lento escribiendo
Algo tan triste que prestaba enojos
Al ígneo rayo de sus negros ojos.

Más sin duda el lector conocer quiere
Aquel papel que con afan leía,
Aunque por su actitud triste se infiere
Que ternuras y penas le diría;
Ya veremos despues si ocasion fuere
De leer lo que rápido escribía,
Sirviéndole de mesa una cureña
Y de asiento una dura y alta peña.

Era una carta de su amada esposa,
Que un campesino de Teruel llegado,
Hombre de alma valiente y animosa
Que entre los sitiadores ha cruzado,
Con expresion callada y misteriosa
A un soldado de QÜADROS ha dejado
Diciéndole tan solo: «La señora
Me dió esta carta al despuntar la aurora.»

Y se alejó despues, como si fuese
Un decidido y fiel zaragozano,
Que con dolor y con asombro viesse
De las ruinas el manto soberano,
En que una fecha de dolor hubiese
Grabada allí por la invisible mano
Del que dá la derrota y la victoria,
Y reanima á los pueblos con su gloria.

QÜADROS tomó con emocion suprema
El pliego pequeñito y perfumado,
Rompió con ánsia y con temor la nema
Que cerraba un tesoro tan ansiado,
Y con mirada que ilumina y quema
Leyendo fué lo que el papel trazado
En bellos caracteres contenia
Y que, si no me engaño, así decia:



«Va ha hacer un mes, Antonio de mi vida,
Que de mí te alejaste, y cada hora
Oigo el triste rumor de tu partida
Vibrando como música sonora;
Un mes que nuestra amarga despedida,
Al corazon que es tuyo, y que te adora,
Dejó el mayor pesar de la existencia,
El dolor sin consuelo de la ausencia.

Un mes en que he buscado con empeño
Un medio de llamarte y que me oyeras;
Un mes que se ha pasado como un sueño
Con la loca ilusion de que volvieras.
¡Más ya esperar no sé! Del alma dueño
Siento hacerse el temor de que pudieras
Morir en ese horror que á España asola;
¿Y qué fuera de mí por siempre sola?

¡Oh! ¡Ven, por Dios, Antonio! ¡Yo te llamo
Con esa voz que compasion implora!
¡Ven! ¡Que pueda decirte que te amo
Y que mi alma sin tí suspira y llora!
¡En nombre de tus hijos, te reclamo
Al hogar que tu imágen atesora!.....
Al hogar convertido en paraiso
Hasta que el cielo separarnos quiso.

La blanda luz del sol cuando aparece
Esmaltando las copas de las flores,
Como no la ves tú, triste parece
Y aumenta su reflejo mis dolores;
El suspiro del viento que se mece
En brumas impalpables de vapores,
Y que á tu lado con placer oía,
Lo escucho como un eco de agonía.

De nuestros hijos las caricias puras,
Que eran la suave luz de nuestro cielo,
Cuando éstas bellas, cándidas criaturas,
A su padre buscaban con anhelo,
Hoy son raudal constante de amarguras
Que bebe el corazon lleno de duelo,
Pues pienso al ver sus juegos inocentes,
Si no besarás más sus puras frentes.

Así mi vida entre temores pasa;
A veces sueño que tu imagen veo
Entre el velo del llanto que me abraza;
Otras, volando en alas del deseo,
Se aleja el pensamiento, audaz traspasa
Distancias y peligros, y hallar creo,
Entre brillantes círculos de gloria,
Tu imagen como vive en mi memoria.

¡Ven, pues! ¡Que yo te llamo! ¡Que te espero!
Cada mañana lloro, y cada tarde
Miro desde el jardín aquel lucero
Que tan brillante y argentino arde;
Porque á tí te gustaba yo le quiero;
¿Cuándo vendrás á verle? ¡No retarde
Dios, á quien yo lo ruego cada día,
Ese divino instante de alegría!

Ya le has dado á la Pátria, Antonio mio,
Cuanto un hombre de honor darle pudiera;
Oye, pues, este acento que te envió
Con la expresion doliente del que espera;
¡Oh! calma ya mi loco desvarío,
No quieras que sin tí de pena muera,
Disipa este dolor que me domina,
Y ven á dar la vida á tu=JOAQUINA.»



Cual la flotante nubecilla imprime
La sombra de su gasa trasparente,
Se ve pasar una expresion sublime
Del Brigadier sobre la noble frente;
Con su trémula mano, la comprime
Y dice al fin con expresion valiente:
«¡Imposible! ¡La Pátria es lo primero
Y á ella lo debe todo un caballero!»

Y con la fé serena que tendria
Uno de aquellos mártires de Roma
Que la fiera en el círculo mordía;
Con su gran voluntad, valiente doma
Su corazon, y en tanto que leía
Por centésima vez la carta, toma
Un pedazo de lápiz, y escribiendo
Va lo que el corazon le está diciendo.

¡Más qué lucha tan grande y dolorosa
Con aquellos renglones se probaba!...
¡Cómo su mano firme y poderosa
Trazando aquellas líneas vacilaba!
¡Y en su frente serena, que gloriosa
La calma de los héroes ostentaba,
Formaba un pliegue vago el sentimiento
Cual si allí descansara el pensamiento!

Al ir grabando con nerviosa mano
Aquellos rasgos que su honor le dicta
Se detiene un momento, busca en vano
Algo agradable en la asolada cripta
Donde dejó el valor zaragozano
Con sangre escrita su memoria invicta,
Y una pequeña flor, medio perdida,
Ve entre unas verdes hojas escondida.

Era una margarita; blanca estrella
Que borda el césped de los campos gala,
Tan sencilla y tan pura como bella,
Ni hermosa brilla ni perfume exhala;
QUADROS corta la flor, vuelve con ella,
La aproxima á sus lábios, y resbala.
Un suspiro en su cáliz, encargado
De llevarlo á otro aliento idolatrado.

Pone entonces la pobre florecilla
Que llevaba la esencia de su aliento,
En su carta, dignísima y sencilla
Cual lo era su elevado pensamiento,
Y con una mirada en la que brilla
La celeste expresión del sentimiento,
Con un suspiro «¡adios!», triste decía,
«¡Adios quizá por siempre, amada mía!»

Veamos ahora lo que deja escrito
En esos rasgos que trazó ligero
Reflejando al trazarlos su infinito
Dolor, sobre su aspecto de guerrero;
Encareceros yo no necesito
El valor del ilustre caballero,
Que dice «adios» á tan amados séres
Por cumplir como bueno sus deberes.

—«Puerta de Santa Engracia, Julio, treinta.
Mi querida Joaquina: He recibido
Tu dulce carta, que al deber me alienta
Con sus palabras llenas de sentido;
Sin embargo, permíteme que sienta
Que hayas por un instante tú creído
Que mi sitio de honor dejar pudiera
Cuando el peligro y el temor creciera;

Por más que eres la vida de mi vida,
El aliento divino de mi aliento,
El iman de mi alma, la encendida
Luz que pura refleja el pensamiento;
Por más que tú y mis hijos, la medida
Lleneis de mi amoroso sentimiento,
Por lo mismo que os amo, no te asombre
Que vil no pueda deshorrar mi nombre.

Si tu voz escuchando yo dejara
El puesto que á mi honor se le confía;
Si por ir á tu lado abandonara
La defensa de un pueblo que en mí fía,
Mi nombre, que es el tuyo, se manchara
Con la sombra de infame cobardía,
Y es más fácil morir, es más sencillo,
Que empañar de un escudo el noble brillo.

Tu amor, no tu razon, iba dictando
Esas dulces palabras, que el deseo
Retiene en la memoria, acariciando
La feliz ilusion de que las leo
Cual de tu corazon fueron brotando,
Y en ellas ver tus sentimientos creo,
Cual se mira en el fondo de un espejo
De la lejana luz puro el reflejo.

Yo como tú contemplo aquella estrella
Cuyo radiante y misterioso giro
Seguíamos los dos; tambien en ella
Tus dulces ojos que me buscan miro;
Cuando con más fulgor su luz destella,
Pensando en tí le mando mi suspiro,
Pues juzgo que su disco refulgente
Reflejará sobre tu noble frente.

Tambien suspiro por mi hogar risueño
Donde me esperan tan queridos séres.
¡Mis hijos! ¡Luz eterna de mi sueño!
Y tú, que hermosa y buena, siempre eres
Con tu carácter dulce y halagüeño
El ángel, para mí, de las mujeres,
Me atraeis con iman tan poderoso
Que al vencerlo se pierde mi reposo.

Porque, vencer las dulces impresiones
Que inspira al corazón vuestra memoria,
Es apagar las gratas emociones
Que copian un reflejo de la gloria;
Es dominar las dulces sensaciones
Que al pasar vuestra imagen ilusoria
Por el terso cristal del pensamiento
Despiertan á la luz de aquel momento.

Más si quiero volver al dulce asilo,
Puerto de amor donde mi faro brilla,
Quiero llevar el ánimo tranquilo,
Tranquila el alma en su ambición sencilla;
En este mar de dudas, no vacilo,
Que si el amor me espera en una orilla,
En la otra está mi honor, y nunca pudo
Un caballero mancillar su escudo.

*Aquí es preciso ya, Joaquina mía,
Dejar todo temor; es necesario
Desechar toda innoble cobardía (17)*
Y alentar el esfuerzo extraordinario
De esta ciudad valiente, que sabría,
Cual Sagunto, en impulso voluntario,
Luchar hasta morir serena y fuerte,
Y para no ceder darse la muerte.

Dices, que yo á mi Pátria ya he ofrecido
Cuanto puede ofrecer un caballero.....
¡Oh! ¡tu amor te disculpa! no he podido
Darle más, es verdad; pero aun espero
Ofrecerle mi vida, porque quiero,
Si no se salva, si mi esfuerzo ha sido
Inútil á su bien, morir por ella,
Que morir por la Pátria la honra sella.

¡Ah! ¡TODO POR LA PÁTRIA! ¡Un noble debe
Sin fluctuar entre dudas ni temores,
Abandonar lo grande cual lo leve,
Su calma, su ventura y sus amores!....
Al ver al enemigo que se atreve
A insultar á estos bravos defensores,
¡Mil vidas que tuviera les daría,
Y otras mil si cual fénix renacía!

¡Adios, Joaquina, adios!..... Ten esperanza;
No dudes, no, que volveré á tus brazos;
Guarda la fé que á conseguir alcanza
Abreviar del dolor los largos plazos.
¡Besa á mis hijos! En su afan se lanza
El corazon, para en amantes lazos
Ceñirlos y ceñirte, junto al seno
De su amor y tu imágen siempre lleno.

Guarda esa florecilla que te envió
En prenda de mi fé; porque te diga,
Con su voz de perfume, las que fio
Dulces palabras á su esencia amiga.
¡Adios, luz de mi amor, consuelo mio!
Deja que una vez más mi alma bendiga
A mis hijos y á tí, cual testimonio
De que sois la ventura de tu=ANTONIO.»



Hay momentos, lector, en que la pluma
Del escritor detiénese y vacila;
En la emocion que al corazon abruma,
El pensamiento sin razon oscila.....
La sensacion, en su grandeza suma,
Sombras de sueños en el alma apila,
Y entonces, sin luchar con ese encanto
La pluma deja, reteniendo el llanto.

EL CUATRO DE AGOSTO.



CANTO V.

Tras el leve descanso de un momento
Con más furor en Zaragoza ardía
El rayo de la guerra, que violento
Olas de sangre y fuego despedía;
Abriábase ya el convencimiento
De que el jefe francés se disponía
A dar un rudo asalto, más de modo
Que en él jugase el todo por el todo.

El último de Julio ha comenzado
De nuevo el bombardeo; más temible,
Porque los anteriores han formado
Brechas que el paso dejan accesible:
Los valientes, empero, no han dudado,
Porque para el valor no hay imposible,
Y esperan sin temor la lucha extrema
En actitud dignísima y suprema.

No se pueden copiar de aquellas horas
El terror, el espanto y el anhelo;
Las granadas silbando aterradoras
Cual nube ardiente que inflamase el cielo,
Cruzaban el espacio bramadoras,
De ruinas por do quier sembrando el suelo,
Y sus cascos rojizos, calcinados,
Rastro de horror, trazaban dispersados.

Para colmo de males, muchas de ellas,
Con mirada certera dirigidas,
Caían encendidas cual centellas
Sobre el viejo hospital; y allí perdidas
Mezclaban su estallido á las querellas
De las tristes personas doloridas
Que para huir se alzaban de los lechos,
Algunos presa de las llamas hechos.

Era un cuadro de horror ver cuál salían
Medio desnudos, con el paso lento,
Los enfermos escuálidos, que huían
Llevando impreso su terror violento
En la faz cadavérica: tenían
De la muerte el color amarillento
Y en la mirada el sello de locura
Que produce la ardiente calentura.

Trémulos, doloridos, vacilantes,
A la calle con ánsia se lanzaban,
Huyendo del peligro, y delirantes
A él, sin pensarlo, á veces se acercaban;
Pues, las bombas cayendo centelleantes
Casi á sus piés, horribles estallaban,
Dejando con su sangre salpicados
Sus palpitantes restos mutilados.

Lo que era encantador, porque decia
Más que nada el amante sentimiento
Que aquel valiente pueblo sostenia,
Era el mirar, que sin perder momento
A prestar sus auxilios acudia,
Y guiándose del llanto, del lamento
Que el miserable ser de muerte herido
Lanzaba, era en el acto socorrido.

Se habilitaron templos y edificios
A donde en breve trasladados fueron;
Se utilizaron todos los servicios
Que con un celo heróico se ofrecieron;
Así en el bien como en el mal propicios
Jamás en el temor desfallecieron,
Conservando la calma, que corona
La justa causa que el derecho abona.

El fuego era infernal: á cada instante
Pálidos, silenciosos, consternados,
Con el terror impreso en el semblante,
Cruzaban los vecinos asustados
Huyendo al interior que, más distante
Para los proyectiles desgajados,
Si no seguridad para la vida,
Daba un descanso al alma dolorida.

Al tiempo que las bombas despedían
Lluvia de fuego en la ciudad sitiada,
Las balas de cañon también batían
De frente, de revés y de enfilada
El punto por el cual pasar querían,
De la puerta del Carmen, bien guardada,
A la de Santa Engracia, y de esta puerta
A la del mismo nombre extensa huerta.

Así de Agosto los primeros días
Pasaron entre dudas y temores;
Eran las amenazas más sombrías
Cada vez y más grandes los horrores;
Sin descansar se alzaban baterías,
Se armaban prontamente defensores,
Y así llegó el día cuatro, fecha horrible
Que del valor confirma lo increíble.



Débil el alba apenas dibujaba
El rayo de su luz en el Oriente,
Cuando ya á Zaragoza se acercaba
La columna francesa; de repente,
Cuando hallar el espanto confiaba,
Mira caer al foso prontamente
De ruinas hacinadas los montones
Que ocultaban con arte los cañones.

Una descarga que vibró en seguida
Como rojiza nube de metralla,
Les hizo conocer, que prevenida
La ciudad esperaba la batalla;
Retroceden dejando á su partida
Multitud de cadáveres, do se halla
El del jefe, que en orden preferente
Mandando al batallon, marchaba al frente.

Avanza una fraccion por la derecha
Para dejar abandonado el centro;
El fuego empieza; el enemigo estrecha
A los que tiran de la tapia adentro;
Rompe la batería de la brecha
El fuego de cañon, y en este encuentro
La columna francesa en torno deja
De muertos un millar cuando se aleja.

Al ver que no causaban ningun daño
Con sus disparos, pues la bala rasa,
Por un caso en la táctica no extraño,
En las tapias de tierra y argamasa
O reflejaba, ó con notable engaño
Del que creia que abrasando pasa
Para herir y matar, allí enclavada
Quedaba fria, casi al ser lanzada;

La puntería alzando, con certeros
Tiros llegaron á batir de frente;
Pero el brillante Cuerpo de Ingenieros,
Tan hábil y sereno cual valiente,
Si un parapeto hundian, bien ligeros
Le reparaban, bajo el fuego ardiente
Del enemigo, sin temor alguno,
Con acierto admirable y oportuno.

Las tropas en las líneas estendidas
Esperan á la lucha preparadas;
A morir ó vencer tan decididas,
Como á dejar allí despedazadas
Las huestes extranjeras, que atrevidas
Han osado creer, que encadenadas
Pueden ser por la fuerza y la malicia
La independenciam, el bien y la justicia.

El eco roneo del cañon retumba
Como una maldicion, que en alto coro
Los mártires que duermen en la tumba
Fuesen alzando con vibrar sonoro;
Cuando del bronce el estallido zumba,
Relámpago fugaz de luz y oro
Va encendido á decir al enemigo:
«No teme mi valor luchar contigo:»

Y con tal arrogancia se defienden
Que sin dejar que se adelante un paso
El osado francés, su fuerza tienden
De ciento en ciento; desde el fondo escaso
Del foso que les cerca—al que descenden,—
Rebosan los cadáveres, que acaso
Quedan allí como broquel movable
Que hace el aproche más inaccesible.

Y todos luchan con el mismo anhelo,
Todos quieren morir en la gloriosa
Guerra que va reconquistando el suelo
Con torrentes de sangre generosa:
Todos comprenden de su Pátria el duelo
Y por verla tranquila y victoriosa
Sin vacilar ofrécenle su vida,
Por darle así su libertad perdida.

Mártires de su honor, por él luchando
Los héroes impertérritos caian,
Y sus troncos sangrientos, palpitando
Su noble sangre al agruparse unian;
Por su Dios y su Pátria peleando
Con un «¡viva!» á su Rey, fuertes morian,
Sin vacilar un punto, sin quejarse,
Ni pensar que pudieran retirarse!.....

....Sujetando el caballo impetuoso,
Rayo en la guerra, y flor de caballero,
Iba QÜADROS sereno y animoso
Quebrantando cadáveres y Aceros (18);
Ni corcel más indómito y brioso
Ni ginete más bravo; los primeros
Rayos del sol, brillaban en su espada
Desnuda y pura al golpe levantada.

Su voz, que dominando los rumores
Órdenes dar con decision se oía,
Alentando á los bravos defensores
Una voz de los cielos parecia;
Allí donde la muerte sus furores
Con más intensidad y horror tendia,
Allí llegaba QÜADROS con denuedo,
Para alejar de la derrota el miedo.

Con la siniestra mano, conteniendo
Al fogoso caballo, que aspiraba
El humo de la pólvora, y sintiendo
El vapor de la sangre se excitaba,
La gallarda cabeza sacudiendo,
Que penachos de espumas arrojaba
Cuando al sentir la punzadora espuela,
Iba cual pluma que en el viento vuela;

Y en la derecha, la sangrienta espada,
Que jamás para herir se bajó en vano,
Pues, llega allí do llega la mirada
Del que impulso le presta soberano;
Así va QÜADROS en la lucha airada
Reanimando el valor zaragozano,
Y haciendo con la luz de la victoria
Tributaria á la muerte de la gloria.

Y en pos de él, decididos y animados
—Pues una voluntad altiva y fuerte
Al reanimar los ánimos cansados
Les da el valor que su palabra vierte,—
En pos de él, los paisanos y soldados
Iban alegres á buscar la muerte,
Siguiendo la señal de aquella espada
Por tan ilustre jefe levantada.

Lazan, que las trincheras recorria
Para ordenar la multitud inmensa
Que con ardiente afan allí acudia
De su Pátria querida á la defensa,
Al ver que en Santa Engracia sostenia,
De humo y de polvo entre la niebla densa,
QUADROS sus importantes posiciones
Disparando con órden sus cañones;

Llegó hasta él, y: —«Brigadier, le dijo,
Si por milagro la ciudad se salva
Jamás podrá olvidar al que está fijo
En su puesto de honor, y desde el alba
Dibujada con sangre, en el prolijo
Tapiz que forma el cespced y la malva,
Dejando vá la historia de sus fueros
Que admirarán los tiempos venideros.»

Y su mano tendiendo noblemente
Con afable expresion, de encanto llena,
Al Brigadier, en cuya altiva frente
La calma del valor brilla serena,
Estrechando la que éste prontamente
Tendió hácia él, con emociion que agena
No era á lo solemne del momento
Ni al cariñoso iman de aquel acento;

—«Adios, le dijo, en vuestro esfuerzo espero
Que aquí no ha de llegar el enemigo,
Porque sé que morir sabreis primero
Que de nuestra derrota ser testigo;
Esta puerta defiende vuestro acero,
Dejad que un batallon venga conmigo
A reforzar la línea de la huerta
Y el reducto que toca á la otra puerta.»

—«Id con Dios, General, y que él os guarde,
Contesta con acento conmovido
El noble Brigadier; jamás es tarde
Para morir; si viésemos perdido
El triunfo que anhelamos, y en alarde
Insolente, llegase decidido
El enemigo audaz á las trincheras,
Mis tropas provocando las primeras,

Yo os aseguro, á fé de caballero,
Que pagar les haremos su osadía,
Y nuestros cuerpos hollará primero
Que alcãnce la victoria por que ansía;
Llevãos esas tropas, yo prefiero
Un puñado de bravos este día,
Pues sabiendo morir, no es necesario
Pedir más á un valiente voluntario!.....»



Pero, lector, con la emocion ya lucho
Que este recuerdo excita el sentimiento,
Y como resta que decir aun mucho
Suspenderé este canto, y un momento
Meditando en la historia, donde escucho
Vibrar de la verdad el firme acento,
Terminaré con el postrero canto
De esta epopeya el admirable encanto.

LA MUERTE DE QÜADROS.



CANTO VI.

Cual dos torrentes que al rodar se chocan
Con furia uniendo su hervorosa espuma;
Como encendidas nubes que provocan
La tempestad, cuando entre densa bruma
Sus corrientes eléctricas se tocan
Mostrando unidas su grandeza suma,
Así los dos ejércitos sus fuegos
Unen, su sangre derramando ciegos.

Vibra el acero que al chocar con brío
Arranca chispas de fugaz reflejo,
Que brillan un momento en el vacío
Como brilla la luz sobre un espejo;
La columna francesa, en son bravío
Intima de las puertas el despejo,
Y osada avanza, y el cañon resuena,
Y el suelo de cadáveres se llena.....

Vuelve á cargar, y así cual la avalancha
Que rueda desprendida de la sierra
Su inmensa mole al avanzar ensancha
Y arrastra en pos cuanto su paso cierra,
La tropa de Verdier, que roja mancha
De fresca sangre que á la vista aterra
Va dilatando más con sus pisadas,
Se arroja sobre aquellas avanzadas.

Y prosigue el combate frente á frente,
Como gigante lucha de leones
Que en ansia de vencer, con rabia ardiente,
Sin orden y agrupando sus legiones,
Se precipitan con furor vehemente
Dejando por pesados los cañones
Y cruzando con furia las espadas
Hasta el brillante pomo ensangrentadas.

Entre el sonante estruendo de la lucha,
Como un acento que el valor excita,
La voz del jefe sin cesar se escucha,
Y aquella voz, que de emoción palpita,
Hace á la tropa en los azares ducha,
Pues de sus jefes el esfuerzo imita,
Sostener con valor sus posiciones
Que atacan los franceses batallones.

Y mueren sin ceder: y cuando llega
El grueso del ejército extranjero.
Y arrollándolo todo, se despliega
Para avanzar con ímpetu altanero,
Loca la multitud, con rabia ciega
Detenerlos intenta, y al primero
Que lanza entré las filas su caballo
Hiere el puñal como ligero rayo.

¡Todo es horror, desolacion y espanto!
Allí un herido que su sangre vierte
¡*Viva el Rey!* grita con afán, en tanto
Que ve cernerse sobre sí la muerte;
Más lejos, inspirando el nombre santo
De *Pátria* y *Dios*, y con su amparo fuerte,
Esperando morir en la trinchera
Un valiente levanta su bandera.

Aquí se ven soldados espirantes
Que aún destrozan luchando en la agonía
A las huestes que avanzan delirantes;
Más allá, como sábana sombría,
Esparcidos los restos palpitantes
Que sembró al maniobrar la artillería,
Y los caballos al pasar sobre ella
Van imprimiendo ensangrentada huella.....



Cercado de cadáveres, luchando
Como lucha el leon que se defiende
Su cara prole tras de sí dejando,
QUADROS al golpe de su acero tiende
Al que llega hasta él, y dilatando
Una mirada que el valor enciende
Busca con ansia un medio de defensa
Para su Pátria, pues en sí no piensa.

Mira un cañon que el enemigo lleva
Y un vivo fuego sin cesar envia,
Pues aquel grupo que le arrastra, prueba
A despejar con él la batería.....
Una idea atrevida por lo nueva
Concibe QÜADROS; con mirada fria
Mide el espacio, juzga la distancia,
Y dispara hácia allí con arrogancia.

En breve logra que su fuego acabe,
Pues entre muertos queda abandonada
Aquella pieza, de la puerta llave;
Entonces, con magnífica mirada,
DOY UNA CHARRETERA AL QUE LO CLAVE (19),
Grita QÜADROS con voz entusiasmada
Señalando al cañon que abandonado,
Muertos sus conductores, ha quedado.

Y un soldado, Ruiz era su nombre,
Igual al que en Madrid el *Dos de Mayo*
De la fama alcanzó tan gran renombre,
Con la viveza y prontitud del rayo
Fué esta órden á cumplir, sin que le asombre
Mirar que de la muerte en el desmayo
Los que eran de valor brillante espejo
Sin vida forman pálido cortejo!...

La sostenida y brava resistencia
Que sin ceder un punto se oponia
Del francés agotaba la paciencia,
Cuando en inquieta espectacion veia
Que triunfar de aquel pueblo era demencia,
Pues sin temor y sin cejar moria,
Y el que sabe morir nunca es vencido,
Que es admirado cuando no es temido.

Más como eran sus fuerzas numerosas
Y jugaban el todo por el todo,
Ansiando terminar, pues dolorosas
Pérdidas alcanzaban de ese modo,
Intentan sorprenderles; sigilosas
Algunas tropas, pasan entre el lodo
Que arrastra el Huerba en su corriente fría,
Y atacan la cercana batería.

Y en tanto que éstos llegan á las huertas
De Santa Engracia y Camporeal, aquellos
Con más vigor atacan á las puertas,
Pues el refuerzo que le prestan ellos
Les incita á seguir, y cuando inciertas
Las espadas con rápidos destellos
En cadencioso resbalar se chocan
Más y más á la lucha les provocan.

Y entonces, viendo que al abrirse paso
De aquellas tapias por la nueva brecha
Adelantan en número no escaso,
Circunvalando el flanco á la derecha,
Mandan que se retiren, por si acaso,
El enemigo por el frente estrecha
Los cañones que están en Santa Engracia,
Temiendo de perderlos la desgracia.

QUADROS, á cuerpo descubierto avanza (20),
A cumplir esta orden; en el viento
Silban las balas, más ninguna alcanza
Al héroe en su glorioso atrevimiento;
Impertérrito allí, su fuego lanza
Para cubrir así su movimiento
Y los cañones sobre sangre ruedan
Y retirados por su esfuerzo quedan.

Vuelve á cebarse el fuego más terrible
Cada vez, pues las tapias vacilantes
Van cayendo, dejando así accesible
El paso á los que avanzan delirantes;
No hay parapetos ya; la lucha horrible
Hundió en ruinas sus muros, y anhelantes
Los nobles defensores, descubiertos
Se baten, en redor quedando muertos.

El enemigo avanza; un ronco grito
Ebrio de orgulló, al realizar su anhelo,
Exhala en su triunfo; eco maldito
Que triste vibra en el heróico suelo
Donde el valor con sangre dejó escrito
Un recuerdo de gloria, y sin recelo
Se lanzan, como en tierra conquistada,
Al interior de la ciudad sitiada.

¡Engañosa ilusión! aún hay en ella
Quién ansiando morir furioso mate;
Aún brilla pura la radiante estrella
Que decide la gloria del combate.....
¡Aún vive QÜADROS! y su voz destella
El entusiasmo que en su pecho late,
Cuando saltando del caballo herido
Va hácia el cañon de muertos circuido.

Y al dispararle con segura mano,
Que nunca débil de temor vacila,
Cual barre el viento de la parva el grano
Barre su fuego la francesa fila;
De nuevo carga, al avanzar en vano
Otro escuadron, tambien yerto se apila
En monte de cadáveres, que ruedan
Con la metralla por que envueltos quedan.

Y en tanto en la ciudad con noble impulso
Se lanzan todos á morir matando;
Lo mismo el jóven que con fuerte pulso
Por la honra de su hogar está velando,
Como el anciano trémulo y convulso
Que á la muerte se lanza, réanimando
Su espíritu al cumplir con sus deberes,
Y así tambien las débiles mujeres.

Y aquellas nobles gentes, animadas
De ese valor que con el riesgo crece,
Reparten armas, alzan barricadas
Y su impaciencia demostrar parece
El ardor con que en voces no ordenadas
Una esperanza de vencer se ofrece
A aquella multitud, que decidida
En todo piensa menos en la vida.

Y todos van honrando al hispanismo
Con hechos de arrogante valentía;
Y todos son modelos de heroismo
Al defenderse en tan solemne día;
Allí hay un Cagigal, que el patriotismo
Elevando á nivel de su hidalguía,
Al que duda en seguir la lucha, advierte
Que por sí mismo le dará la muerte.

Y una Condesa de Bureta, que era
Defensora gentil de los derechos
Que contra el invasor España entera
Sostuvo de sus hijos con los pechos;
Y esta dama, en el riesgo la primera,
Se hallaba realizando heróicos hechos,
Como este día, que ante su morada
Con sus muebles formó una barricada.

Los unos con las armas en la mano,
Los otros arrastrando los cañones
A las calles, cortar queriendo en vano
El paso á los soberbios batallones,
Y todos con esfuerzo sobrehumano
Deteniendo ginetes y peones,
Hiriéndoles á palos, y pedradas,
Cuando no con fusil ó con espadas.

Y era digno de ver que decididos
A proseguir sin tregua la pelea,
Por el riesgo y la lucha enardecidos
De la victoria en la sublime idea,
Sin vacilar un punto eran cumplidos,
Con esa precision que el valor crea,
Los acuerdos, las órdenes que aun dadas
De improvisó, juzgábanse sagradas.

Era un vértigo casi, una locura
La excitacion del pueblo; se veian
Grupos que se apiñaban con bravura
Cerrando el paso, y sin cejar morian;
Ancianos cuya voz era insegura
Y arengando á las turbas fallecian;
Jóvenes que ébrios de furor gritaban
Y arrastrando cadáveres pasaban.

Mujeres, que en las casas escondidas
Al pasar los franceses, con denuedo
Piedras, tierra y materias encendidas
Les arrojaban sin temor ni miedo;
Y de las anchas moles medio hundidas,
Que para resguardarse, estando quedo,
Buscaba aquel enjambre de opresores,
Brotaban á matarlos defensores.

Más fuera en vano que la pluma osada
Describir esos hechos pretendiera,
Que ante su gloria la palabra es nada,
Pues aunque del pasado reverbera
La luz brillante de tan gran jornada,
No hay voz tan alta que cantar pudiera
Aquellos rasgos de valor profundo,
Que ejemplo dieron de grandeza al mundo.

Volvamos, pues, á donde el fuego ardía
Con más intensidad; donde tronaba
El cañon que la muerte repartía;
QÜADROS, ya casi solo, conservaba
La puerta que valiente defendía;
Un muro de cadáveres se alzaba
Entre él y el enemigo, que avanzando
Iba tapias y puertas desplomando.

¡Ah! ¡si á mi loco anhelo fuera dado
Seguir de aquel altivo pensamiento
El entusiasta vuelo arrebatado,
Cuando en la breve calma de un momento,
Cual rayo de las nubes escapado,
Rodar veía en la extension violento
El fuego del cañon, que se esparcía
Y una columna del francés barria!

Incansable, ostentando la arrogancia
De todo noble corazon altivo
En un acto que es por su importancia
Del porvenir el sello decisivo,
Ante el poder de la orgullosa Francia,
Siempre sereno, pero siempre activo,
Luchando decidido y arrojado
Opuso cuanto á un hombre le era dado.

Y al ver que la ciudad que defendía
Era del enemigo profanada;
Al ver que junto á sí yerta caía
Su gente tan sufrida y denodada;
En su mirada de águila bravia,
En aquella magnífica mirada
Que era de orgullo y de valor abismo,
Su explosion reflejaba el patriotismo.

Hubo un momento de sin par grandeza
Que conserva en sus páginas la historia;
Lefebvre, atacando con fiereza,
Creía asegurada la victoria;
Truena el cañon: recorre con viveza
La metralla hasta el campo de la gloria,
Y QÜADROS queda solo, pues la muerte
Su helado soplo entre los suyos vierte.

Entonces anhelando por sí mismo
Levantar la deshecha batería,
Corre lleno de santo patriotismo
A agrupar los objetos que veía;
Y cuando con la fé del heroísmo
Una saca de tierra conducía
Para el cañon poner bajo su abrigo
Y rechazar de nuevo al enemigo;

Cuando gentil y decidido avanza
Con su valiente y límpida mirada,
Henchida de esa noble confianza
Del héroe que jamás rindió su espada,
Una descarga poderosa lanza,
Cual encendida nube desgarrada,
De muerte y destrucción fugaz centella,
Y QÜADROS queda casi envuelto en ella.

Sobre las ruinas que padron de gloria
Son en el suelo de la libre España,
Espira QÜADROS!... pero no la gloria
De que su nombre cubre esta campaña,
Pues en las almas vive y en la historia
El recuerdo inmortal de aquella hazaña,
¡Que nunca olvidar pueden las naciones
Al héroe que enriquece sus blasones!



Quando venciendo el choque poderoso
Con su brava, obstinada resistencia,
Vió Zaragoza al enemigo odioso
Huir reconociendo su impotencia;
Quando aquel pueblo altivo y victorioso
Reconquistó su noble independencia,
Y se alejó el francés, trás sí dejando
Cuanto guardaba, el campo abandonando;

En medio la explosion de la alegría
Que la ciudad, honor de las ciudades,
Sintió al ver que su anhelo se cumplia
Volviendo á poseer sus libertades,
Ni en el delirio de tan alto dia,
Iris de las sangrientas tempestades
Que enrojecieron su arrogante suelo
Llenándole de lágrimas y duelo,

La noble Zaragoza olvidar pudo
Al héroe que en magníficas acciones
De su valor con el empuje rudo
Rompió de la traicion los eslabones;
Y de QÜADROS el nombre, fué el escudo
Que de su libertad en los blasones
Legaron á la Pátria, en cuyo templo
Gala era y luz su generoso ejemplo!

—Recordarle vosotros, ¡oh lectores!
Cual mártir de su Pátria, que en la historia
Una huella grabó de las mejores;
Rezar una oracion en su memoria
Y luego echar sobre su tumba flores,
Pidiendo á Dios que el que alcanzó la gloria
Que á los humanos con su brillo encanta,
Hallára otra mejor, cabe su planta.

FIN.

NOTAS.

- (1) Las frases subrayadas son históricas.
 - (2) ALCAIDE IBIECA.
 - (3) Fernando VII concedió á los zaragozanos la nobleza.
 - (4) Bonaparte, hablando de España, solia decir: *Pais donde hay muchos frailes, es fácil de subyugar; lo sé por experiencia.*—CANTU.
 - (5) Así llamaba Napoleon á las tropas.
 - (6) *Con los diamantes quitados de las imágenes de la Virgen, adornaban sus mancebas.*—CANTU.
 - (7) En la alocucion que el Conde de Rastopchin, gobernador de Moscow, dió á los rusos, despues de citar el heróico valor de Zaragoza, se decia: *Haced ver al universo que el ejemplo memorable de la España no ha sido perdido para la Rusia.*—LABAUME.
 - (8) La Señora Doña Cármen de Qüadros, lleva, en memoria de su ilustre padre, el título de Condesa de Santa Engracia, con grandeza.
 - (9) La certificacion del General Palafox en que así se consigna, se insertará al final de la obra.
 - (10) *Historia del primer sitio de Zaragoza.*—ALCAIDE IBIECA.
 - (11) Llamada generalmente la *Artillera*, y premiada por el Rey Fernando VII con las honrosas cruces, distintivo de los defensores, y el sueldo y honores de oficial.
 - (12) TASSO.—*La Jerusalem Libertada.*
 - (13) Poema á Zaragoza, premiado en público certámen.
 - (14) EGULLAZ.—Hemos tomado esa idea de un notable artículo que este distinguido escritor ha dedicado al *Héroe de Santa Engracia*, en la *Ilustracion de Madrid*.
 - (15) Histórico.
 - (16) TÊMORA: *Poema de Osian.*
 - (17) Qui si convien lasciari agni sassetto;
agni viltú convien, che qui sia morta.
DANTE: *La Divina Comedia.*—*El Infierno.*
 - (18) LAMARTINE: *Napoleon*, poesía.
 - (19) Histórico.
 - (20) ALCAIDE IBIECA.
-

COPIA

DE

LA CERTIFICACION DADA POR EL GENERAL PALAFOX

DE LOS HECHOS

DE QÜADROS,

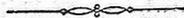
CUYO ORIGINAL SE CONSERVA EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

DON JOSÉ REBOLLEDO DE PALAFOX Y MELZI, Bermudez de Castro, Borea, Gurrea de Aragon, Urrea, Moncayo, Bardaxi, Moncada, Figueroa de Velasco, Osorio, Eris, Urries, etc., Oficial Mayor de Reales Guardias de Corps, Brigadier de los Reales Ejércitos, Caballero de la ínclita Orden de San Juan de Jerusalem; Comendador de Montanehudos en la de Calatrava; Gobernador Capitan General del Reino de Aragon y de su Ejército, etc., etc.

CERTIFICO: Que el Brigadier de los Reales Ejércitos D. ANTONIO MARÍA DE QÜADROS Y ALONSO, Gobernador Político y Militar de la Ciudad y Partido de

Teruel, cuyo carácter, mérito y talento en la carrera militar acreditó constantemente en veintidos años de servicios en el Real Cuerpo de Guardias Españolas, y que despues ha unido el contraido en su último encargo por tiempo de diez años, con la integridad, prudencia, imparcialidad y desinterés que es público por notoriedad, y que eternamente quedará grabado en los gratos corazones de los habitantes de Teruel y su partido, segun me ha manifestado su Ayuntamiento y Junta de Gobierno, se presentó en esta Capital con todas las fuerzas que pudo reunir, abandonando su familia, intereses y comodidad, para ofrecerse al riesgo y fatiga de un sitio de la naturaleza de que se trata. Pudo permanecer en dicha Ciudad de Teruel bien á cubierto de toda nota en esta parte, considerando el Gobierno que servia, y distinguidas ocupaciones que allí lo llamaban, al mismo objeto; pero prefirió á todo el mérito de la espada, y el sacrificarse en defensa de la Religion, legítimo Soberano el Sr. D. Fernando VII y Pátria, distintivo de la causa de la virtud y bizarría. Despues de várias comisiones que desempeñó con indecible valor y acierto, se le confirió la Comandancia del punto de Santa Engracia, el más arriesgado, y al que señaladamente dirigia el enemigo sus ataques; trabajó infatigable, sin acordarse del alimento ni reposo, hasta dejarlo en el estado de defensa posible; practicó várias salidas para tomar conocimiento de las posiciones de los enemigos, é inutilizar sus trabajos, y las dirigió todas con tanta pericia como prudencia, y con efecto, á este extraordinario celo se debió y contribuyó para la prolongacion de este sitio; si se notase por detall un diario del distinguido mérito de éste dignísimo Oficial, ocuparia más de lo que puede reducirse á una sola certificacion.

Este hecho heróico de la defensa de Zaragoza, debe trasmitirse á la historia, y bastaria decir, por último, que circuido de cadáveres el dia cuatro de Agosto, el valeroso QÜADROS, sin fusilería y sin gente para el servicio de la batería, porque todos habian muerto, permaneció al pié de sus cañones, colocando un saco de arena para rechazar al enemigo; que es cuando recibió la muerte y regó con su sangre este punto defendido con tanta constancia y jamás abandonado, donde espiró, dando ejemplo á sus compañeros, testimonio á todos de la obligacion en que está todo buen español, y enseñando á sus hijos el camino seguro que deben tomar, para ocupar el vacío de su buen padre, y hacerse acreedores al aprecio, gratitud y reconocimiento de la Pátria. Y para que así conste donde y cuando convenga, lo firmo en el Cuartel General de Zaragoza á primero de Setiembre de mil ochocientos ocho.—JOSÉ DE PALAFOX Y MELZI.
—Hay un sello en tinta negra con las armas del General Palafox.



OBRAS DE DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

PUBLICADAS.

Guirnalda de pensamientos. ¹	}	Poesías.
Recuerdos de un Angel.		
Cadenas del corazon.	}	Novelas.
Blanca.		
Sensitiva. ²		
La botella azul.		
Las almas gemelas.		
¡Dos minutos!	}	Episodios.
Una historia del mar.		
Fragmentos de un Album.		

EN PRENSA.

El Testamento de un Filósofo.	}	Novelas.
El capricho de un Lord.		
Diario de un marino.		

Este POEMA se vende en Madrid, en las principales Librerías, á DIEZ reales.

¹ Se vende en Madrid en las principales librerías, al precio de cuatro pesetas.
² Dirigiéndose á su autora en Baeza, provincia de Jaen, al precio de cinco reales.

